

Una Vez En Cristo, Para Siempre En Cristo

Más de 100 (o 50?) razones bíblicas por las que un verdadero creyente no puede perder la salvación

William MacDonald

autor de los Comentarios al Antiguo Testamento y al Nuevo Testamento

título en inglés: **Once In Christ, In Christ Forever**

© 1997 William MacDonald

reservados todos los derechos

Publicado en inglés por Gospel Folio Press

Una Vez En Cristo, Para Siempre En Cristo

traducido por Carlos Tomás Knott

© 2001 William MacDonald

Editorial Discípulo

Apartado 202

22080 Huesca, España

Todas las citas son de la Versión Reina Valera, revisión de 1960, a menos que indique lo contrario. BAS = Biblia de las Américas

¿Qué de Cristo el alma puede separar,
Pues son lazos eternos los que nos atan,
Una vez en Él, para siempre así será,
Así permanece el pacto eterno.
Nadie te arrebatará, nadie te arrebatará,
De las poderosas manos del Salvador.

John Kent

Índice

1. Una Vez En Cristo, Para Siempre En Cristo
2. No Perecerán Jamás
3. Por Gracia Por Medio De La Fe
4. La Seguridad Del Creyente En Romanos 8
5. Mucho Más
6. El Espíritu De Certidumbre
7. En Cristo
8. Miembros Del Cuerpo
9. ¿Vida Eterna O No Eterna?
10. ¿Habilidad O Hechos?
11. ¿Certidumbre O Incertidumbre?
12. ¿Apóstatas O Alejados? (Parte I)
13. ¿Apóstatas O Alejados (Parte II)
14. ¿Profesión O Posesión? (Parte I)
15. ¿Profesión O Posesión? (Parte II)
16. ¿Ley O Gracia?
17. ¿Comunión O Relación?
18. ¿Salvación O Discipulado?
19. ¿Fruto O Salvación?
20. ¿Continuación O Preservación?
21. ¿Ocasional O Habitual?
22. ¿Reformación O Regeneración?
23. ¿Condición O Criterio?
24. ¿Rescate Temporal O Salvación Eterna?
25. ¿Muerte Literal O Figurada?
26. ¿Recompensa O Ruina?
27. ¿Vencedores O Vencidos?
28. ¿Contexto O Pretexto?
29. ¿Posición O Práctica?
30. ¿Engañado O Condenado?
31. ¿Disciplina O Destrucción?
32. Otros Pasajes Empleados Para Enseñar La Salvación Condicional
33. ¿Cuál Es La Respuesta?
34. Índice De Citas Bíblicas

Una Vez En Cristo, Para Siempre En Cristo

Desde temprano en la historia de la Iglesia, esta cuestión crucial ha sido debatida: ¿Es el creyente salvado eternamente, o puede perder su salvación mediante el pecado? En un lado están los calvinistasⁱ, que creen en la perseverancia de los santosⁱⁱ, o mejor dicho, la perseverancia de Cristo. En el otro lado están los arminianosⁱⁱⁱ, que enseñan que la salvación es condicional o probacional. Esta disputa doctrinal seguirá tanto tiempo como la Iglesia esté en este mundo.

Siendo perfectamente franco, hay Escrituras que parecen apoyar cada lado. Hay versículos, que si los tomamos aislados, confirman a un metodista o un pentecostal cuando por ejemplo cree lo que a veces se llama “la doctrina de caer de la gracia”. Y hay muchos otros pasajes que aseguran a los bautistas conservadores y muchos otros creyentes que su salvación está segura para siempre.

Encontrarás a verdaderos creyentes en ambos lados. Juan Wesley, un arminiano fuerte, y Charles Spurgeon, un calvinista fuerte, tomaron puntos de vista opuestos sobre la cuestión. Sin embargo, ¿quién dudaría de la realidad de su experiencia de conversión? Ambos eran verdaderos cristianos. Ningún lado puede jactarse de un monopolio en el nuevo nacimiento.

Y ningún lado puede jactarse de un monopolio en la santidad. Las vidas piadosas de hombres y mujeres de ambas escuelas de pensamiento deben hacernos ir con cuidado para no rechazarlos como herejes o hablar de ellos sin amor.

Por lo tanto, al hablar del tema los unos con los otros, es inútil intentar establecer nuestro punto mediante referencias a cristianos prominentes. El otro lado puede hacer esto también con igual eficacia. Aun el hecho de citar palabras de estos líderes no tiene valor a menos que sus palabras sean basadas en las Escrituras y ayuden a ilustrarlas.

Otra forma inútil de argumentar es apelar a la experiencia humana. A menudo escuchamos este tipo de argumento, como si fuera la última palabra: “Pues, yo conozco a alguien que...” Pero esta forma de proceder descuida el hecho de que hay muchas clases de experiencia humana. Y todavía más importante, olvida que las experiencias espirituales deben conformarse a la Palabra de Dios para que tengan valor como evidencia.

Al formar nuestras convicciones sobre el asunto, debemos acercarnos a las Escrituras en *humildad*. Hay problemas en ambos lados de la cuestión de seguridad, condicional o incondicional. Debemos enfrentar esto honestamente.

Debemos acercarnos a las Escrituras con actitud de *oración*, pidiendo al Espíritu Santo que nos ilumine con la verdad mientras las estudiamos.

Y debemos mirar las Escrituras *objetivamente*. En lugar de meramente buscar argumentos para apoyar nuestra posición preconcebida, debemos estar constantemente abiertos a la enseñanza del Espíritu. De acuerdo que esto es difícil. Una vez que hayamos tomado públicamente una posición sobre un tema controversial, es difícil cambiar porque nos hace perder.

Al estudiar objetivamente, podríamos seguir estas reglas sencillas.

1. Un versículo debe estudiarse en su contexto inmediato. Si el contexto tiene que ver con servicio, no debemos aplicarlo a salvación.

2. Un versículo debe interpretarse a la luz de todo el resto de la Palabra de Dios. Ningún pasaje solo, cuando correctamente entendido, va a contradecir docenas de otros versículos.

3. Las definiciones deben incluir todo uso principal de la palabra.

4. Una doctrina debe basarse sobre todo lo que la Biblia enseña acerca de la cuestión.

Está claro desde el título de este libro que el autor toma la posición de que el creyente

está eternamente seguro. En el resto del libro, él procura establecer la base bíblica por la que tiene esta creencia. Pero también procura explicar aquellos pasajes bíblicos que son empleados más comúnmente para probar que un cristiano puede perder la salvación.

Algunos se preguntarán por qué citamos tan pocos textos del Antiguo Testamento para apoyar la seguridad eterna, y por qué tan poco espacio es dado a explicar versículos del Antiguo Testamento que se usan para apoyar la salvación condicional. ¿Por qué es así?

La razón es que éstos no son temas claramente desarrollados en el Antiguo Testamento. Por ejemplo, hay muy pocos pasajes que tratan el tema de vida en el cielo después de la muerte. No cabe duda que los judíos creyentes fueron salvados por la fe en el Señor. Y no tengo ninguna duda de que ésta era una salvación eterna. Aunque el pueblo del Señor tenía una esperanza celestial (He. 11:16), su expectación principal era el reino del Mesías aquí en la tierra. El tema del más allá estaba en nubes de oscuridad. Esto da sentido especial al anuncio de Pablo: “...*nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio*” (2 Ti. 1:10). Verdades que existían sólo en forma semilla en el Antiguo Testamento están completamente desarrolladas en el Nuevo Testamento.

Para que nadie piense que al no tratar los pasajes del Antiguo Testamento estamos intentando evitar dificultades, debemos mencionar que algunas de las obras definitivas sobre la salvación condicional también limitan su atención al Nuevo Testamento.

No Perecerán Jamás

Una de las afirmaciones más concluyentes sobre la seguridad eterna del creyente es la de Juan 10:27-29. Cualquiera que la lea puede ser disculpado si creen que uno que nace de nuevo está seguro eternamente. De hecho, es difícil ver cómo alguien podría llegar a otra conclusión. Examinemos el pasaje frase por frase, y disfrutemos la certidumbre que da.

“Mis ovejas oyen mi voz, y lo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre” (Jn. 10:27-29).

“Mis ovejas oyen mi voz, y lo las conozco, y me siguen”. Esto es una frase declarativa. Nos informa quienes son las ovejas de Cristo. Son las personas que oyen Su Palabra, responden a Su voz, y son salvas.

Él les conoce. Él les reconoce como Suyos. Él les distingue de los que no son creyentes y de los que falsamente profesan creer. Él puede ver donde hay fe genuina cuando a lo mejor ninguno de nosotros lo sospecha, así como en el caso de Lot (2 P. 2:7), y Sansón (He. 11:32).

Ellas le siguen. Esto no es una condición. Él no dice que son Sus ovejas si le siguen, o mientras tanto que le sigan. Al contrario, esto es lo que caracteriza al verdadero creyente. Característicamente él sigue a Cristo (ver Jn. 10:4-5). Digo “característicamente” porque nadie lo hace perfectamente. Todos tenemos más o menos tendencia a vagar y alejarnos del Dios que amamos. Pero el Pastor asume la responsabilidad de restaurar a las ovejas descarriadas.

“Y yo les doy vida eterna”. De nuevo tenemos una promesa incondicional, sin cláusulas o condiciones añadidas. La vida eterna es un regalo, un don. ¡Un regalo con condiciones no es regalo! Cualquiera que se haya entregado al Señor Jesucristo para la salvación de su alma puede saber, en base a la autoridad de la Palabra de Dios, que tiene vida eterna.

“Y no perecerán jamás”. Piensa por un momento en las consecuencias que habría si una sola oveja de Cristo se perdiera jamás. Entonces, Cristo habría renegado Su promesa. Ya no sería Dios. La Trinidad cesaría. La Biblia no sería fidedigna. Estaríamos todavía en nuestros pecados. No puede suceder, porque el cumplimiento de la promesa depende solamente de Cristo y no de Sus ovejas.

“Ni nadie las arrebatará de mi mano”. Jesucristo, el Hijo eterno de Dios, garantiza que Sus ovejas están en Su mano y que nadie las puede quitar a la fuerza.

Los arminianos argumentan: “Nadie *más* puede arrebatarlas, pero *el mismo creyente* puede arrebatarse de la mano del Señor”. Esta forma de argumentar es grotesca, que un cristiano tenga más poder que todos los demás en el universo. *Nadie*—un absoluto que incluye las ovejas—puede arrebatarse de las manos fuertes del Salvador.

“Mi Padre que me las dio, es mayor que todos”. Para enfatizar todavía más la seguridad del creyente, Jesús dice que los verdaderos creyentes son el regalo del Padre al Hijo. Si un creyente pudiera quitarse de la mano de Cristo, entonces cabe la posibilidad de que todas Sus ovejas podrían hacerlo. Y no solamente podrían, sino que probablemente lo harían. En este caso, el regalo del Padre al Hijo desaparecería. Entonces, ¿qué tipo de regalo sería? Ciertamente no sería nada digno del Padre.

No, el Padre es mayor que todos, esto es, mayor que todos los demás poderes en el

universo, y ciertamente mayor que la fuerza de una oveja. El término “*todos*” incluya las ovejas.

“*Y nadie las puede arrebatarse de la mano de mi Padre*”. En vista de semejante certidumbre maravillosa, es perverso que algunas personas objeten diciendo que una verdadera oveja de Cristo puede decidir que ya no quiere ser más ovejas, y así quitarse de la mano del Padre.

El argumento no puede mantenerse. La palabra “*nadie*” es absoluta. No admite excepciones. El texto inspirado no dice “*nadie excepto una oveja de Cristo*”, y tampoco debemos nosotros decirlo.

Por Gracia Por Medio De La Fe

Cuando piense en la seguridad eterna, uno de los primeros pasajes que viene a mente es Efesios 2:8-10.

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas” (Ef. 2:8-10).

La salvación es por gracia. Esto significa que nadie la merece. Es el favor de Dios no merecido a aquellos que merecen el castigo eterno. Es todo a cambio de nada para uno que no merece nada. Es un don, el cual, una vez dado, nunca será quitado (Ro. 11:29). El don es incondicional. Al añadir condiciones, viene a ser una deuda, no gracia, y todavía Dios no está endeudado con nadie (Ro. 11:35). Gracia que tiene condiciones no es ninguna gracia. La única forma de que una persona pueda estar segura de su salvación es cuando sea por gracia (Ro. 4:16).

En Efesios 2:8-9, Pablo recuerda a los efesios que fue por gracia que habían sido salvados. Cuando por medio de la fe recibieron a Jesucristo como señor y Salvador, habían sido salvados y todavía lo eran. No había cláusulas condicionales. Era un evento espiritual con resultados permanentes. Ningún requisito legal había sido impuesto con amenaza de posible condenación eterna. No viene la palabra “sí” después de la palabra “*salvos*”; su ausencia es notable.

Dios da la salvación con un don gratuito, pero el salvador tiene que recibirlo. Es aquí que entra la fe. La fe es confianza implícita en la Palabra de Dios. El Señor no coacciona a nadie. No llevará al cielo a nadie que no quiera estar allí. Para ser salvo, cada uno debe recibir a Jesucristo por un acto deliberado de fe. La fe no tiene mérito, y por lo tanto no deja lugar para jactancias. No es la *cantidad* de fe lo que importa, sino el *objeto* de la fe.

Cuando Pablo agrega: “*y esto no de vosotros*”, no es extraño que algunas personas piensen que habla de la fe. Entonces, ellas siguen y sacan la conclusión de que Dios da fe a algunas personas, pero a otras no. Pero ésta es una conclusión extraña. El antecedente de “*y esto no de vosotros*” es salvación “*por gracia por medio de la fe*”.^{iv} Lo que Pablo está diciendo aquí es que no hay nada de mérito que nadie pueda hacer para ser salvo, ni para contribuir a su salvación. Todo el mérito está en Cristo; no hay nada en el creyente.

Como hemos visto, la salvación es un don gratuito de Dios. Cuando Él haga una promesa incondicional de vida eterna, no se puede añadir luego restricciones para anular aquella promesa. Cuando Él dé un regalo, ninguna ley puede venir después para anularlo.

La salvación *no* es “*por obras, para que nadie se gloríe*”. No hay nada de mérito que nadie pueda hacer para obtenerla.^v De otro modo el cielo se poblaría de gente que se jacta de sus obras y méritos. La salvación es obra del Señor, de principio a final. El hombre solamente es el receptor afortunado. Es, y siempre será, “sólo un pecador salvado por la gracia”. La gracia y las obras son mutuamente exclusivas (Ro. 11:6).

El versículo 10 enfatiza que las obras no son medio de salvación, sino el resultado de ella. No son la raíz sino el fruto. No somos salvados *por* obras, sino *para* obras. Éste es el propósito de nuestra creación en Cristo Jesús. Antes de ser salvos, Dios preparó buenas obras para que las hiciéramos en nuestras vidas como creyentes.

A lo largo de los siglos, millones de personas han descansado su bienestar eterno sobre la verdad de Dios en estos versículos en Efesios 2, y ninguna de ellas ha sido

avergonzada ni ha faltado de llegar al cielo al final.

La Seguridad Del Creyente En Romanos 8

En ningún lugar de la Biblia se enseña más claramente la seguridad del creyente que en el capítulo 8 de Romanos. Pablo amontona verdad sobre verdad para demostrar que nadie ni ninguna cosa puede robar a un cristiano de su destino eterno con Cristo en el cielo.

En los versículos 29 y 30, el apóstol delinea cinco pasos en el gran programa de Dios para nosotros de la eternidad a la eternidad.

“Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó” (Ro. 8:29-30).

Él antes nos conoció. Esto para mí significa más que saber en la eternidad pasada quién escogería a Cristo como Salvador. Dios también conoció antes a Israel (Ro. 11:2). Esto parece significar que Él escogió la nación como Su pueblo terrenal^{vi}. Ciertamente no significa que el pueblo de Israel le escogió a Él, porque su historia demuestra que no lo hizo. Todo fue por la gracia. Sin embargo, el prenocimiento de Dios no absuelve al hombre de su responsabilidad.^{vii}

Él nos predestinó. La meta divina era que todos los que Él conoció fuesen como Su Hijo moral, espiritual y físicamente, en cuerpos glorificados^{viii}. Todos los que creen en el Señor Jesús son hijos de Dios. Pero Él sólo tiene a un Hijo *único*. Y el Padre ha determinado que el Señor Jesús ocupará el lugar de más alto honor (el primogénito) entre Sus otros hijos e hijas.

Él nos llamó. Su conocimiento de antemano y predestinación tomaron lugar antes de la fundación del mundo. Su *llamado* tomó lugar en el tiempo. En un sentido real, Él llama a todo aquél que escucha la predicación del evangelio (Ap. 22:17). Pero aquí el apóstol está pensando en la eficacia del llamado en aquellos que responden al evangelio y se convierten.

Él nos justificó. Cuando nos arrepentimos y creemos, Dios nos declara justos. Él nos absuelve de toda acusación en nuestra contra. Esto es más que ser declarado no culpable. Él realmente imputa o pone a nuestra cuenta la justicia. Estamos delante de Él, vestidos de Su propia justicia.

No es un veredicto condicional que dependa de nuestro comportamiento. Es la declaración de una vez por todas que el pecador que cree ha sido totalmente absuelto. Porque la obra del sacrificio de Cristo expió todos sus pecados desde su nacimiento hasta su muerte, Dios el Juez no puede hallar un sólo pecado por el cual castigarle con la muerte segunda.

Él nos glorificó. ¡Este es el punto clave en los cinco eslabones de la cadena del argumento! El Espíritu santo se atreve a poner el verbo en el tiempo pasado—*Él nos glorificó*—aunque nuestras imperfecciones presentes nos recuerdan con viveza que todavía no hemos llegado al estado glorificado. El punto es que si una persona ha sido justificada, su glorificación está tan segura como si ya la tuviera.

Pero Pablo no ha terminado. En el resto del capítulo hace hincapié en la posición inalterable de la persona que está en Cristo, y explora el universo en busca de cualquier cosa que podría separar al creyente del amor de Dios, y no halla absolutamente nada.

“¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? Él que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por

todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Ro. 8:31-39).

El apóstol presenta aquí cinco argumentos más para demostrar que no es posible que nadie esté más eternamente seguro que la persona que ha confiado en Cristo como su Salvador.

Dios es por nosotros. Puesto que Dios está en nuestro lado, nuestros adversarios son adversarios de Dios. Nada puede ser más inútil que luchar contra Dios. A largo plazo ningún ataque contra nosotros puede tener éxito^{ix}.

Lo mayor incluye lo menor. Dios ya ha hecho el sacrificio más grande, cuando envió a Su Hijo a este mundo. Y Él ya ha dado la dádiva más grande al entregar a Su Hijo por nosotros. Entonces sigue que con Él también nos dará todas las cosas. Y “*todas las cosas*” incluyen el don de salvación perfecta, completa y eterna. Puesto que es un don gratuito, es incondicional, esto es, no tiene condiciones. Todo depende de la generosidad de Dador, no del mérito del receptor.

Nadie nos puede acusar. La idea es que nadie lo podrá hacer justamente o con éxito. El diablo nos acusa día y noche (Ap. 12:10). Pero ¿qué más da, ya que la justicia de Dios ha sido puesto a nuestra cuenta?

“Aunque el acusador ruja de males que he hecho yo,
Los conozco bien, y miles más, pero Jehová no halla ninguno”.
Samuel W. Gandy

Nadie puede condenar. La razón es que Cristo ha muerto para llevar nuestra condenación en la cruz. Él ha resucitado, lo cual prueba que Dios está plenamente satisfecho con Su obra terminada a favor nuestro. Él está a la diestra de Dios como nuestro Sumo Sacerdote y Abogado. Él intercede por nosotros, asegurándonos de Su poder para guardarnos seguros.

No hay condenación para los que están en Cristo Jesús. Su deuda ha sido pagada, y Dios no la requiere dos veces.

“Tú mi libertad procuraste,
Y en mi lugar toda ira divina sufriste,
La paga dos veces Dios no demandará,
Primeramente a mano de mi Sustituto,
Y luego otra vez de mí”.
Augustus M. Toplady

!No han condenación, ni infierno para mí!

¡El tormento y el fuego mis ojos jamás verán!
Para mí no hay sentencia, ni de muerte el aguijón,
Porque Cristo el Señor me salvó y bajó Sus alas me guardará”.

Paul Gerhardt

Nada nos puede separar. En una gran declaración profunda, Pablo busca en el tiempo y el espacio cualquier cosa que pueda separar al creyente del amor de Dios que es en Cristo Jesús. La búsqueda queda sin fruto.

Nota la expresión: “*ni ninguna otra cosa creada*”. Algunos argumentan que aunque nadie más puede separar al creyente de Dios, él puede separarse a sí mismo. Éste no es un modo digno de tratar las Escrituras. Seamos sensatos y reconozcamos que el creyente mismo está incluido en la frase: “*ni ninguna otra cosa creada*”. El Espíritu Santo insiste que nada ni nadie, incluso el creyente mismo, puede separarle del amor de Dios.

¿Qué más necesidad tenemos de argumentos? ¿Qué más necesidad de testigos?

Mucho Más

“Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos. Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno. Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación” (Ro. 5:6-11).

Las palabras “*mucho más*” merecen atención especial en este pasaje sobre la seguridad del creyente. He aquí el sentido del argumento.

Cristo murió por nosotros cuando no éramos ni justos ni buenos. En realidad, estábamos sin fuerza, éramos impíos y pecadores. En otras palabras, no teníamos nada con que recomendarnos a Dios. No había nada en nosotros que atrajera Su amor. Al contrario, había razones fuertes por las que Él, el Santo, no debía amarnos. ¡Y aun entonces, cuando estábamos en aquella condición de absoluta indignidad, Dios nos amó y Cristo murió por nosotros!

Esto nos conduce al primer “*mucho más*”. Si el Señor nos amó cuando éramos tan indignos de amor, ¿cuánto más nos salvará de la ira eterna ya que somos justificados por Su sangre? Si Él gastó tanto para declararnos justos, ¿nos va a dejar deslizar y salir de Sus manos? ¿Puede que alguna vez nos suelte? La pregunta demanda un “¡no!” resonante.

Además de nuestras otras desventajas, éramos enemigos de Dios. Sería lógico pensar que esto en sí nos quitaría cualquier oportunidad de recibir misericordia de Él. Pero fue cuando todavía éramos Sus enemigos amargos que Él nos reconcilió a Sí mismo por la muerte de Su Hijo.

Y ahora viene el segundo “*mucho más*”. Mediante la obra del Señor Jesús en el Calvario, Dios nos ha provisto una manera en la que podemos ser reconciliados con Él. Cuando nos arrepentimos y creemos en el Señor Jesucristo, se quita la enemistad. *“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”* (Ro. 5:1). Si el precio de nuestra reconciliación fue la muerte del Hijo de Dios, ¿cuánto más, siendo reconciliados, seremos salvos por Su vida? Si Cristo murió por nosotros cuando éramos enemigos, ¿ahora nos dejará perecer cuando somos Sus amigos?

Pero, ¿cómo somos salvos por Su vida? Esto no significa Su vida como hombre en este mundo. Significa Su vida presente a la diestra de Dios en el cielo donde Él es nuestro Abogado, Intercesor, Sumo Sacerdote y Pastor.

Aquí debemos recordarnos que la salvación tiene tres tiempos.

Pasado. *Fuimos salvos* de la pena eterna del pecado cuando confiamos en Cristo. Cuando Él murió, todos nuestros pecados eran futuros, y Él pagó por todos ellos.

Presente. Estamos siendo salvos del poder del pecado. Esto es lo que significan las palabras *“seremos salvos por su vida”*. Si nuestra seguridad de día en día dependiera de nuestros miserables logros, todos estaríamos perdidos. Somos preservados por Su intercesión. Somos guardados porque Él nos representa. Somos seguros porque Él nos restaura cuando nos alejemos.

Futuro. *Seremos salvos* de la presencia del pecado. Esto, por supuesto, se refiere al tiempo cuando lleguemos al cielo, donde estaremos libres de todo vestigio del pecado.

El argumento es conclusivo. Si Dios nos salvó de ira dando a Su Hijo para morir por nosotros, Él nunca nos permitirá sufrir aquella ira. Si fuimos reconciliados a Dios por la sangre de Cristo cuando éramos enemigos, Él asegurará nuestra continua salvación por el ministerio presente de Cristo a favor nuestro.

El Espíritu de Certidumbre

Ninguna consideración de la seguridad eterna del creyente es comprensiva sin incluir el ministerio del Espíritu Santo. Él mismo es la garantía que todo creyente genuino llegará al cielo al final.

Todo hijo de Dios tiene el Espíritu Santo. *“Y si alguno no tiene al Espíritu de Cristo, no es de él”* (Ro. 8:9). Jesucristo prometió a los discípulos que el Espíritu de verdad vendría y estaría en ellos (Jn. 14:17). Y Pablo nos recordó que nuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo (1 Co. 6:19).

Una vez que el Espíritu tome residencia en un creyente, se queda para siempre. Al prometerlo, el Salvador dijo: *“Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre”* (Jn. 14:16). Es una promesa incondicional. No hay sugerencia alguna de que el Espíritu podría ser contristado de modo que se vaya.

La Tercera Persona de la Trinidad es dada a los cristianos como sello:

[Dios] *“...también nos ha sellado”* (2 Co. 1:22).

“...y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa” (Ef. 1:13b).

Este sello representa el dueño y la seguridad. Cualquiera que tenga el Espíritu es posesión de Dios. En este sentido, el sello es similar a la marca que se pone en las vacas o la mancha de tinta o pintura con la que marcan las ovejas. Es algo que identifica quién es el dueño.

Como sello, el Espíritu Santo garantiza la preservación eterna del hijo de Dios.

“Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención” (Ef. 4:30).

El día de la redención es el tiempo cuando recibiremos nuestros cuerpos glorificados. Tan cierto como tenemos el sello, es cierto que al final llegaremos al cielo.

El Espíritu Santo también es dado a los hijos de Dios como arras o fianza, parecido a lo que llamamos a veces “paga y señal”.

“El cual también nos ha sellado, y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones” (2 Co. 1:22).

“Mas el que nos hizo para esto mismo es Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu” (2 Co. 5:5).

La garantía es una paga y señal, como una promesa. Al comprar una casa, la persona primero da una señal como garantía de que el resto de precio será pagado. Cuando una pareja entra en noviazgo, a veces se da un anillo como promesa de que después vendrá el matrimonio^x. Como garantía, el Espíritu Santo es la promesa de Dios al creyente que toda la herencia vendrá. Cuando somos salvos, nuestro espíritu y alma son redimidos, pero todavía estamos en cuerpos sujetos a enfermedades y muerte. La redención del cuerpo y nuestro hogar en el cielo están todavía en el futuro. Pero la garantía del Espíritu los hace

absolutamente seguros. Pablo establece esto en Efesios 1:14.

“Que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria”.

Otra figura empleada en relación con el Espíritu Santo es la de las primicias. En el Antiguo Testamento, un agricultor tomó un manojito de lo primero del grano maduro y lo ofreció a Dios en gratitud por la cosecha que después vendría. Pablo ve aquí una aplicación espiritual:

“Y no sólo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo” (Ro. 8:23).

Ya tenemos las primicias del Espíritu, tales como el sello y las arras, como hemos mencionado. Pero esperamos el pleno fruto de Su ministerio en nuestras vidas, esto es, la redención de nuestros cuerpos.

Hay un modo distintivo en el cual sufren los que tenemos las primicias del Espíritu. Gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención del cuerpo (ver el v. 23). Así que, el “si” de Romanos 8:17 no expresa una prueba posible para unas cuantas personas selectas, sino el privilegio inevitable de *todo* el pueblo de Dios.

Fuimos salvos en esta esperanza, la esperanza de vida eterna con el Señor en el cielo. Pero no hay ningún elemento de incertidumbre en esta esperanza, porque ella está fundada sobre la Palabra de Dios, la cosa más segura en el universo.

Un ministerio más del Espíritu debe mencionarse, esto es, la unción. En 1 Juan 2:27, el apóstol Juan escribe así:

“Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él”.

La unción aquí se refiere al ministerio de enseñar del Espíritu Santo, la habilidad que Él da a los creyentes para discernir entre la verdad y el error. Subraya las palabras: *“permanece en vosotros”*. ¡La unción no va y viene! Permanece en el hijo de Dios porque el Espíritu Santo permanece.

De hecho, todos los ministerios del Consolador que hemos mencionado aquí han sido diseñados para llenar al creyente con profunda certeza acerca de su destino eterno en el cielo. No hay aquí sugerencia de que un hijo genuino de Dios pueda perder su salvación. El Espíritu Santo garantiza que al final recibiremos nuestro cuerpo glorificado. Nuestra seguridad eterna y el Espíritu Santo están unidos. Sólo puede fallar nuestra seguridad si el Espíritu Santo puede fallar.

En Cristo

Tan pronto como alguien cree en el Señor Jesús, está “en Cristo”. Esto se refiere a la posición de favor que Dios le concede. Jehová ya no le contempla en toda su indignidad, sino que ahora le contempla vestido de toda la dignidad de Cristo.

En Cristo el creyente fue conocido, escogido y predestinado antes de la fundación del mundo (Ro. 8:28-30). Obviamente esto fue antes de que hiciera bien o mal. Puesto que Dios es omnisciente, sabía de antemano todo lo que cada escogido haría. Y aun así le escogió y predestinó a ser como Su Hijo para siempre. Si el creyente pudiera perder su salvación, lo que el Señor decretó no vendría a ser. Y Su elección habría sido un error. Pero es imposible que Dios se equivoque.

En Cristo el creyente es perdonado, redimido y librado de toda condenación. Si su salvación continua dependiera de sus obras o comportamiento, entonces Dios tendría que revocar los beneficios que antes confirió a la persona, mérito aparte. Es más, fueron conferidas a pesar de montones de desmérito. ¿Cambiaría Dios de opinión en este asunto? ¡Es imposible!

En Cristo el creyente es justo posicionalmente. Realmente está vestido de la justicia de Dios (2 Co. 5:21). No es justo en sí mismo, pero la justicia de Dios ha sido imputada a su cuenta. Esto y sólo esto le hace apto para “*la herencia de los santos en luz*”.

En Cristo el pecador que cree es aceptado (Ef. 1:6). En Cristo él está tan cerca de Dios como Cristo, y tan querido a Dios como Él (Jn. 17:23). Antes de que pudiera perder esta posición privilegiada, primero el Señor Jesús tendría que perder Su aceptación con Dios Padre. Nada podría ser más impensable.

En Cristo el hijo de Dios está completo (Col. 2:10). Cristo es su aptitud total para el cielo. El mérito de Cristo y la aptitud del creyente van juntos.

No sólo está el creyente en Cristo; Cristo está en el creyente. La unión es tan completa que el apóstol Pablo dijo: “El que se une al Señor, un espíritu es con él” (1 Co. 6:17). Nada podría ser más íntimo o indivisible que esto.

No hay mayor seguridad que estar en Cristo y ser también Su morada. Esta posición de seguridad continua tanto como Cristo continua; esto es, para siempre.

Miembros Del Cuerpo

El momento que alguien confía en el Señor Jesús, el Espíritu Santo le coloca en el cuerpo de Cristo. Éste es otro nombre para la Iglesia. Cristo es la Cabeza y todos los creyentes son miembros. Pablo escribe: *“Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo”* (1 Co. 12:12). Aquí tenemos un uso sin precedente del nombre *“Cristo”*. Aquí se refiere no sólo a la Cabeza en el cielo, sino también a los miembros en el cielo y la tierra. Habla con elocuencia de la unidad que existe entre el Señor y los Suyos.

En el capítulo citado, el apóstol confecciona una analogía entre los miembros del cuerpo humano y los del cuerpo de Cristo. Enfatiza que ningún miembro carece de importancia: cada uno es esencial y tiene una función única que realizar. Y ningún miembro debe sentirse auto suficiente: todos dependen los unos de los otros.

Ahora, ¡supongamos que suceda lo inconcebible! Un miembro se quita del cuerpo por un acto de su voluntad. Él decide que ya no quiere más ser miembro. ¡Esto es verdaderamente extraño! Fue un hecho de poder divino que le unió al cuerpo, pero ahora él puede deshacerlo por su propio poder. ¡Imposible!

O supongamos, como creen algunos, que el Señor quita a un creyente del cuerpo debido al pecado prolongado y serio. Esto no es como se retrata a la Cabeza del cuerpo en Efesios 5. Allí Él es el Salvador del cuerpo, no su destructor (v. 23). Él ama a la Iglesia y se dio a sí mismo por ella (v. 25). No aborrece a Su propia carne, sino que la sustenta y la cuida (v. 29).

Las perfecciones del Señor Jesús prohíben que Su cuerpo sea jamás incompleto, mutilado o tenga miembros amputados. Su propósito final es tener una Iglesia gloriosa sin mancha ni arruga ni cosa semejante. Esto ciertamente elimina todo concepto de imperfección o miembros que falten.

Harold Barker indica que porque somos miembros del cuerpo de Cristo, nuestro destino está ligado a Su destino. Donde Él esté por la eternidad, allí también estaremos nosotros (Jn. 14:3)^{xi}.

¿Vida Eterna O No Eterna?

Uno de los versículos más queridos de la Biblia es Juan 3:16.

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”.

Millones han descansado su destino eterno sobre esta promesa inquebrantable de Dios, que si creen en Su Hijo único, tendrán vida eterna.

Juan 3:15 dice esencialmente lo mismo:

“Para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”.

Cualquiera que crea en Cristo está asegurado de que nunca perecerá, sino que tiene como posesión presente una vida que es eterna.

La fe y la vida eterna están ligadas otra vez en Juan 3:36.

“El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él”.

El hecho de ver vida o sufrir la ira eterna de Dios depende de si uno cree en el Hijo de Dios.

“Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna” (Jn. 4:13-14).

El agua que el mundo ofrece no da satisfacción duradera. Jesucristo proclama la buena nueva de la salvación por medio de la fe en Él. Cualquiera que bebiere de esta agua, esto es, cualquiera que cree en Él, jamás tendrá sed. Recibe una vida que nunca terminará. Nunca tendrá sed de ella otra vez, porque ya la tiene eternamente. Él tendrá en sí una fuente de agua que salte para vida eterna.

La promesa de vida eterna está clara más allá de toda duda en Juan 5:24.

“De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida”.

Aquí el Señor comienza Su comentario con la frase “de cierto, de cierto”,^{xii} como si Su intención fuera enfatizar la certidumbre de Sus palabras. El que cree en Él ya tiene vida eterna. Y como para prevenir cualquier malentendido, el Salvador agrega: “y no vendrá a condenación”. Y por si fuera poco esto, añade: “más ha pasado de muerte a vida”.

El Señor Jesús no podía haberlo dicho con más claridad fuera de lo expresado en Juan 6:47.

“De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna”.

El que creyere en Él tiene vida que es eterna. Nota aquí que no hay ni siquiera una condición o excepción.

Ahora bien, yo propongo que una persona ordinaria, al leer estos versículos, tendría la clara impresión de que vida eterna es la posesión presente de todos aquellos que creen en el Señor Jesucristo. La vida está en la superficie. El sentido claramente visible en la superficie es que la fe y la salvación están inseparablemente conectadas. Los que creen son salvos eternamente.

Entonces, ¿cómo pueden algunos negar esto, y enseñar que la seguridad del creyente es condicional?

En primer lugar, tienen una forma un tanto complicada de alegar que la vida eterna no es necesariamente eterna. Tienen razón al indicar que la vida eterna denota no sólo duración sino también calidad de vida. Es más que existencia sin terminar, porque aun los que no son salvos existirán eternamente. Es una clase de vida: la vida de Cristo que es impartida al creyente en el momento de su conversión. Ninguna persona inconversa la tiene.

Pero entonces ellos parecen descuidar este aspecto de la duración de la vida y prosiguen su punto, para decir que uno tiene esta cualidad de vida sólo mientras siga andando en obediencia a los mandamientos del Señor. En otras palabras, la permanencia de esta vida está sólo en el momento presente. Puedes tenerla ahora, pero podrías perderla de aquí a una hora. Si esto fuera verdad, entonces la palabra tendría que ser “temporal” o “condicional”.

No se nos permite separar la calidad de vida eterna de su duración. Si recibo por fe la vida de Cristo, entonces, la tengo eternamente porque es lo que ella es: vida eterna. Nuestro Señor no dijo: “Cree en mí y tendrás vida condicional”. Dijo: “*vida eterna*”. Y esto es exactamente lo que quería decir.

Conocer a Cristo es vida eterna (Jn. 17:3). Una vez que una persona conozca a Cristo, le es imposible decidir no conocerle más.

La palabra *eterna* significa sin fin. Se emplea con respecto a Dios (1 Ti. 1:17) y el Espíritu Santo (He. 9:14). El juicio de los incrédulos es eterno (Mr. 3:29; He. 6:2), así como son los fuegos del infierno (Jud. 7). La redención que Cristo realizó por nosotros es eterna (He. 9:12), y la vida del creyente es eterna (Jn. 6:47). En ninguno de estos versículos que contienen las palabras “*vida eterna*” está la sugerencia de que esta vida pueda perderse por causa del pecado.

En dos versículos el apóstol Pablo habla de vida eterna como una esperanza:

“En la esperanza de la vida eterna, la cual Dios, que no miente, prometió desde antes del principio de los siglos” (Tit. 1:2).

“Para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna” (Tit. 3:7).

Esto podría crear la impresión de que no podemos estar seguros de ella hasta que termine la vida aquí en la tierra. Cuando usamos la palabra *esperanza* hoy en día, normalmente hay un elemento de duda. Sostenemos un deseo pero sin una certidumbre firme de que vaya a cumplirse.

Pero como ya ha sido señalado, esto no es el caso con la palabra *esperanza* en el Nuevo Testamento. Allí describe una certeza, porque está basada sobre la promesa de Dios. Nada hay más seguro en el universo que ella. Ya poseemos vida eterna, pero la esperanza de ella que guardamos es con respecto al estado glorificado en el cielo.

La esperanza cristiana no puede avergonzarnos:

“Y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado

en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Ro. 5:5).

“...la esperanza puesta delante de nosotros. La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec” (He. 6:18b-20).

El Señor Jesús, nuestro precursor, ya ha entrado en el cielo, que se describe aquí como “la Presencia dentro del velo”. Si Él ha entrado allí “*por nosotros*”, ¿qué puede significar sino que nosotros le seguiremos allí?

Pero hay otra forma en que los partidarios de la salvación condicional buscan avanzar su causa. Además de redefinir la palabra “eterna”, intentan demostrar con la gramática griega que el tiempo presente del verbo “creer” siempre significa un proceso continuo, no un hecho singular de fe. En otras palabras, debes creer y seguir creyendo^{xiii}. Si dejas de creer, ya no eres salvo.

Los que dicen esto están confiando en una versión simplista de gramática. El tiempo del verbo “creer” en estos versículos no implica nada acerca del tipo de acción^{xiv}. No siempre describe acción continua. Por ejemplo: “*aquel que descendió del cielo*” (Jn. 6:33) describe la encarnación. En la Reina Valera está así: “*descendió*”, pero la palabra griega (katabai,nwn) es un participio activo, del tiempo presente, en este caso correctamente traducido como un hecho puntual y consumado. Fue un acto solitario, no una cosa constantemente repetida. La misma forma se usa en expresiones tales como: “*Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor*” (Ap. 14:13). ¡Ciertamente no significa “que mueran y sigan muriéndose”!

En Juan 3:14-15, Jesucristo emplea la ilustración de la serpiente de bronce en el desierto (Nm. 21:6-9). Cuando los israelitas habían sido mordidos por las serpientes venenosas, Dios mandó a Moisés erigir una serpiente de bronce en un palo. Cuando alguno de los moribundos mirara la serpiente, sanaría. No tenía que mirarla y seguir mirándola. Una mirada fuera suficiente. Tenía resultados permanentes. Tal como una mirada trajo sanidad física, así un acto de fe salvadora en Cristo trae salvación eterna. Esto es lo que los versículos 14 y 15 enseñan.

El Señor dijo a la mujer de Samaria: “*el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás*” (Jn. 4:14). ¿Quería decir “beber y seguir bebiendo”? Obviamente, no. Si alguien tiene que beber continuamente, entonces sigue teniendo sed. El significado está claro: Una vez bebida el agua de vida satisface la sed para siempre. En este pasaje, beber es un sinónimo de creer. Un solo acto de fe provee “*una fuente de agua que salte para vida eterna*”.

Cuando Pablo dijo al carcelero en Filipos: “*cree en el Señor Jesucristo*” (Hch. 16:31), le llamó a un hecho definido e instantáneo^{xv}.

Por supuesto, al decir esto, debemos tener en cuenta que si una persona verdaderamente ha nacido de nuevo, no dejará de creer.^{xvi} Creer en Cristo es una parte tan vital de la vida espiritual como respirar lo es a la vida física. No puede parar indefinidamente de respirar por un acto de su voluntad. Tampoco puede dejar de creer.

Resumiendo, el testimonio consistente del Nuevo Testamento es que Dios da una vida que es eterna a los que creen en el Señor Jesucristo. No hay en ninguna de estas promesas la sugerencia de que esta vida pueda perderse. Es verdad que hay unos pocos pasajes que parecen admitir excepciones, pero unos pocos no pueden contradecir una multitud. Y aquellos pocos, cuando son correctamente entendidos, no niegan la verdad de que el creyente está eternamente seguro. Esperamos demostrar esto en las páginas siguientes.

¿Habilidad O Hechos?

Hay Escrituras maravillosas que nos aseguran que Dios puede salvarnos y guardarnos hasta el fin. Pero aquellos que creen en una salvación bajo probación (condicional) robarían estos textos de su preciosidad, diciendo que sólo porque Dios *puede* hacer algo no significa que lo hará. Simplemente porque puede socorrer a los que son tentados (He. 2:18), no garantiza que lo hará. El hecho de que puede sujetar a sí mismo todas las cosas (Fil. 3:21) no significa que esto sucederá.

¡No nos preocupemos! Para cada versículo que habla de Su habilidad de salvar o de guardar eternamente, hay otros que aseguran que será hecho así.

En 2 Timoteo 1:12, Pablo expresa la convicción de que el Señor puede guardar lo que él había depositado hasta aquel día. Puede hacerlo, sí, pero, ¿lo haría? ¡Ciertamente, sí! El apóstol no tenía duda. Dijo: “*Y el Señor me libraré de toda obra mala, y me preservará para su reino celestial*” (2 Ti. 4:18).

El escritor a los hebreos exultó diciendo: “*Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos*” (He. 7:25). Su ministerio presente de intercesión a favor nuestro garantiza que Su habilidad se convertirá en hechos realizados. Pero, por si fuera poco, hay la promesa añadida del honor divino que dice: “*El que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo*” (Fil. 1:6).

“La obra que Su bondad comenzó,
El brazo de Su fuerza terminará.
Su promesa es Sí y Amén,
Y jamás se incumplirá.
Cosas futuras, ni cosas presentes,
Ni todas las cosas abajo o arriba,
Pueden hacerle Su propósito abandonar,
Ni mi alma de Su amor separar”.

Augustus M. Toplady

Los que mantienen que la salvación es condicional levantan un argumento similar acerca de versículos como Juan 6:39-40.

“Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero. Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquél que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero”.

Dicen: “Oh, sí, la voluntad de Dios es que no se pierda ninguno de los que Él da al Hijo, pero esto no significa que todos ellos se van a salvar. Dios no quiere que nadie perezca (2 P. 3:9), pero sabemos que muchos sí perecen.

El argumento tiene un fallo. Es la voluntad de Dios que el Hijo no pierda a ninguno de los que el Padre le ha dado. Es la voluntad de Dios que el Señor Jesucristo los resucite en el último día.

El Hijo siempre hace la voluntad del Padre (Jn. 8:29). Lo que el Padre encargue al Hijo para hacer, será hecho. Esto significa que no se perderá ninguno de los que el Padre ha dado al Hijo. Todos ellos le verán, creerán en Él, tendrán vida eterna y serán resucitados en el

último día.

Nuestro Dios y Salvador puede guardarnos de caída, y presentarnos sin mancha ante la presencia de Su gloria con gran gozo (Jud. 24). Pero, ¿esto significa que lo *hará*? Pablo da descanso a nuestra mente, con la certeza de que Jesucristo “*os confirmará hasta el fin, para que seáis irreprochables en el día de nuestro Señor Jesucristo*” (1 Co. 1:8).

Nuestro glorioso Señor puede guardar, salvar, sujetar y socorrer a los que son tentados. Y en todos estos casos Su habilidad es equivalente al hecho. El hecho de que Él puede incluye la promesa de que lo *hará*.

¿Certidumbre O Incertidumbre?

La vasta mayoría de las Escrituras en el Nuevo Testamento dan plena certidumbre a todos los que han sido nacidos de nuevo genuinamente, que llegarán al final al cielo. Es claramente el diseño de las Sagradas Escrituras el dar a los hijos de Dios completa confianza una vez que hayan recibido el don de Dios de la salvación mediante la fe en Cristo. Están seguros de que llegarán a la casa del Padre.

En primer lugar, están las muchas promesas infalibles, indicando que cualquiera que por un acto deliberado de fe recibe a Jesucristo como Señor y Salvador, es salvado, regenerado, justificado y reconciliado. Nunca será condenado, mas ha pasado de muerte a vida.

Además, hay muchos pasajes donde el Señor Jesús o los apóstoles habla con certidumbre acerca del futuro de los creyentes. Por ejemplo, en la parábola de las ovejas perdidas, el Señor dice: *“Hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente”* (Lc. 15:10). Tan pronto como se arrepienta el pecador, todo el cielo irrumpe en regocijo. ¡La celebración no se posterga hasta que los ángeles vean si el que fue salvado ha cumplido ciertas condiciones! Si su vida eterna dependiera de algo que él tiene que hacer, entonces la extasia sería precipitada.

En otro lugar, el Salvador garantizó a Sus discípulos que Él iba a preparar lugar para ellos en la casa del Padre, y que ellos estarían con Él allí (Jn. 14:3). Dijo: *“porque yo vivo, vosotros también viviréis”*. Es una promesa clara acerca de su futura bendición. Estas promesas no vinieron con condiciones puestas para su cumplimiento.

No cabía duda en la mente del apóstol Pablo que en su hogar eterno, esto es, el cielo, conocería como fue conocido (1 Co. 13:12). Sabía que él y los corintios creyentes serían todos cambiados, esto es, recibirían cuerpos glorificados (1 Co. 15:51-52). Hablando por todos los redimidos, dijo: *“sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos”* (2 Co. 5:1). Sin condición alguna, expresó total confianza de que al estar ausentes del cuerpo, estarían presentes al Señor (2 Co. 5:8). No se añadieron restricciones a ninguna de estas afirmaciones.

Expresó confianza de que aun el espíritu de un creyente corintio que había cometido incesto, sería *“salvo en el día del Señor Jesús”* (1 Co. 5:5), aunque en el intermedio ese hombre iba a sufrir disciplina.

Escribiendo a los filipenses, dijo que para él morir era ganancia (Fil. 1:21), y no hay sugerencia de que esto sería condicional o dependería de su comportamiento. Él les animó con la certeza de que el Señor Jesús cambiaría sus cuerpos de humillación para que fueran conformados a su cuerpo glorioso (Fil. 3:21), pero no dijo: “si permaneciereis hasta el fin”.

¿Cómo podía prometer a los colosenses que aparecerían con Cristo en gloria (Col. 3:4), si siempre tuvieran que obedecer los mandamientos del Señor para estar seguros? Si fuera así, ¿cómo podría él estar seguro de que estarían allí?

Pablo obviamente creía en la seguridad eterna. Anticipaba estar en el cielo, y anticipaba ver a los tesalonicenses allí también, porque les dijo: *“¿cuál es nuestra esperanza, o gozo, o corona de que me gloríe? ¿No lo sois vosotros, delante de nuestro Señor Jesucristo, en su venida?”* (1 Ts. 2:19). No dijo: “pero tenemos que seguir creyendo”, porque sabía que esto lo iban a hacer. Anticipando la venida de Cristo por la Iglesia, dijo: *“y así estaremos siempre con el Señor”* (1 Ts. 4:17b). De nuevo, en 2 Tesalonicenses 1:7, asegura a los santos de su descanso incondicional cuando el Señor Jesús sea revelado desde el cielo con los ángeles de Su poder.

Cerca del final de su vida, cuando todavía era posible que él fallara, dijo: *“He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guarda la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida”* (2 Ti. 4:7-8). No confiaba en su propia fuerza, pero sabía que el Señor le preservaría para Su reino celestial (2 Ti. 4:18).

También Pedro creía en la seguridad eterna. Escribió acerca de la gracia que sería traída a los creyentes cuando Jesucristo sea manifestado (1 P. 1:13). La palabra “si” no forma parte de esta oración. Sabía que cuando la gloria de Cristo fuera revelada, los creyentes que sufrían se gozarían con gran alegría (1 P. 4:13). ¿Cómo podía saber esto si su salvación dependiera en cualquier manera de los hechos de ellos? Él y sus lectores esperaban cielos nuevos y tierra nueva donde mora justicia (2 P. 3:13). No podría decir esto si creyera en una salvación condicional.

Finalmente, el apóstol Juan da a sus lectores esta certeza indecible: *“sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es”* (1 Jn. 3:2b). Es una certidumbre no cualificada para cada hijo de Dios.

No es extraño que el pueblo de Dios a lo largo de los siglos ha descansado su esperanza del cielo sobre la obra de Cristo sólo, y no sobre cualquier obra impredecible y dudosa del creyente.

Sólo cuando la salvación es por gracia por medio de la fe, y sin obras de cualquier clase, es que una persona puede tener certeza de la seguridad eterna. En el momento en que añadan condiciones legales que deben ser cumplidas por el creyente, la certidumbre es imposible, porque no puedes saber si cumplirá correctamente las condiciones.

¿Apóstatas O Alejados Del Señor? (Parte I)

Los que contienden a favor de la salvación condicional basan su caso sobre el libro de Hebreos más que cualquier otro libro de la Biblia. Antes de examinar ciertos pasajes que ellos citan, vamos a hacer un repaso de la epístola a grandes rasgos, como a vista de pájaro.

En los primeros días de la Iglesia, el evangelio salió primeramente a los judíos. Muchos de ellos se convirtieron genuinamente a la fe cristiana. Otros fueron atraídos a la luz del evangelio y llegaron a ser adheridos nominales. Algunos de estos llegaron incluso al punto de bautizarse y llegar a ser miembros de la asamblea cristiana, así identificándose con la comunidad cristiana.

Para los judíos, profesar ser cristiano era un acto de traición. Los que lo hicieron fueron denunciados como traidores y renegados. Fueron sujetos a excomunión, ostracismo, desherencia y aun abuso físico. Sus líderes religiosos, familias y amigos los pusieron bajo presión enorme para que volvieran al sistema ceremonial elaborado del judaísmo. A los buscadores inciertos se les recordaba lo que estarían abandonado al salir del judaísmo:

- las glorias de los profetas del Antiguo Testamento
- el ministerio de los ángeles en la historia de la nación
- el liderazgo de Moisés y Josué
- el sacerdocio de Aarón y el sistema de sacrificios

La elección quedó clara. O debían ir adelante a una confianza completa en Cristo como Señor y Salvador, o repudiarle voluntariamente. Re caer sería cometer el pecado de apostasía, del cual no hay arrepentimiento.

Entonces, ésta era la situación que enfrentaba al escritor de la epístola a los hebreos. A veces le vemos animando a los verdaderos creyentes a vivir en fe y paciencia. Pero por la mayor parte se dirigía a los judíos que estaban con un pie en cada lado, advirtiéndoles del pecado de apostasía. Demuestra que Cristo es el cumplimiento de todos los tipos y las sombras del judaísmo.

La palabra *apóstata* viene de una palabra griega que significa: “uno que se aparta o vuelve atrás”^{xvii}. Primeramente, describe a la persona que profesa ser cristiana pero que nunca ha recibido a Cristo por un acto definido de fe. El apóstol Juan pensaba en los apóstatas cuando escribió: “*Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros*” (1 Jn. 2:19). Esto no fue el caso de salir de una asamblea cristiana para ir a otra. Al contrario, fue un rechazo total de la fe cristiana. Su salida demostró que no eran “de nosotros”, esto es, que no eran verdaderos creyentes. Si lo hubiesen sido, habrían permanecido en la fe, porque la fe verdadera siempre tiene la cualidad de perseverancia. Al salir, demostraron que no eran verdaderos miembros de la comunidad cristiana. Su asociación con los creyentes había sido superficial.

Debe estar claro que hay una gran diferencia entre *alejarse* del Señor y *apostatar*. Un cristiano puede caer pero no puede caer de la gracia. Su comunión con Dios puede ser rota, pero no su relación. Un apóstata nunca ha tenido una relación verdadera con Dios. Cuando un creyente peca, tarde o temprano se culpa a sí mismo y confiesa su pecado; el apóstata cae en pecado y fracaso moral, pero culpa a Dios. El creyente alejado se arrepiente y es perdonado; el apóstata no se preocupa por su pecado. De hecho, a menudo su actitud hacia su pecado es de obstinación y desafío. No halla perdón^{xviii}. Pedro se alejó del Señor, pero Judas era un

apóstata. “Pedro, saliendo fuera, lloró amargamente” (Lc. 22:62), pero después volvió a su Maestro (Jn. 21:15-19). Judas salió y se ahorcó (Mt. 27:5).

Observemos cuán serio es el pecado de apostasía. Equivale a crucificar de nuevo para sí mismo al Hijo de Dios y exponerle a vituperio (He. 6:6). Es lo mismo que pisotear al Hijo de Dios, tener por inmunda Su sangre, y hacer afrenta al Espíritu de gracia (He. 10:29). Los apóstatas son anticristos (1 Jn. 2:18).

Vamos ahora a examinar los pasajes en Hebreos que típicamente se emplean para apoyar la idea de salvación condicional o para rebatir la seguridad eterna.

“Por tanto, es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos. Porque si la palabra dicha por medio de los ángeles fue firme, y toda transgresión y desobediencia recibió justa retribución, ¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? La cual, habiendo sido anunciada primeramente por el Señor, nos fue confirmada por los que oyeron” (He. 2:1-3).

Este pasaje es una advertencia contra la apostasía. A los lectores se les recuerda que la pena por romper los Diez Mandamientos era muerte. Puesto que esto era así, algo mucho peor espera a aquellos que descuidan el evangelio. Aquí el descuido se refiere a no hacer caso, menospreciar o ignorar.

No debemos dejarnos confundir por el uso de la palabra “nosotros” aquí, como si el autor se incluyera a sí mismo y también a otros creyentes. No es así. Ellos ya habían aceptado el evangelio. Es el uso editorial de *nosotros*; y los escritores de la Biblia tenían tanto derecho a usarlo como nosotros. Aquí significa, aquellos que estaban en peligro de descuidar el evangelio.

Estos no son buenos versículos para probar que un creyente puede acabar en el infierno en la eternidad.

“6 pero Cristo como hijo sobre su casa, la cual casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza. 7 Por lo cual, como dice el Espíritu Santo: Si oyereis hoy su voz, 8 No endurezcáis vuestros corazones, Como en la provocación, en el día de la tentación en el desierto, 9 Donde me tentaron vuestros padres; me probaron, Y vieron mis obras cuarenta años. 10 A causa de lo cual me disgusté contra esa generación, Y dije: Siempre andan vagando en su corazón, Y no han conocido mis caminos. 11 Por tanto, juré en mi ira: No entrarán en mi reposo. 12 Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo; 13 antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: Hoy; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado. 14 Porque somos hechos participantes de Cristo, con tal que retengamos firme hasta el fin nuestra confianza del principio, 15 entre tanto que se dice: Si oyereis hoy su voz, No endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación. 16 ¿Quiénes fueron los que, habiendo oído, le provocaron? ¿No fueron todos los que salieron de Egipto por mano de Moisés? 17 ¿Y con quiénes estuvo él disgustado cuarenta años? ¿No fue con los que pecaron, cuyos cuerpos cayeron en el desierto? 18 ¿Y a quiénes juró que no entrarían en su reposo, sino a aquellos que desobedecieron? 19 Y vemos que no pudieron entrar a causa de incredulidad” (He. 3:6-19).

Al acercarnos a estos versículos, recuerda que el escritor se estaba dirigiendo a un auditorio mixto. Al igual que hoy, algunos eran creyentes genuinos y otros tenían una apariencia de piedad pero sin el poder. Las líneas no estaban claramente marcadas. Nadie podía discernir en cada caso si la persona realmente estaba en Cristo o no. Por lo tanto, fue necesario advertir a los no decididos, del peligro de la apostasía, y a los demás asegurarles en su fe.

Versículo 6. Los que han nacido de nuevo por fe en el Señor demuestran la realidad de su fe porque retienen firme hasta el fin su confianza y el regocijarse en la esperanza. No son salvos mediante la retención de su confianza; esto sería salvación por obras. Sería algo personalmente logrado de lo cual podrían jactarse. Pero el principio de fe excluye toda jactancia (Ro. 3:27).

Versículos 7-11. Los creyentes nominales deben tomar advertencia de la experiencia de Israel en el desierto. Durante cuarenta años el pueblo provocaba a Dios con su incredulidad. Finalmente, juró en Su ira que no entrarían en Su reposo, esto es, reposo en la tierra de Canaán.

Versículos 12-14. Los “hermanos” mencionados en el versículo 12 podrían ser hermanos humanamente hablando, hermanos de la misma nación judía, o hermanos cristianos sólo en nombre (de profesión). Apartarse del Dios vivo es lo mismo que apostatar. Pese a su profesión, sólo han venido a ser miembros de Cristo si retienen firme hasta el fin su confianza del principio. Una vez más, *retener firme* no es la raíz de la salvación, es el fruto.

Versículos 15-19. La fe es el asunto crucial. Del mismo modo que la incredulidad no permitió a los israelitas entrar en el reposo de Dios en Canaán, hoy en día impedirá la entrada de la gente en el reposo de Dios, como veremos en la siguiente sección.

“1 Temamos, pues, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado. 2 Porque también a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva como a ellos; pero no les aprovechó el oír la palabra, por no ir acompañada de fe en los que la oyeron. 3 Pero los que hemos creído entramos en el reposo, de la manera que dijo: Por tanto, juré en mi ira, No entrarán en mi reposo; aunque las obras suyas estaban acabadas desde la fundación del mundo. 4 Porque en cierto lugar dijo así del séptimo día: Y reposó Dios de todas sus obras en el séptimo día. 5 Y otra vez aquí: No entrarán en mi reposo. 6 Por lo tanto, puesto que falta que algunos entren en él, y aquellos a quienes primero se les anunció la buena nueva no entraron por causa de desobediencia, 7 otra vez determina un día: Hoy, diciendo después de tanto tiempo, por medio de David, como se dijo: Si oyereis hoy su voz, No endurezcáis vuestros corazones. 8 Porque si Josué les hubiera dado el reposo, no hablaría después de otro día. 9 Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios. 10 Porque el que ha entrado en su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas. 11 Procuremos, pues, entrar en aquel reposo, para que ninguno caiga en semejante ejemplo de desobediencia. 12 Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. 13 Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta. 14 Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. 15 Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo

según nuestra semejanza, pero sin pecado. 16 Acercuémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (He. 4:1-16).

Se mencionan cuatro reposos en Hebreos. El reposo de Dios después de la creación (4:4), el reposo de Israel en Canaan (3:11); el reposo presente de fe (4:1; 3a, 8-10), y su fruición plena, el reposo sabático eterno que aun tiene que venir (4:9).

Aunque admitimos que es difícil seguir el pensamiento, el argumento parece ser éste: La promesa divina de reposo no fue cumplida por el reposo después de la creación. Y Josué no introdujo al pueblo en ese reposo, porque más tarde Dios todavía hablaba del reposo en el tiempo de David. Los que creen en Cristo entran en aquel reposo (v. 3a). Han cesado sus intentos de ganar su salvación mediante sus obras, y ahora gozan de reposo de conciencia, sabiendo que el Salvador terminó la obra en la cruz. El reposo celestial espera a todo el pueblo de Dios.

Los cristianos nominales (y todos los incrédulos) deben preocuparse por entrar en ese reposo y no quedar fuera. Deben esforzarse diligentemente para entrar en aquel reposo, depositando su fe en el Señor Jesucristo. La incredulidad nunca pasa desapercibida, porque la Palabra Viva, el Verbo, es omnisciente.

Y puesto que los verdaderos creyentes también deben rendir cuentas a Él, deberían mantener firme, sin fluctuar, su confesión. Pero no pueden hacerlo con su propia fuerza, sino por medio de su Sumo Sacerdote que les da gracia para el oportuno socorro.

Aparentemente, los que mantienen la doctrina de caer de la gracia señalan los versículos 1, 11 y 14 para apoyar su posición, que los verdaderos creyentes podrían llegar a perderse. Los que tal hacen cometen el fallo de no ver que los versículos 1 y 11 son para los que todavía no han llegado a la fe verdadera en el Señor Jesús. No gozan de reposo de conciencia. Y porque no lo han alcanzado, están en peligro de caer en la trampa de apostasía. El versículo 14 anima a los creyentes a ser valientes en su confesión de Cristo, asegurados de que su Sumo Sacerdote les concederá toda la fuerza que necesitan.

“Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen” (He. 5:8-9).

El texto de prueba que emplean los arminianos aquí es el versículo 9. Cristo es autor de eterna salvación para todos los que le obedecen. La implicación es que si dejas de obedecerle, pierdes la salvación. ¡Pero esto suena precariamente como salvación por obras!

Debemos entender que el evangelio es un mensaje que hay que obedecer, uno lo obedece cuando cree en el Señor Jesucristo. En este contexto, obediencia es sinónimo de fe. Es lo que Pablo en otro lugar llama la obediencia a la fe (Ro. 1:5; 16:26). Y Lucas dice que *“muchos de los sacerdotes obedecían a la fe”* (Hch. 6:7). Su experiencia de salvación fue un evento puntual, no un proceso.

Uno de los pasajes que más frecuentemente usan para demostrar que un verdadero creyente puede perderse es Hebreos 6:4-8.

“Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio. Porque la tierra que bebe la lluvia que muchas veces cae sobre ella, y produce hierba

provechosa a aquellos por los cuales es labrada, recibe bendición de Dios; pero la que produce espinos y abrojos es reprobada, está próxima a ser maldecida, y su fin es el ser quemada”.

Honestamente, debe ser admitido que hay muchas interpretaciones distintas de estos versículos. Aun entre los que creen en la seguridad eterna hay varios puntos de vista^{xix}. Por lo tanto, debemos adoptar la posición que pensamos que mejor cabe en el contexto y está de acuerdo con el resto de la Palabra inspirada. Al escritor le parece que este pasaje controversial trata los apóstatas.

Fueron una vez iluminados. No cabe duda de que esto puede ser verdad respecto a personas que no son convertidas. Es demasiado posible ser iluminado sin responder a la luz.

Gustaron del don celestial. El don celestial podría referirse al Señor Jesús o al Espíritu Santo. La palabra “gustar” puede significar saborear sin tragar, como en Mateo 27:34; donde Jesús, después de gustar el vinagre mezclado con hiel, rehusó beberlo. O podría significar tener conocimiento de algo mediante la experiencia. Por ejemplo, Jesucristo, por la gracia de Dios, gustó la muerte por todos. Esta fue la muerte en su sentido pleno. Así que, la palabra aquí en Hebreos no es decisiva en sí, pero basta para decir que una persona puede tener conocimiento del don celestial sin aceptarlo.

Fueron hechos partícipes del Espíritu Santo. Nota que no dice que hayan sido bautizados, o que son Su morada, o que fueron llenos del Espíritu Santo. Pero participaron de tales ministerios del Espíritu Santo como la convicción del pecado, y el conocimiento del camino de la salvación.

Gustaron de la buena Palabra de Dios. Sobra decir que es posible escuchar la Palabra de Dios sin creerla. Hay personas que tienen sus cabezas llenas de conocimiento bíblico, y que mueren en sus pecados. Gustar no es suficiente.

Gustaron los poderes del siglo venidero. Los hebreos aquí descritos habían atestiguado los milagros que acompañaron la predicación del evangelio por los apóstoles. Estos milagros se describen como “*los poderes del siglo venidero*”. Esto significa que serán repetidos en el Milenio cuando el Señor Jesús reine como Rey de reyes y Señor de señores.

Ten en cuenta, entonces, que estas cinco características pueden ser verdad en cuanto a los incrédulos. Ahora consideremos el resto del pasaje.

Si las personas aquí descritas recaen, es imposible renovarlas al arrepentimiento. Puede que se arrepintieran una vez superficialmente (2 Co. 7:10), sin creer en Cristo, pero una vez que apostaten, su destino, la perdición, está sellada. Han pasado el punto de no retorno respecto a la redención. Esto se demuestra en la historia. Ningún verdadero apóstata ha venido jamás a conocer y ser salvo por el Señor Jesucristo.

Si este pasaje hablara de verdaderos creyentes que habían caído en pecado, significaría que *jamás* podrían ser salvos. Pero esto prueba demasiado para los que mantienen la doctrina de recaída.

Estas personas no son genuinos hijos de Dios, porque pecan “*crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios, y exponiéndole a vituperio*”. Esto ciertamente no es comportamiento característico de los que han nacido de Dios.

En el versículo 7, el escritor compara a los creyentes verdaderos a una tierra bien regada que produce hierba provechosa y recibe bendición de Dios. Los apóstatas son como la tierra que “*produce espinos y abrojos*”, la cual “*es reprobada, está próxima a ser maldecida, y su fin es el ser quemada*”. La expresión: “*está próxima a ser maldecida*”, no ofrece ninguna otra posibilidad. Al contrario, expresa la certeza del juicio, y esto se confirma por el veredicto: “*su fin es el ser quemada*”.

Para que no haya duda acerca de la condición espiritual de los apóstatas que el escritor ha estado describiendo, añade la afirmación decisiva en el versículo 9, “*Pero en*

cuanto a vosotros, oh amados, estamos persuadidos de cosas mejores, y que pertenecen a la salvación". Aquí se dirige claramente a los cristianos, diciendo: "oh amados". Está persuadido que ellos no producen espinos y abrojos, que no están próximos a ser maldecidos, y que su fin no es el ser quemados. Está persuadido que ellos se caracterizan por las cosas que acompañan la salvación, y esto no es verdad acerca de los que fueron descritos en los versículos anteriores.

"9 Pero en cuanto a vosotros, oh amados, estamos persuadidos de cosas mejores, y que pertenecen a la salvación, aunque hablamos así. 10 Porque Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre, habiendo servido a los santos y sirviéndoles aún. 11 Pero deseamos que cada uno de vosotros muestre la misma solicitud hasta el fin, para plena certeza de la esperanza, 12 a fin de que no os hagáis perezosos, sino imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas. 13 Porque cuando Dios hizo la promesa a Abraham, no pudiendo jurar por otro mayor, juró por sí mismo, 14 diciendo: De cierto te bendeciré con abundancia y te multiplicaré grandemente. 15 Y habiendo esperado con paciencia, alcanzó la promesa. 16 Porque los hombres ciertamente juran por uno mayor que ellos, y para ellos el fin de toda controversia es el juramento para confirmación. 17 Por lo cual, queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento; 18 para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros. 19 La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo, 20 donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec" (He. 6:9-20).

Tenemos aquí un párrafo fuerte acerca de la seguridad eterna del creyente. Extrañamente algunos lo emplean para intentar probar lo contrario. Se dirige a los que eran cristianos decididos. Como hemos visto, el versículo 9 dice que fueron caracterizados por las cosas que acompañan la salvación. El siguiente versículo añade más evidencia acerca de la realidad de su fe. Entonces, se les anima a continuar en su ministerio diligente a los santos, y no volverse perezosos. Deben imitar a aquellos que por la fe y la paciencia heredan [el cumplimiento de] las promesas. Los versículos siguientes claramente demuestran que la fe y la paciencia no son *medios* por los cuales heredan [el cumplimiento de] las promesas, sino que son su *actitud espiritual* en el camino a la meta.

Dios ha hecho una promesa incondicional a Abraham, que le bendecirá y multiplicará sus hijos. Ya que Dios no puede mentir, esta promesa era tan cierta como si ya se hubiese cumplido. No dependía en absoluto del comportamiento de Abraham. Nada podía impedir su cumplimiento porque todo dependía de Dios. Abraham esperaba pacientemente su cumplimiento.

Dios ha hecho un pacto incondicional de gracia, prometiendo eterna salvación a todos los que se arrepienten de sus pecados y por la fe reciben a Cristo como Señor y Salvador^{xx}. Puesto que Dios no puede mentir, la promesa tiene un cumplimiento absolutamente seguro. El creyente está tan seguro del cielo como si ya estuviera allí. Los santos en el cielo "son más felices, pero no más seguros" que nosotros. La fuerza del pacto está en que todo depende de Dios.

Los versículos 18-20 dan cuatro ilustraciones para enfatizar la seguridad del creyente: La primera es una ciudad de refugio, a la cual acudimos para asirnos de la esperanza

puesta delante de nosotros. Cristo es la ciudad de refugio, y la esperanza es salvación eterna. Porque esta esperanza se basa en la obra de Dios, no puede haber ningún elemento de duda o incertidumbre.

La segunda figura es el ancla. Nuestra ancla, la esperanza de gloria eterna, ha sido echada en la presencia de Dios donde nada la puede mover. Es como segura y firme ancla del alma.

Y esto no es todo. Jesucristo mismo ha entrado dentro del velo como nuestro precursor. Su presencia allí es la garantía de que nosotros también llegaremos al final al cielo.

Finalmente, Él está allí como nuestro Sumo Sacerdote. Su vida por nosotros allí garantiza nuestra eterna preservación (Ro. 5:10). Él vive para siempre para interceder por nosotros (He. 7:25).

Otro pasaje que describe a un apóstata es el del capítulo 10, versículos 26-31.

“Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios. El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia? Pues conocemos al que dijo: Mía es la venganza, yo daré el pago, dice el Señor. Y otra vez: El Señor juzgará a su pueblo. ¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!”

El pecado voluntario del versículo 26 es la apostasía. Es verdad que en un sentido, casi todo pecado es voluntario. Pero éste es voluntario de una manera que lo distingue de los demás, como veremos.

Cuando un apóstata renuncia a Cristo después de haber recibido el conocimiento de la verdad, él se ha cortado para siempre de la virtud purificadora del sacrificio por el pecado que Cristo terminó. Ha tomado su lugar con los enemigos de Cristo, y por lo tanto, comparte su condenación. Recibir el conocimiento de la verdad no es suficiente. Debe ser seguido por la recepción de Cristo.

Si rechazar la ley de Moisés fue una ofensa capital, es mucho más serio cometer el pecado de apostasía, porque significa:

- a. Pisotear al Hijo de Dios, lo cual ilustra el escarnio y el menosprecio;
- b. Tener por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado;
- c. Hacer afrenta al Espíritu de gracia.

Examinemos una por una estas ofensas monstruosas, y luego preguntémonos si pintan un retrato preciso de un verdadero hijo de Dios.

Ha habido tiempos en la historia de la Iglesia cuando gente quería repudiar a Cristo y volver a su religión ancestral, y se le requirió cumplir una prueba simbólica. La sangre de un animal fue derramada en el suelo. Entonces se le dijo: “Esta sangre representa la sangre de Cristo. Ahora, písala”. Si lo hicieron, escaparon de la persecución en esta vida, pero perdieron sus almas en la siguiente. Esto es verdad acerca de cualquiera que abandone así una profesión de fe en Cristo.

Un apóstata considera que la sangre de Cristo no tiene más valor que la de un animal inmundo. Sin embargo, es la sangre del pacto en la cual fue santificado. Al hacerse un cristiano nominal, fue santificado, esto es, puesto aparte en un aposición de privilegio externo, tal como el marido incrédulo es santificado por la esposa creyente (1 Co. 7:14). Ser santificado no necesariamente significa ser salvo.

De nuevo la descripción del apóstata es seguida por una descripción del justo juicio de Dios que le espera. La frase: *“El Señor juzgará a su pueblo”* puede crear la impresión de que el escritor habla a los creyentes verdaderos, pero no es así. Todos los seres humanos son pueblo de Dios por creación (Hch. 17:28), en el sentido general de que son Sus criaturas. La nación de Israel fue el viejo pueblo terrenal de Dios (Dt. 14:2). En este tiempo, todos los que creen en Su Hijo son Su pueblo escogido (1 P. 2:9). Pero cuando dice: *“El Señor juzgará a su pueblo”*, no puede significar verdaderos creyentes, porque el Salvador mismo prometió que todo aquel que oye Su palabra y cree en Él que le envió *“no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida”* (Jn. 5:24). El escritor cita Deuteronomio 32:36 (o Sal. 135:14) en el contexto de los apóstatas, no los verdaderos creyentes. La frase *“El Señor juzgará a su pueblo”* confirma la cita previa: *“Mía es la venganza, yo daré el pago dice el Señor”*.

Un cristiano puede alejarse, puede salir de comunión con el Señor. Puede cometer cualquier pecado de los cuales se le advierte en las Escrituras. Pero no puede renunciar maliciosamente a Cristo. Puede caer siete veces, pero se levantará (Pr. 24:16).

“Pero traed a la memoria los días pasados, en los cuales, después de haber sido iluminados, sostuvisteis gran combate de padecimientos; por una parte, ciertamente, con vituperios y tribulaciones fuisteis hechos espectáculo; y por otra, llegasteis a ser compañeros de los que estaban en una situación semejante. Porque de los presos también os compadecisteis, y el despojo de vuestros bienes sufristeis con gozo, sabiendo que tenéis en vosotros una mejor y perdurable herencia en los cielos. No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón; porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa. Porque aún un poquito, Y el que ha de venir vendrá, y no tardará. Mas el justo vivirá por fe; Y si retrocediere, no agrada a mi alma. Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma” (He. 10:32-39).

A los hebreos creyentes se les recuerda todo lo que habían sufrido a causa de su fe notoria en el Señor Jesús. Habían compartido las persecuciones de otros creyentes, y ministrado al escritor de la epístola a los hebreos en su encarcelamiento, y con gozo sufrieron el despojo de sus bienes, sabiendo que tenían una mejor y perdurable herencia en los cielos.

Ahora no debían perder el ánimo, sino soportar las pruebas para que, después de hacer la voluntad de Dios, obtengan [el cumplimiento de] la promesa. En los versículos 35-36 no hay sugerencia de que la obtención de la promesa dependiera de su perseverancia. Al contrario, esto es cómo debían vivir anticipando la venida del Señor (v. 37).

La primera parte del versículo 38 describe a los verdaderos creyentes: *“el justo vivirá por fe”*. Significa: “los justificados por fe vivirán así”. El resto del versículo describe a un apóstata: *“Y si retrocediere, no agrada a mi alma”*. ¿Retroceder de qué? De la verdadera fe en el Señor Jesús.

Alguien preguntará: “¿Cómo sabes que significa esto?” Porque así lo dice. *“Nosotros [los verdaderos creyentes] no somos de los que retroceden para perdición [los apóstatas], sino de los que tienen fe para preservación del alma”*. En otras palabras, los apóstatas no creen para la salvación del alma. Profesan fe por un tiempo, pero luego retroceden.

“Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra. Porque los que esto dicen, claramente dan a entender que buscan una patria; pues si hubiesen estado

pensando en aquella de donde salieron, ciertamente tenían tiempo de volver. Pero anhelaban una mejor; esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad” (He. 11:13-16).

Confieso que estaba sorprendido y perplejo cuando vi que este texto estaba en la lista de los pasajes empleados para apoyar la salvación condicional. Después de estudiarlo, sólo podía concluir que el versículo 15 debe ser el texto de prueba: “*ciertamente tenían tiempo de volver*”. Es empleado para decir que así como los patriarcas podían haber cambiado de opinión acerca de seguir la ruta hasta Canaán, también los verdaderos creyentes pueden dejar de creer y volver a su vida incrédula de antes. Dicen que el acto inicial de creer para ser salvo no es suficiente. Debe ser seguido por una fe continua. Una persona puede perder su salvación si deliberadamente cesa de creer.

Pero esto no está de acuerdo con los datos. Puede que tenga la oportunidad de volver a mi vida de antes, pero no tengo el deseo ni la inclinación. Si una persona dice que es creyente y luego decide volver a una vida de pecado, esto demuestra que nunca vino a ser nueva criatura en Cristo.

La sugerencia de que el acto inicial de fe no determina el destino final es una perversión del evangelio. Significa que Cristo no expió todos los pecados del creyente, sino sólo los que fueron cometidos hasta el tiempo de conversión. Después de esto, el creyente anda por su cuenta. ¡Piensa en las implicaciones de este punto de vista!

1. Niega que Cristo es el solo y suficiente Salvador; porque afirma que el creyente comparte la obra.

2. Niega que la obra de Cristo paga por todos los pecados (pasados, presentes y futuros), aunque todos eran futuros cuando Él murió.

3. Es una negación de salvación por pura gracia. Sugiere que la gente puede merecer o contribuir a la salvación por su perseverancia en la fe.

“1 Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, 2 puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios. 3 Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar. 4 Porque aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado; 5 y habéis ya olvidado la exhortación que como a hijos se os dirige, diciendo: Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor; Ni desmayes cuando eres reprendido por él; 6 Porque el Señor al que ama, disciplina, Y azota a todo el que recibe por hijo. 7 Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? 8 Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos. 9 Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos? 10 Y aquéllos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad. 11 Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados. 12 Por lo cual, levantad las manos caídas y las

rodillas paralizadas; 13 y haced sendas derechas para vuestros pies, para que lo cojo no se salga del camino, sino que sea sanado. 14 Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor. 15 Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados; 16 no sea que haya algún fornicario, o profano, como Esaú, que por una sola comida vendió su primogenitura. 17 Porque ya sabéis que aun después, deseando heredar la bendición, fue desechado, y no hubo oportunidad para el arrepentimiento, aunque la procuró con lágrimas” (He. 12:1-17).

Hebreos 11-13 son mayormente exhortaciones a la fe y la paciencia. Pero las exhortaciones no son necesariamente mandamientos con amenazas adjuntas. Cuando digo a un nuevo convertido: “ve adelante para el Señor”, no estoy sugiriendo que si no lo hace estará perdido eternamente. Con esto en cuenta, permíteme analizar esta sección.

Los hebreos creyentes que sufrían por su fe debían cobrar ánimo leyendo de la fe y el coraje de los santos del capítulo 11. Específicamente debían evitar cualquier tendencia a dudar o tener desánimo, y debían correr con paciencia la carrera puesta delante. Debían mantener los ojos puestos en Jesús, porque Él nos enseña cómo correr la carrera de principio a fin. Él sufrió el odio de los pecadores, y la cruz. Ellos no habían llegado a tanto como Él, resistiendo hasta la sangre, combatiendo contra el pecado. Esto es, que no habían llegado a morir.

Y no debían menospreciar la disciplina del Señor^{xxi}. (En aquel momento se refería a lo que estaban sufriendo por causa de Él). El Padre disciplina y así educa sólo a aquellos que son Suyos. Así que los creyentes no deberían menospreciarlo ni dejarse desanimar, antes al contrario, deberían procurar aprender lo que Él les quiere enseñar. Aquellos a quienes Dios no castiga son ilegítimos, esto es, que no son creyentes de ninguna manera.

Los versículos 12-14 son exhortaciones generales referente al ánimo mutuo, el ejemplo de una vida de piedad, a la fe y a la santidad. Quizá la expresión: “seguid...la santidad, sin la cual nadie verá al Señor” pueda apoyar la idea de seguridad condicional en la mente de algunos. No debería.

El momento en que una persona es salva, es santificada posicionalmente. Dios le otorga una posición de santidad porque está en Cristo. Pero entonces, Dios dice en efecto: “Ahora, sé santo. Que tu comportamiento esté de acuerdo a tu posición”. Esto se conoce como la santificación práctica.

Aquí en el versículo 12 es este segundo aspecto de santidad que tenemos a la vista. Debemos proseguir la santidad. Nota que es algo proseguido, no una cosa hecha y terminada puntualmente. Nunca llegaremos a ser perfectamente santos hasta que lleguemos al cielo.

Todo verdadero creyente desea más santidad y desea ir en pos de ella, algunos más que otros. Pero puesto que es algo en pos de lo cual tenemos que ir, los cristianos necesitamos ser exhortados a buscar cada vez mayor semejanza a Cristo.

Los versículos 15-17 son otra advertencia contra la apostasía. Pero, ¿por qué está puesto en medio de un capítulo de ánimo para los creyentes? Porque, como hemos dicho antes, la congregación hebreo-cristiana de aquel entonces era como las iglesias hoy en día. Incluía a los genuinos y a los falsos, y el mensaje debe tomar esto en cuenta.

Notemos cinco cosas acerca de la apostasía:

1. Es dejar de alcanzar la gracia de Dios. Tan cerca, y sin embargo, tan lejos. El apóstata ha sido iluminado, pero no llega a tanto como para ser regenerado.

2. Es una raíz de amargura. No contento asilando su amargura sin expresarla, se empeña en expresarla y contagiar a otras personas.

3. A menudo está asociada con inmoralidad. Mucha apostasía tiene sus raíces en el fracaso moral.

4. Es profana, esto es, carece de cualquier afinidad o apreciación de realidades espirituales.

5. No halla ningún lugar para el arrepentimiento.

“Mirad que no desechéis al que habla. Porque si no escaparon aquellos que desecharon al que los amonestaba en la tierra, mucho menos nosotros, si desecháremos al que amonesta desde los cielos. La voz del cual conmovió entonces la tierra, pero ahora ha prometido, diciendo: Aún una vez, y conmoveré no solamente la tierra, sino también el cielo. Y esta frase: Aún una vez, indica la remoción de las cosas movibles, como cosas hechas, para que queden las incommovibles. Así que, recibiendo nosotros un reino incommovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor” (He. 12:25-29).

Como hemos visto antes, el escritor pinta con un pincel ancho. Habla a los que han nacido de nuevo y a los que potencialmente son apóstatas en casi el mismo momento y sin identificar sus odores. Es un caso de: “si te cabe, es para ti”.

Una vez más contrasta el peligro de rehusar a Dios cuando dio la Ley en el monte Sinaí, con el mayor peligro de rehusarle cuando desde el cielo habla el evangelio.

Este no es el caso imaginado de alguien que creyó y luego decidió no creer más. Se refiere a una persona que en primer lugar nunca ha creído verdaderamente. El mismo que sacudió la tierra en Sinaí sacudirá todo el universo creado para que sólo las realidades espirituales queden, esto es, el reino eterno. La obligación de los creyentes es servir a Dios aceptablemente con reverencia y temor piadoso. Sólo aquellos que han recibido al Hijo de Dios pueden hacer esto.

¿Cómo debemos entender las últimas palabras: “*porque nuestro Dios es fuego consumidor*”? Es verdad en al menos dos sentidos. Su fuego será la perdición eterna de todos los incrédulos. Sin embargo, cuando la palabra *fuego* se emplea en conjunto con los redimidos, tiene que ver con sus obras, no con sus almas (1 Co. 3:13, 15).

“No os dejéis llevar de doctrinas diversas y extrañas; porque buena cosa es afirmar el corazón con la gracia, no con viandas, que nunca aprovecharon a los que se han ocupado de ellas. Tenemos un altar, del cual no tienen derecho de comer los que sirven al tabernáculo. Porque los cuerpos de aquellos animales cuya sangre a causa del pecado es introducida en el santuario por el sumo sacerdote, son quemados fuera del campamento. Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta. Salgamos, pues, a él, fuera del campamento, llevando su vituperio; porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir” (He. 13:9-14).

Este párrafo es uno de muchos que se emplean para demostrar que la epístola a los Hebreos fue escrita a creyentes, la implicación siendo que fue exclusivamente escrita a los que pertenecen a Cristo. De esta premisa proceden a decir que los versículos dirigidos a los apóstatas fueron escritos, *ipso facto*, a creyentes, y que por lo tanto los apóstatas son miembros de Cristo que pueden perder su salvación.

El fallo de este argumento está en la palabra implicada: *exclusivamente*. Nadie niega

que porciones de Hebreos fueron escritas a hebreos que se había convertido genuinamente. Pero esto no requiere que no se hable nada acerca de los que sólo tenían una profesión hueca. 2 Corintios fue escrita a *“la iglesia de Dios que está en Corinto, con todos los santos que están en toda Acaya”*, y sin embargo se les aconsejó que se examinasen para ver si estaban en la fe (13:5). Gálatas fue escrita principalmente a las iglesias de Galacia, pero Pablo tenía dudas acerca de algunos de ellos (4:20).

“Acordaos de vuestros pastores, que os hablaron la palabra de Dios; considerad cuál haya sido el resultado de su conducta, e imitad su fe...Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta; para que lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso” (He. 13:7, 17).

Otra vez el argumento es que estas exhortaciones claramente fueron escritas a los verdaderos santos de Dios; puesto que los apóstatas figuran tanto en la epístola, tales exhortaciones demuestran que los apóstatas habían sido una vez cristianos. De ahí que los cristianos pueden perder su fe y así la salvación.

Esta forma de razonar falla porque no ve que Hebreos no fue exclusivamente a creyentes. Nadie niega que muchas de las exhortaciones tenían en vista a los santos. Pero muchas otras fueron dirigidas a los judíos que eran cristianos exteriormente, pero que estaban bajo presión tremenda para volver al judaísmo.

Si los apóstatas fueron cristianos auténticos que posteriormente abandonaron su fe, entonces jamás podrían volver a salvarse. Pero esto no está de acuerdo con las ideas de los que creen en la salvación condicional. ¡Ellos creen que los apóstatas *pueden* ser restaurados!

También deja de tener en cuenta que Hebreos 13 contiene una promesa segura de Dios que Él no abandonará a Su pueblo:

“Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora; porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré; de manera que podemos decir confiadamente: El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre” (He. 13:5-6).

Estos versículos tratan primariamente la provisión de Dios para las necesidades físicas de los creyentes. En la persecución de aquel entonces, muchos creyentes contemplaban la pérdida de sus posesiones (10:34). Aun para los creyentes genuinos entre ellos, esto tenía que producir una tentación fuerte a tener envidia y codicia. El autor les animaba con este recordatorio de que Dios proveería para ellos tanto tiempo como que les fuera necesario cumplir Sus propósitos para ellos en esta vida. Nota que no dice: “si os guardáis de la codicia, Él no os desamparará”; dice en efecto: “Él no os desamparará, así que, guardaos de la codicia”.

Como Pablo hizo el Romanos 5 y 8, aquí ciertamente nosotros podemos razonar desde lo inferior a lo superior. Dios provee aun para la preservación física de Su pueblo; ¿entonces dejará su preservación espiritual a carga de ellos?

Muchas veces ha sido señalado que en el original, el versículo dice: “Yo nunca, nunca, nunca os desampararé ni os dejaré”. Es enfático, ¿no?^{xxii}

Al oponer la seguridad eterna, un partidario de la doctrina de salvación condicional llegó hasta cuestionar si los pastores que creen en la seguridad eterna realmente pueden cuidar correctamente las almas de su rebaño. Esto, por supuesto, es un mero juicio subjetivo que sus oponentes también podrían emplear de igual manera.

¿Apóstatas O Alejados Del Señor? (Parte II)

Antes de dejar el tema de la apostasía, nos queda examinar los pasajes pertinentes en 1 Juan y Judas. Ellos nos ayudan a confirmar nuestra definición de un apóstata y fortalecen el caso a favor de la seguridad eterna.

“18 Hijitos, ya es el último tiempo; y según vosotros oísteis que el anticristo viene, así ahora han surgido muchos anticristos; por esto conocemos que es el último tiempo. 19 Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros. 20 Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas. 21 No os he escrito como si ignoraseis la verdad, sino porque la conocéis, y porque ninguna mentira procede de la verdad. 22 ¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. 23 Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre. 24 Lo que habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros. Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre. 25 Y esta es la promesa que él nos hizo, la vida eterna. 26 Os he escrito esto sobre los que os engañan. 27 Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él. 28 Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados” (1 Jn. 2:18-28).

Aquí Juan advierte a sus lectores respecto a los maestros apóstatas, y les recuerda que el Espíritu Santo es suficiente para guardarles de las enseñanzas heréticas. La Edad de la Iglesia es la última hora. Ya hay muchos falsos maestros que promueven algunas de las mismas doctrinas que tendrá el Anticristo. En el día de Juan, los gnósticos eran apóstatas. Se habían hecho pasar por creyentes, pero al final habían dado la espalda a Cristo y la comunión cristiana. Al recaer, demostraron que nunca habían sido verdaderamente nacidos de nuevo.

Los creyentes tienen una unción, esto es, el ministerio magistral del Espíritu Santo. Con la Palabra de Dios y el Espíritu de Dios, tienen todo lo necesitan para sana doctrina y una vida de piedad. La verdad es lo que Dios ha dicho. Los creyentes tienen la verdad, y saben que las enseñanzas contrarias son mentira.

La prueba clave es lo que uno cree acerca de Jesucristo. Negar que Jesús es el Cristo es el espíritu de anticristo. Si una persona no tiene al Hijo, tampoco tiene al Padre.

Así que a los creyentes se les anima a seguir en la sana doctrina que Juan y los demás apóstoles les habían enseñado, y así ir adelante en comunión feliz con el Padre y el Hijo. Deben recordar la promesa inquebrantable de vida eterna que Cristo ha dado a los que han nacido de nuevo. No tiene ninguna condición.

Siempre está el peligro de los maestros engañosos. Pero el Espíritu Santo permanece en los hijos de Dios, y por lo tanto ellos no necesitan las “verdades adicionales” de estos gnósticos apóstatas. El Espíritu Santo es la garantía de que los creyentes permanecerán en Cristo.

Juan apela a los santos a permanecer en Cristo para que cuando Él se manifieste en el Rapto y el Tribunal (Su tribunal), Juan y los demás apóstoles puedan tener confianza y no avergonzarse delante de Él. (¡Juan está seguro de que sus lectores estarán allí!) Aquí no es cuestión de confianza o condenación, sino de confianza o vergüenza.

Consideremos ahora otro pasaje que trata la apostasía.

“Si alguno viere a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y Dios le dará vida; esto es para los que cometen pecado que no sea de muerte. Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida” (1 Jn. 5:16).

Es casi inevitable que este versículo sea empleado por aquellos que defienden la doctrina de la salvación condicional. Parece dejar abierta la puerta a la posibilidad de que un cristiano cometa un pecado imperdonable,^{xxiii} y que por lo tanto sea inútil orar por él. Pero, ¿es esto lo que realmente dice?^{xxiv}

En primer lugar, no dice que es un creyente que comete un pecado que le conduce a la muerte. El que comete el pecado que *no* es de muerte es un hermano, esto es, un verdadero hijo de Dios. Pero no menciona la palabra “hermano” en la segunda parte del versículo.

Segundo, Juan no aclara si la muerte en este versículo es física o la muerte segunda y eterna. Tenemos que considerar el contexto para llegar a una comprensión correcta.

Mucho de la carta fue escrito para proteger a la Iglesia de falsos maestros conocidos como gnósticos. Profesando conocimiento superior, estos hombres se infiltraron en asambleas cristianas fingiéndose creyentes y quizá aun siendo bautizados. Pero con el paso del tiempo abandonaron totalmente la comunión cristiana, probando que nunca habían sido salvos. Se manifestaron apóstatas. Pecaron de muerte. Fue imposible renovarles al arrepentimiento (He. 6:4-6).

Y así Juan señala aquí que hay algunas personas por las cuales no vale la pena orar. Es inútil orar por ellas. Con la mayoría de los pecados, es posible que Dios conduzca al pecador al arrepentimiento, y debemos orar por esto. Pero apostasía es un pecado que conduce inevitablemente a la muerte espiritual, y cuando alguien falla en este punto, ya no debemos malgastar más el tiempo de rodillas intercediendo por él o ella.

“5 Mas quiero recordaros, ya que una vez lo habéis sabido, que el Señor, habiendo salvado al pueblo sacándolo de Egipto, después destruyó a los que no creyeron. 6 Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día; 7 como Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas, las cuales de la misma manera que aquéllos, habiendo fornicado e ido en pos de vicios contra naturaleza, fueron puestas por ejemplo, sufriendo el castigo del fuego eterno. 8 No obstante, de la misma manera también estos soñadores mancillan la carne, rechazan la autoridad y blasfeman de las potestades superiores. 9 Pero cuando el arcángel Miguel contendía con el diablo, disputando con él por el cuerpo de Moisés, no se atrevió a proferir juicio de maldición contra él, sino que dijo: El Señor te reprenda. 10 Pero éstos blasfeman de cuantas cosas no conocen; y en las que por naturaleza conocen, se corrompen como animales irracionales. 11 ¡Ay de ellos! porque han seguido el camino de Caín, y se lanzaron por lucro en el error de Balaam, y perecieron en la contradicción de Coré. 12 Estos son manchas en vuestros ágapes, que comiendo impudicamente con vosotros se apacientan a sí mismos; nubes sin agua, llevadas de acá para allá por los

vientos; árboles otoñales, sin fruto, dos veces muertos y desarraigados” (Jud. 1:5-12).

En su epístola, Judas trata casi exclusivamente a los apóstatas. Como hemos explicado en otro lugar, un apóstata es alguien que profesa fe en el Señor, y luego se vuelve en Su contra con malicia y amargura. No es un hermano alejado, sino un *traidor*.

Judas da los siguientes ejemplos de la apostasía en el Antiguo Testamento: los israelitas que no creyeron, ángeles que pecaron, y la gente de Sodoma y Gomorra (vv. 5-7). Entonces cambia a los apóstatas contemporáneos y su inmundicia moral, rechazo de autoridad, y blasfemia (juicio de maldición) de las autoridades superiores, lo cual Miguel el arcángel rehusó hacer (vv. 8-9). Al mostrar desprecio hacia las potestades gubernamentales, realmente estaban despreciando a Dios.

Son como:

- Caín: porque rechazan la salvación por un sacrificio de sustituto.
- Balaam: porque compran y venden privilegios y beneficios religiosos.
- Los hijos de Coré: porque se rebelan contra la autoridad y usurpan una posición religiosa.

Invadieron las asambleas cristianas como manchas, nubes engañosas y árboles sin fruto y dos veces muertos.

Es una descripción severa que no encaja para los que han tenido fe genuina. Estos son líderes religiosos cuyas vidas demuestran que nunca han nacido de nuevo.

¿Profesión O Posesión? (Parte I)

La Biblia es un libro muy realista. Describe el comportamiento humano tal como es. No mira a través de gafas de tinta rosa para ver todo bonito, ni concluye que todos están en el lado de Dios. Al contrario, cuidadosamente distingue entre los que sólo son seguidores nominales de Cristo, y los que realmente son creyentes. Hace una distinción clara entre los que profesan y los que poseen.

Cuando Jesucristo estaba en el mundo, encontró a estos dos grupos. Había algunos que creyeron en Él cuando vieron los milagros que Él hizo (Jn. 2:23). Pero Él no “creía” en ellos. No le agrada la clase de fe que requiere señales antes de creer. Desea la clase de fe que sencillamente cree porque Él lo ha dicho. Aunque dice que estas personas creyeron en Él, aquello no fue la fe que salva. Creyeron en sus cabezas, o emociones, pero no en su corazón. No era nada más que gente que profesaba creer.

En Su discurso maravilloso sobre el Pan de vida, el Señor dijo: *“El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero”* (Jn. 6:54). Comer Su carne y beber Su sangre simplemente significa creer en Él (v. 47). Pero algunos de Sus discípulos se ofendieron por lo que llamaron: “dura palabra” (v. 60), y le abandonaron (v. 66). Con este acto de deserción, enseñaron que eran discípulos sólo de nombre. Cuando el Señor preguntó a los doce si ellos también quisían irse, Pedro habló por todos menos Judas cuando dijo: *“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”* (vv. 67-68). Esta confesión les marcó como verdaderos discípulos del Señor Jesús.

Durante el ministerio terrenal del Salvador, había hombres que profetizaron en Su nombre, echaron fuera demonios en Su nombre, e hicieron muchos milagros en Su nombre (Mt. 7:22). Pero Su veredicto acerca de ellos fue: *“nunca os conocí”*. Profesaron conocerle, pero Él no les conocía. Les expuso como hombres que practicaron injusticia (v. 23).

Había otros que comieron y bebieron en Su presencia, y le oyeron enseñar en sus calles (Lc. 13:26). Pensaban que era suficiente asociarse con el Salvador. Pero una vez más Él dijo que no los conocía, y los condenó como hacedores de maldad (v. 27). Externamente siguieron al Señor, pero no hay ninguna mención de fe verdadera. Sólo habían ido con Él por razones superficiales.

En los primeros días de la Iglesia, hubo un caso clásico de alguien que no era nada más que un seguidor superficial de Cristo. Cuando Felipe predicó el evangelio en Samaria, un espiritista de influencia llamado Simón creyó y fue bautizado (Hch. 8:13). Al principio esto suena bien. Pero recuerda que hay una forma falsa de creer que no es lo mismo que la fe que salva. Ya hemos visto esta clase de fe en Juan 2:23-25 y 6:66. Aun los demonios creen (Stg. 2:19). Lo que sigue demuestra que Simón no tenía los rasgos de un verdadero hijo de Dios.

Cuando Simón vio que los samaritanos creyentes recibieron el Espíritu Santo por medio de la imposición de las manos de los apóstoles, deseaba comprar ese poder, probablemente como medio para conseguir un negocio más lucrativo. Lástima, pero él no fue el último fraude o charlatán que intentó hacer dinero mediante una pretensión de piedad (1 Ti. 6:5b).

Nota cómo Pedro le denunció, y pregúntate si el apóstol hablaría así a un verdadero creyente.

“Tu dinero perezca contigo”. Pedro dijo: “Que tú y tu dinero vayáis al infierno, por pensar que se puede comprar con dinero el don de Dios” (traducido de Today’s English Version). Puesto que ningún cristiano verdadero perecerá jamás (Jn. 3:16), es imposible que

hubiera nacido de nuevo Simón.

“Has pensado que el don de Dios se obtiene con dinero”. Aquí el don de Dios es el Espíritu Santo. Simón quiso comprar el poder de impartir el Espíritu a otros. No hay indicación de que él jamás recibiera el Espíritu.

“No tienes tú parte ni suerte en este asunto”. En lugar de ser miembro de la comunión cristiana, él era uno de fuera que miraba dentro, todo porque no tenía parte en el asunto de salvación.

“Tu corazón no es recto delante de Dios”. Aunque esto podría ser verdad en cuanto a un creyente alejado del Señor, el contexto sugiere que era una persona que necesitaba nacer desde lo alto y recibir un corazón nuevo.

“Arrepiéntete, pues, de esta tu maldad”. La palabra empleada para el arrepentimiento significa volver del pecado a Dios.

“Ruega a Dios, si quizás te sea perdonado el pensamiento de tu corazón”. Dios es el que concede perdón eterno al pecador arrepentido y creyente. Pero como Padre Él da perdón paterno a un hijo Suyo cuando confiesa su pecado. En este caso, se refiere a Dios como Juez y no como Padre. La palabra *“quizás”* no sugiere incertidumbre ni falta de voluntad de parte de Dios, sino posiblemente obstinación de parte de Simón.

“En hiel de amargura y en prisión de maldad veo que estás”. Si se conoce al árbol por su fruto, y si el fruto de Simón era maldad extrema, esto hace surgir graves dudas acerca de su condición espiritual.

En respuesta a la fuerte reprensión de Pedro, el mago pidió al apóstol que orara por él. Hubiera sido mejor verle arrepentirse de su pecado y recibir a Cristo como Señor y Salvador. Parece claro que sólo tenía una profesión de fe; no tenía la raíz de la fe en sí.

Aquí recuerdo las palabras de mi colega Jean Gibson. Muchas veces ha dicho: *“Aunque creemos en la seguridad eterna del creyente, no creemos en la seguridad eterna de la profesión de fe”*. Aquellos cuya fe sólo es una aceptación intelectual de datos históricos no deben pensar que estén en Cristo para siempre. Ser miembro de una iglesia no es lo mismo que ser cristiano. No hay seguridad en una fe intelectual; tiene que haber el compromiso de la entrega de una persona a Otra.

Varias de las parábolas del Señor distinguen entre profesión y posesión, entre creyentes nominales y verdaderos. Pero antes de estudiarlas una por una, debemos hacer unas aclaraciones respecto a las parábolas del reino de los cielos. Hay dos aspectos del reino. Primero, está la esfera de profesión externa. En este sentido, cualquiera que cree en Dios o profesa lealtad al Él como Rey está en el reino. Pero también está la esfera de realidad interna. Para que uno sea verdadero ciudadano del reino, tiene que nacer de nuevo (Jn. 3:3, 5). Así que, es posible ser súbdito del reino en base a sólo una profesión, y por otra parte, es posible tener lealtad genuina al Rey.

Es desconcertante pensar que hay maldad e hipocresía en el reino del cielo, hasta que veas que el reino en su sentido más amplio incluye no sólo la realidad sino también la profesión. Es similar a la distinción entre la cristiandad y el cristianismo. Hay muchas personas en la cristiandad que no son cristianas.

Ahora bien, vamos a ver cómo las parábolas distinguen entre discípulos nominales y verdaderos creyentes.

LA PARÁBOLA DE LAS CUATRO TIERRAS (Mt. 13:3-23; Lc. 8:4-15)

Esta parábola cubre el tiempo desde el ministerio de nuestro Señor en la tierra hasta el final del periodo de la tribulación. El Señor Jesús es el Sembrador y la Palabra de Dios es la semilla. El campo es el mundo. La Palabra cae sobre cuatro clases de tierra, esto es, que encuentra cuatro clases de respuesta humana. Así los discípulos están siendo preparados para

entender la verdad de que no cada oidor llegará a ser creyente.

El oidor junto al caminó no entendió las Buenas Nuevas porque no quiso (ver Jn. 7:17), y así perdió la oportunidad para entenderlas. Al principio el de pedregales oyó con gozo la Palabra. Hubiera sido mejor recibirla con contrición y arrepentimiento. Cuando fue presionado a dar la espalda a la Palabra en tiempos de persecución, lo hizo. El de espinos que oyó la Palabra también mostró interés al principio, pero daba más prioridad a los intereses y placeres del mundo, y a las riquezas engañosas. El de buena tierra que oyó la Palabra la recibió, creyó y llevó fruto para Dios en su propio carácter y en su servicio para los demás.

Las primeras tres tierras son improductivas, y así ilustran a los que sólo profesan ser creyentes sin serlo en realidad. Sólo la buena tierra da fruto. Representa a los verdaderos creyentes, esto es, los poseedores de la salvación.

LA PARÁBOLA DEL TRIGO Y LA CIZAÑA (Mt. 13:24-30; 36-43)

Esta parábola también muestra claramente la presencia de discípulos nominales en el reino. El diablo es un imitador magistral. Siembra la cizaña en el campo de trigo. Como la cizaña se parece al trigo, así los que profesan fe a veces tiene toda apariencia externa de ser genuinos. Pero la cizaña es una mala hierba indeseable. Habrá cizaña en el reino hasta que Cristo venga para reinar. Entonces será recogida y juzgada, y en aquel tiempo los santos entrarán en el Milenio.

LA PARÁBOLA DE LA SEMILLA DE MOSTAZA (Mt. 13:31-32)

Si un arbusto de mostaza llega a ser árbol, es un crecimiento anormal. Esto representa el crecimiento anormal de la cristiandad, la esfera donde domina la enseñanza cristiana. Las aves del aire, esto es, los falsos maestros, se anidan en sus ramas. En otras palabras, los de las sectas y los herejes, profesando ser cristianos, invaden la cristiandad.

LA PARÁBOLA DE LA LEVADURA (Mt. 13:33)

En la Biblia, la levadura siempre es símbolo del mal, bien de mala doctrina (Mr. 8:15; Gá. 5:9), o de comportamiento malo (1 Co. 5:6-8). En esta parábola, una mujer esconde levadura en harina. La mujer (que no debe estar enseñando doctrina, 1 Ti. 2:12), mezcla error en el alimento del pueblo de Dios. Muchas sectas tiene algo de verdad pero lo han contaminado con herejía.

LA PARÁBOLA DE LA RED^{xxv} (Mt. 13:47-52)

Al final de la tribulación, los ángeles separarán los malos de los justos. Esto incluirá la separación de los creyentes nominales de los que verdaderamente han nacido de nuevo. Los primeros serán destruidos. Los otros entrarán en la era bendita de paz y prosperidad.

LA PARÁBOLA DEL SIERVO NO PERDONADOR (Mt. 18:23-25)

He aquí un hombre que debía al rey una deuda enorme. Porque estaba en la bancarrota, el rey mandó que él y su familia fueran vendidos para ser esclavos. Cuando fervientemente rogó al rey pidiendo la oportunidad para pagarle, el rey tuvo compasión, le soltó y perdonó la deuda.

Entonces, las cosas cambiaron. El deudor perdonado descubrió que uno de sus compinches le debía una cantidad pequeña. A pesar de los ruegos y las promesas de su

deudor, no lo quiso perdonar. Cuando su amo lo escuchó, estaba furioso, y mandó entregarle a los verdugos.

Está claro que la parábola es para creyentes porque fue dicha en respuesta a la pregunta de Pedro referente al perdón. Puesto que es para creyentes, naturalmente trata el perdón paterno, no el perdón judicial. Esta distinción es importante. Perdón judicial o eterno es lo que Dios el Juez da al pecador que cree en el Señor Jesucristo. Esto significa que Cristo, como Sustituto, pagó por sus pecados y él nunca tendrá que pagar. Perdón paterno es lo que Dios el Padre da a un creyente que ha pecado, cuando confiesa y se aparta del pecado. La disposición a perdonar no es el evangelio para los incrédulos. No somos salvos porque perdonemos a los demás. Pero es vital para los creyentes, si van a caminar en comunión con Dios el Padre. (Observa las palabras: *“mi Padre celestial”* en el v. 35).

Así que, hemos visto que este pasaje es para creyentes, y que trata el perdón paterno y no el perdón judicial o eterno. Pero, puesto que es así, ¿cómo debemos entender el versículo 34?

“Entonces su señor, enojado, le entregó a los verdugos, hasta que pagase todo lo que le debía”.

¿Enseña esto que un creyente puede perder su salvación?

Observa primero lo que no dice. No fue entregado a las tinieblas de afuera, a juicio eterno, ni a un destino de fuego. Fue entregado a verdugos no nombrados. ¿Quién o qué son ellos?

Puesto que el siervo estaba fuera de comunión con el Señor, sus verdugos son la miseria y la desdicha que van con aquella condición. Un cristiano fuera de comunión es torturado por la agonía pronta de una conciencia culpable, por la vergüenza de deshonrar a su Salvador, y por la pérdida del gozo de su salvación. Es atormentado por obstáculos en su vida de oración, por labios sellados en cuanto a testimonio, y por la mano castigadora del Señor.

En la parábola, el siervo malo tenía que permanecer bajo estos tormentos hasta que hubiera pagado al amo 10.000 talentos (varios millones de dólares). Esto hubiera sido claramente imposible. Para el hijo de Dios hay un camino mejor, esto es, confesar el pecado y apartarse de él. Entonces recibirá perdón y puede ser restaurado a la comunión.

LA PARÁBOLA DE LA FIESTA DE BODA (Mt. 22:1-14)

Es apropiado que el reino del cielo sea comparado a una fiesta de boda con su celebración gozosa. La primera invitación del rey fue rechazada, así que abrió las puertas a cualquiera que le gustaría asistir. Cuando el rey vio a un hombre no vestido correctamente para la boda, mandó echarlo fuera.

Para entender esta parábola, debemos entender que en aquellos días el anfitrión de la boda proveía la ropa de vestir apropiada para la boda. Así que, no había excusa para aquel hombre. Cuando se le llamó la atención, se quedó sin palabras. Representa la persona que desea disfrutar los beneficios del reino. Pero entra en su propia justicia y no aquella que Dios provee por medio de la fe en Cristo. Es cristiano sólo de nombre.

EL SIERVO FIEL Y EL SIERVO MALO (Mt. 24:45-51)

Aunque esta historia no es llamada una parábola, tiene todas las marcas de una. Cuando el Salvador venga para establecer Su reino, recompensará abundantemente a aquellos que han cuidado Sus intereses, especialmente ministrando a los de Su casa. Ellos obviamente son siervos verdaderos. Les llama fieles, sabios y bienaventurados.

Pero hay todavía otros siervos que toman ventaja de la demora del Señor, maltratando a los otros siervos y comiendo y bebiendo con los borrachos. No son siervos genuinos de Cristo, sino siervos malos que muestran por su comportamiento que nunca han nacido de nuevo. Son hipócritas que compartirán la condenación de todos los demás farsantes.

LA PARÁBOLA DE LAS DIEZ VÍRGENES (Mt. 25:1-13)

La situación de esta conocida historia de las diez vírgenes es al final de la Tribulación y la Segunda Venida de Cristo. Habrá dos clases de personas en aquel día. Las vírgenes sabias representan a los verdaderos creyentes; las insensatas son los inconversos. La diferencia crucial entre ellos es que las sabias tienen aceite en sus lámparas. El aceite, por supuesto, es símbolo del Espíritu Santo. Si alguien no tiene el Espíritu Santo, no pertenece a Cristo.

Cuando el novio viene a medianoche las vírgenes sabias están preparadas y entran con él a las bodas^{xxvi}, quizá sea una expresión figurada del Milenio. Las insensatas ruegan en vano pidiendo admisión; pero el Señor les expone como gente que profesa pero no posee, diciendo: *“Nunca os conocí”*. Nunca habían sido salvadas por la fe en el Señor; Él no dijo; “ya no os conozco más”.

LA PARÁBOLA DE LOS TALENTOS (MT. 25:14-30)

Un talento en el Nuevo Testamento era una unidad de dinero. En nuestro lenguaje ha adquirido el sentido de una habilidad o don. En esta parábola, tres hombres recibieron talentos de un hombre rico, según sus habilidades de invertir para él. Cuando volvió de un viaje largo, les pidió cuentas. Los primeros habían duplicado la cantidad que se les confió, así que les dio responsabilidad sobre muchos proyectos. El tercer mayordomo había enterrado su talento, y se excusaba diciendo: *“te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste”*. Si así sentía acerca de su jefe, debía haber depositado el dinero con los banqueros para que hubiera algo de ganancia además de la cantidad que se le confió. Como castigo, sería echado en las tinieblas de afuera, donde hay el lloro y el crujir de dientes.

Los primeros dos hombres representan verdaderos siervos del Señor que fielmente invierten para el reino. El tercero es siervo sólo en nombre. Esto se ve en la manera en que habló acerca de su señor: “eres hombre duro, injustamente esperando demasiado, y tomando ganancia a expensas de otros”. Ningún verdadero creyente acusaría a nuestro Señor de esto.

Se ve su identidad también en la descripción que el Señor da de él. Era malo, negligente e inútil. Sus pecados eran acusación falsa y negligencia (He. 2:3). Se le ve también en su perdición. Fue echado en las tinieblas de afuera. En breve, profesaba ser un siervo, pero no era verdadero.

Además de estos ejemplos de profesión y posesión, hay otros pasajes que hablan de personas que profesan ser cristianas pero muestran por sus vidas que no lo son.

APOSTATAN DE LA FE (1 Ti. 4:1)

En 1 Timoteo 4:1, el apóstol Pablo prevé que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe. Aquellos que creen que un cristiano puede perderse emplean este versículo como texto de prueba. Razonan que si algunos apostatan de la fe, entonces antes la guardaban pero ya no lo hacen. ¿Cómo pueden apostatar de algo que no tuvieron?

La respuesta es que apostatan de una profesada fe. Podrían ser cristianos nominales sin jamás haber experimentado el nuevo nacimiento. En el mundo de hoy, cualquiera que cree en Dios y trata bien a su madre es considerado cristiano. Todos sabemos que en la mayoría de

las iglesias evangélicas hay miembros que todavía están en sus pecados. Cuando se le preguntó a un ministro bien conocido si los miembros de su congregación eran miembros de la familia de Dios, respondió: “no me gustaría estar atado a algunos de ellos cuando mueran”. Esta fue su manera curiosa de decir que no le gustaría ir donde ellos irán.

Ahora bien, estas personas ciertamente podrían apostatar de la fe, abandonando la comunión cristiana, la enseñanza cristiana y la moralidad cristiana. Aquellos que apostatan de la fe en 1 Timoteo se vuelven a:

- la comunión de demonios: espíritus engañadores;
- la enseñanza de demonios: doctrinas de demonios;
- la moralidad de demonios: por la hipocresía de mentirosos que tienen cauterizada la conciencia.

Apostatan de la fe y se involucran en el espiritismo. No hay ni sugerencia de que un verdadero creyente haría esto. Al contrario, a Timoteo se le advierte que esto es lo que tomará lugar cuando la gran apostasía se extienda alrededor del mundo, y es dirigido a advertir a los creyentes que esto sucederá.

TRASTORNAN LA FE DE ALGUNOS (1 Ti. 1:20; 2 Ti. 2:16-18)

¿Qué de Himeneo y Fileto? Algunos los emplean para demostrar que gente salva puede posteriormente perderse. Se permiten dos grandes presunciones: primero, que estos dos hombres eran creyentes genuinos; y segundo, que perdieron su salvación. Pero no podemos ganar un argumento basándonos en presunciones.

Cuando en 1 Timoteo 1:19 dice: “*manteniendo la fe y buena conciencia, desechando la cual naufragaron en cuanto a la fe algunos*”, las palabras “*la cual*” se refieren a la buena conciencia, no a la fe. Esto está claro en el idioma original.

A menudo tenemos que decir acerca de personas como Himeneo y Fileto lo que Pablo dijo acerca de los Gálatas: “tengo mis dudas acerca de vosotros” (Gá. 4:20). Es interesante y quizá significativo que inmediatamente después de describir a estos dos hombres, el apóstol dice: “*Conoce el Señor a los que son suyos*” (2 Ti. 2:19). Nosotros no siempre podemos estar seguros acerca de los tales, pero el Señor los conoce. Y si alguien profesa pertenecer a Cristo, lo debe demostrar apartándose de iniquidad.

Aquí está lo que podemos saber con certeza acerca de Himeneo y Fileto:

- Se desviaron de la verdad. Desviarse no es lo mismo que abandonar. Muchos creyentes se han desviado siguiendo novedades religiosas y enseñanza extraña. Es posible ser cristiano y ser inestable doctrinalmente.

- Dijeron que la resurrección ya se efectuó. No negaron la resurrección, pero estaban equivocados acerca de su naturaleza y tiempo. Probablemente la aplicaron al alma, mientras que la palabra siempre se refiere al cuerpo. Enseñaron que en algún momento ya había sucedido, pero sabemos que es todavía futura. Es posible ser cristiano y ser bastante ignorante.

- Trastornaron la fe de algunos. Esto puede significar que dejaron atrás un sendero de confusión y subversión. Es posible ser creyente y ser un obrero malo.

- Himeneo había sufrido naufragio en cuanto a la fe (1 Ti. 1:19-20). Puede que no abandonara, pero hizo un fracaso de su vida y servicio. Pablo dijo que le había entregado a Satanás para que aprendiera a no blasfemar. La única otra vez que vemos esta acción judicial de entregar a Satanás se menciona en 1 Corintios 5:5. Allí se refiere a un profesado creyente que había cometido inmoralidad. Debía ser excomulgado de la iglesia y así puesto en

territorio de Satanás, “*a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús*”. Así que, es posible que Himeneo fuera creyente. Es posible ser cristiano y ser un naufrago espiritual.

· Alejandro es mencionado en 1 Timoteo 1:20 junto con Himeneo. Él también desechó una buena conciencia y naufragó en cuanto a la fe. Pablo le entregó a Satanás para que aprendiera él también a no blasfemar. No sabemos si era el mismo Alejandro que hizo mucho mal a Pablo (2 Ti. 4:14).

Para tomar una decisión definitiva acerca de estos hombres, realmente necesitamos saber más. Así que tenemos que colocarlos en una carpeta titulada: “esperando más información”.

DEMAS (2 Ti. 4:10)

Demas era colega de Pablo durante su primer encarcelamiento en Roma (Flm. 24; ver también Col. 4:14). Más tarde desamparó al apóstol, “*amando este mundo*” (2 Ti. 4:10). ¿Es éste un caso de un verdadero creyente perdiendo su salvación? ¿Era Demas profesante o poseedor de salvación?

El hecho de que había servido con Pablo no prueba que fuera convertido. Judas servía con Cristo, y muchos otros que profesaban servir a Cristo demostraron más tarde que no le pertenecían.

La indicación más clara de que no era un genuino hijo de Dios es que amaba este mundo. El apóstol Juan dice en su manera franca de expresarse: “*Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él*” (1 Jn. 2:15b).

La una cosa mitigante sería que aunque Demas dejó a Pablo, no dice que dejara a Cristo. Pero este supuesto es cancelado por el dato de que amaba al mundo. Así que hay razones de peso para creer que Demas no conocía al Señor.

Muchos siervos del Señor han tenido una experiencia similar a la de Pablo. Conocen la tristeza de descubrir que un colaborador amado y de confianza era, después de todo, falso.

¿Profesión O Posesión? (Parte II)

Dos epístolas en el Nuevo Testamento dan atención especial a la diferencia entre el que profesa y el que posee. Una de ellas es 1 Juan. El pueblo al cual Juan escribía directamente era creyentes genuinos. Sin embargo, estaban siendo molestados por un grupo de falsos maestros llamados “gnósticos”^{xxvii}.

Al principio estos arrogantes religiosos profesaban ser cristianos. Pero pronto salieron problemas. Profesaban tener conocimiento especial de Dios, y ser más espiritualmente avanzados que los creyentes ordinarios y sencillos. Negaban la deidad de Cristo, vivían en inmoralidad flagrante, trataron con desprecio a los creyentes, y todo el tiempo decían que no tenían pecado (¡el colmo de la apostasía!)^{xxviii}.

Juan escribió su epístola para asegurar a los creyentes genuinos de que había una diferencia entre ellos y los herejes. Los creyentes, que adoraban a Cristo como Hijo de Dios, vivían vidas de justicia y amor y confesaban sus pecados, eran verdaderos poseedores del reino. Los gnósticos, por el contrario, eran falsos profesantes de la fe.

“5 Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él. 6 Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; 7 pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. 8 Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. 9 Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. 10 Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros. 2:1 Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. 2 Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo. 3 Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. 4 El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; 5 pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. 6 El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo. 7 Hermanos, no os escribo mandamiento nuevo, sino el mandamiento antiguo que habéis tenido desde el principio; este mandamiento antiguo es la palabra que habéis oído desde el principio. 8 Sin embargo, os escribo un mandamiento nuevo, que es verdadero en él y en vosotros, porque las tinieblas van pasando, y la luz verdadera ya alumbra. 9 El que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas. 10 El que ama a su hermano, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo. 11 Pero el que aborrece a su hermano está en tinieblas, y anda en tinieblas, y no sabe a dónde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos” (1 Jn. 1:5-2:11).

En el proceso de explicar sencillamente cada versículo de este pasaje, contestaremos a los versículos que supuestamente enseñan salvación condicional.

1:5 Desde el principio de Su ministerio público, el Señor Jesús enseñó que Dios es luz

(moralmente perfecto) y que no hay tinieblas (impureza) en Él.

1:6 El que profesa tener comunión con Él pero vive en pecado, miente y no practica la verdad de la fe cristiana.

1:7 Si vivimos una vida limpia, como Él es santo, entonces tenemos comunión con el Padre, el Hijo, y otros creyentes, y somos continuamente limpiados de todo pecado (confesándolo y apartándonos de él).

1:8 Si decimos que no tenemos una naturaleza pecaminosa o que no hemos cometido hechos pecaminosos, nos engañamos a nosotros mismos y no decimos la verdad.

1:9 Si confesamos nuestro pecado, Él es fiel a Su promesa, y tiene una base justa para perdonar nuestro pecado y limpiarnos de todo lo que no está bien.

1:10 Si decimos que no hemos pecado, llamamos a Dios mentiroso y negamos la verdad de la Palabra.

2.1 El requisito perfecto de Dios es que no pequemos. (Él no podría decir nada menos que esto.) Pero ha hecho provisión para el caso en que pequemos. (Él todavía es nuestro Padre aunque pecáremos.) Tenemos un Abogado honesto que representará nuestro caso.

2:2 Y mediante Su sacrificio, nuestro Abogado ha satisfecho completamente las demandas de Dios contra nuestros pecados. Su muerte es suficiente por los pecados de todo el mundo, pero aquellos pecados son perdonados sólo cuando un pecador recibe al Señor Jesucristo como Dios y Salvador.

2:3 Una de las marcas del verdadero creyente es que habitualmente obedece al Señor.

2:4 Cualquiera que diga que es cristiano, pero habitualmente desobedece los mandamientos del Señor, es un profesante falso.

2:5 El amor de Dios cumple su propósito en aquel que habitualmente le obedece. Es una prueba de que esta persona es salva.

2:6 La forma de hablar debe ser acompañada por la forma de andar. La vida de una persona debe estar en armonía con su profesión. Cualquiera que diga que está en Cristo debe vivir una vida cristiana.

2:7 El mandamiento a amarnos los unos a los otros viene del principio del ministerio terrenal de Cristo. Los lectores de Juan lo habían escuchado al principio.

2:8 Pero hay un sentido en que es nuevo o reciente. Siempre era verdad en la vida de nuestro Señor, pero ahora es también verdad en los creyentes, porque la luz del cristianismo alumbra en los santos.

2:9 Pero las tinieblas todavía están en cualquiera que aborrece a su hermano. El tal siempre estuvo en tinieblas y todavía está en ellas.

2:10 El que ama a su hermano vive en la luz. No tropieza, y no ocasiona tropiezo a los demás.

2:11 Cualquiera que aborrece a su hermano está ciego. Anda en tinieblas, y no sabe a dónde va.

En la mayoría de estos versículos, Juan está distinguiendo entre el verdadero creyente y el que meramente profesa serlo (nota la repetición de “*el que dice*”, 2:4, 6, 9).

“No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre” (1 Jn. 2:15-17).

Una de las marcas de un cristiano verdadero es que no ama al mundo, en el sentido de que no es controlado por ese amor. Realmente, muchos creyentes han sido atraídos por el

mundo en un grado u otro. Pero si alguien vive para satisfacer los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida, no puede ser a la vez uno que ama al Padre. Está viviendo en un sistema maldito. Sólo los que viven para hacer la voluntad de Dios permanecerán para siempre.

No hay nada aquí que apoye la salvación condicional. El contraste está entre los que aman al mundo y los que aman a Dios, entre los perdidos y los salvos.

Pero, ¿por qué advertir a los cristianos acerca de amar al mundo si no lo pueden hacer? Porque el mundo puede tener una influencia negativa en el pueblo de Dios aunque no tenga primer lugar en sus vidas.

“Si sabéis que él es justo, sabed también que todo el que hace justicia es nacido de él. Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro. Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley. Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él. Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido. Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo. El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo. Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios” (1 Jn. 2:29-3:9).

De tal palo, tal astilla. Es un hecho de la vida natural que todo reproduce en su semejanza. Los hijos nacen en imagen y semejanza de sus padres. Así también en la esfera espiritual. Puesto que el Padre es justo, Sus hijos practicarán la justicia.

El pensamiento “nacido de él” en el versículo 29 lanza a Juan en una expresión de asombro que nosotros llegáramos a ser hijos de Dios. No es extraño que el mundo no nos conozca o no aprecie quiénes somos. Tampoco reconoció al Señor.

Entonces, en un arrebatado maravilloso acerca de la seguridad eterna, el apóstol expresa la verdad incondicional de que nosotros (sus lectores y todo verdadero creyente) seremos cambiados para ser semejantes a Él cuando le veamos. ¡No cabe duda! Mientras tanto, esta esperanza sirve como una esperanza purificadora. Y debemos recordar que la esperanza es cierta porque se basa en la Palabra de Dios.

Esto lleva a Juan a otra marca del creyente. Aunque todavía peca, no vive bajo el dominio del pecado. Su estilo de vida no es característicamente pecaminoso. No es un pecador habitual. La siguiente paráfrasis expresa esto:

4. Cualquiera que practica el pecado también practica injusticia, y el pecado es injusticia.^{xxix}

5. Y sabéis que Él fue manifestado para quitar nuestros pecados, y en Él no hay pecado.

6. Cualquiera que permanece en Él, esto es, todo creyente, no sigue pecando habitualmente. Todo aquel que es dominado por el pecado no le ha visto ni le ha conocido.

7. Hijitos, el que practica justicia es justo, así como Él es justo.

8. Todo aquel cuya vida es pecaminosa es del diablo, porque el diablo ha practicado el pecado desde el principio. Por esto se ha manifestado el Hijo de Dios en el mundo, para

destruir las obras del diablo.^{xxx}

10. Todo aquel que ha nacido de Dios no vive en el pecado, porque su simiente, esto es, la vida de Cristo, permanece en él, y no puede practicar el pecado, porque es hijo de Dios.^{xxxi}

1 Juan 3:4-9; 5:19 son examinados en más detalle en el capítulo titulado: “¿Ocasional O Habitual?”

Ahora venimos a la epístola de Santiago, donde él trata la profesión y la realidad. Fue escrita en un tono notablemente distinto a lo de 1 Juan. Santiago escribía a personas cuyas vidas no parecían apoyar su profesión de fe. Así que, habló bruscamente, fue necesario para penetrar los corazones endurecidos de muchos de sus lectores. Les advertía que las buenas obras eran necesarias para demostrar la realidad de su profesión de ser creyentes.

Santiago 2:14-26 ha sido históricamente uno de los pasajes más controversiales de las Escrituras. Algunos alegan que enseña que somos salvos por obras, o al menos en parte por obras. Los de la salvación condicional lo emplean para enseñar que nuestra salvación es *preservada* por obras. Vamos a ver cómo nuestra comprensión de la diferencia entre profesión y posesión nos ayuda a aclarar este pasaje.

“Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle? Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha? Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma. Pero alguno dirá: Tú tienes fe, y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras. Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan. ¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta? ¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó por las obras? Y se cumplió la Escritura que dice: Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia, y fue llamado amigo de Dios. Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe. Asimismo también Rahab la ramera, ¿no fue justificada por obras, cuando recibió a los mensajeros y los envió por otro camino? Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta” (Stg. 2:14-26).

Las palabras de Santiago se emplean a veces para demostrar que la fe en Cristo no es suficiente. La fe inicial debe ser seguida continuamente por buenas obras para que sea eficaz. Así es que la fe sin obras está muerta. Pero, examinemos los versículos cuidadosamente para ver lo que realmente dicen.

Versículo 14. No dice que este hombre tiene fe. Él *dice* que tiene fe. Es una fe profesada, pero nunca ha habido un cambio en su vida. Las obras aquí no son una condición para su salvación continua. Son evidencia de verdadera fe que salva. Cuando Cristo entra en una vida, hace una diferencia. No es suficiente decir que crees, profesar tener fe. Uno tiene que arrepentirse verdaderamente de sus pecados y confiar en Cristo como Señor y Salvador.

Versículos 15-17 ilustran y enfatizan la inutilidad de palabras sin hechos. Así de inútil es una fe sólo de palabras, que no resulta en los frutos de vida divina.

Versículo 18. Un creyente verdadero reta al hombre con sólo una profesión nominal, que demuestre su fe sin las obras correspondientes. No se puede. La fe es invisible. Son las obras que revelan la existencia de fe genuina. Así que el creyente puede decir con razón: “Yo

te mostraré mi fe por mis obras”.

Versículo 19. Una mera fe intelectual, una creencia en datos obvios, no es suficiente. Aun los demonios creen en la existencia del Dios único, y tiemblan. Pero esto no les salva.

Versículo 20. No somos salvos por obras. No somos salvos por fe más obras. Pero somos salvos por la clase de fe que *resulta* en una vida de buenas obras. Las obras no contribuyen a la continuación de la salvación. Si hicieran esto, serían una forma de salvación por obras. Al contrario, son el resultado inevitable de la fe verdadera que salva.

Versículos 21-24. Santiago cita ahora a Abraham como ejemplo de fe genuina. En Génesis 15:6, *“Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia”*. En otras palabras, fue justificado por fe. Años después, quizá 20 años más tarde, fue justificado por obras cuando mostró su disposición a ofrecer a Isaac como holocausto a Dios (Gn. 22:10). Su obra demostró la realidad de su fe.

Pero observa que esto no fue lo que normalmente llamamos una “buena obra”. Fue la intención suya de matar a su hijo. La única razón por la que se podía llamar buena era porque demostraba fe en Dios.

Versículo 25. Lo mismo es verdad en cuanto a Rahab. Su obra fue traición, que normalmente es una obra mala. No le salvó ni contribuyó a su salvación, sino que era prueba de que su fe en el Dios de Israel era genuina.

Versículo 26. Santiago concluye el asunto recordándonos que como el cuerpo (visible) sin el espíritu (invisible) está muerto, así también la fe (invisible) sin obras (visible) está muerta.

En general éste no es un buen pasaje para usar intentando demostrar la salvación condicional. No prueba que las buenas obras deben añadirse a la fe para merecer continuar en la salvación. Pero sí enfatiza que donde hay verdadera fe, también habrá obras para manifestarla.

¿LEY O GRACIA?

Últimamente la cuestión de la seguridad del creyente depende de cómo uno entiende la gracia de Dios. Ambos lados de la controversia estarían de acuerdo que la salvación es por gracia, pero hay una diferencia en lo que *entienden* por gracia.

Es importante recordar que sólo hay dos principios en base a los cuales se podría ofrecer salvación: ley y gracia.

El principio de ley significa que hay algo de mérito que podemos y debemos hacer para merecer salvación o para preservarla. El principio de gracia dice que la salvación es el favor inmerecido de Dios de principio a fin. No hay nada que podamos ni debemos hacer para merecer, ganar o preservarla. Es un don gratuito, recibido por fe, y es completamente obras aparte.

Los dos principios son totalmente opuestos. Pablo aclara que no pueden ser mezclados: “*Y si por gracia, yo no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si por obras, ya no es gracia; de otra manera la obra ya no es obra*” (Ro. 11:6). La salvación no puede ser en parte por guardar la ley en parte por la gracia.

Los que creen en salvación condicional estarían de acuerdo que la salvación *inicial* es por gracia, pero también creen que uno puede perder la salvación o por dejar de creer o por pecado continuo y grave. Pero sus escritos descubren el hecho de que ellos intentan mezclar ley y gracia. Por ejemplo, uno de sus voceros principales dice:

“El señorío de Jesús sobre el yo, la vida y las posesiones debe ser reconocido si vamos a conocerle como Salvador”.^{xxxii}

En otro lugar escribe:

“Guardar Sus mandamientos no es opcional para aquel que desea entrar en vida. Es un aspecto esencial de la fe que salva”.^{xxxiii}

Y de nuevo:

“Ciertamente hay un sentido en que el hombre es ‘su propio salvador’”.^{xxxiv}

En general, el argumento es que debemos creer y seguir creyendo. Debemos perseverar. Debemos continuar. Debemos permanecer. Debemos mantener firme. El énfasis está en *lo que debemos hacer*, no en lo que Dios *ha hecho*. Dice que hay algo que el hombre debe hacer para ganar o mantener su salvación.

Algunos de los gálatas habían sido salvados por gracia por medio de la fe y aparte de las obras de la ley. Pero creyeron a los falsos maestros que decían que ahora tenían que guardar la ley para mantener su salvación. Pablo les reprendió: “*¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?*” (Gá. 3:3).

Debían haber recordado que la salvación es un don gratuito, recibido por fe, y que es completamente obras aparte. Cristo terminó la obra en la cruz. No debemos intentar añadir nada a Su obra consumada. El mismo que comenzó esta buena obra en nosotros la perfeccionará hasta el fin (Fil. 1:6). La preservación de nuestras almas es la responsabilidad de Dios (1 Ti. 1:12).

Por supuesto, esto inevitablemente hace surgir la pregunta: “¿Qué pasa cuando un hijo de Dios peca?” Una posición es que pierde su salvación y debe volverse a salvar. La otra

posición es que se rompe su comunión con Dios y queda así hasta que confiese y se aparte de su pecado. Los de la primera posición creen que el método de Dios para producir santidad es meterles a los creyentes miedo de perder su salvación. Los que pertenecen a la escuela de la gracia insisten que el amor hacia el Señor, no el temor de castigo, es el motivo más fuerte.

¿Significa esto que aquellos que están arraigados en la doctrina de la gracia pueden seguir viviendo en pecado? ¡En ninguna manera! Al contrario, el hecho de seguir pecando hace surgir la pregunta de si realmente habían sido salvos en primer lugar.

Así que, aquí tenemos las dos posiciones. Una dice que el creyente que peca repetidamente se pierde (sin especificar la gravedad o extensión del pecado). La otra dice que si el pecado es la característica de la vida de alguien, si es la influencia dominante en su vida, entonces no es miembro de la familia de Dios. Si fuera verdaderamente salvo, estaría presionado por el Señor a confesar su pecado y recibir el perdón paterno.

A continuación están unos versículos empleados para sugerir que los creyentes merecen o pierden su salvación en base a su comportamiento:

“Mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo” (Mt. 24:13).

En su contexto este versículo tiene aplicación especial en la Gran Tribulación. Algunos serán tentados a pensar que podrían escapar de persecución y martirio si niegan que sean creyentes. Pero el Señor les aclara que la solución está en perseverar fiel en su testimonio hasta el fin.

Sin embargo, aunque sea aplicado al creyente hoy en día, simplemente demuestra que la verdadera fe siempre tiene la cualidad de permanencia. Puede que uno tenga un momento débil en la prueba de su fe, pero la fe vive. Un creyente puede caer siete veces pero se levantará (ver Pr. 24:16). La perseverancia es característica del verdadero hijo de Dios. “Los que confían en Jehová son como el monte de Sion, que no se mueve, sino que permanece para siempre” (Sal. 125:1).

La sugerencia de que recibimos salvación eterna mediante nuestra perseverancia está en conflicto con más de 30 versículos que enseñan que somos salvos por la fe en el Señor.

“Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Jn. 8:31-32).

El Señor Jesús habló estas palabras a algunos judíos que habían creído en Él. Permaneciendo en Su Palabra, podrían probar la realidad de su fe. Esto demostraría que eran discípulos en el verdadero sentido de la palabra, y disfrutarían el poder libertador de la Palabra.

“De cierto, de cierto os digo, que el que guarda mi palabra, nunca verá muerte” (Jn. 8:51).

Guardar la Palabra del Señor Jesús es otra manera de decir creer en Él. Sabemos esto al comparar este versículo con Juan 11:26. En el primero, el que guarda Su Palabra nunca verá muerte. En el segundo, la persona que cree en Él nunca verá muerte. Así que por la regla de tres sabemos que se trata de la fe en Él.

¿COMUNIÓN O RELACIÓN?

A veces cuando encontramos un problema en el Nuevo Testamento, la solución está en distinguir entre relación y comunión. Al hablar de relación, queremos decir la parentela que existe entre Dios Padre y los creyentes, que ha sido establecida por el nuevo nacimiento. La comunión se refiere al feliz espíritu familiar que existe entre los creyentes y los miembros de la Deidad cuando no hay pecado sin confesar, sino acuerdo; cuando andan juntos en unidad. Un pasaje que distingue entre relación y comunión está en Juan 13:1-11.

“1 Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. 2 Y cuando cenaban, como el diablo ya había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, que le entregase, 3 sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba, 4 se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó. 5 Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjuagarlos con la toalla con que estaba ceñido. 6 Entonces vino a Simón Pedro; y Pedro le dijo: Señor, ¿tú me lavas los pies? 7 Respondió Jesús y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después. 8 Pedro le dijo: No me lavarás los pies jamás. Jesús le respondió: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo. 9 Le dijo Simón Pedro: Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza. 10 Jesús le dijo: El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio; y vosotros limpios estáis, aunque no todos. 11 Porque sabía quién le iba a entregar; por eso dijo: No estáis limpios todos”.

¡Qué incidente más maravilloso! Vemos aquí al poderoso Hacedor del universo ciñéndose una toalla de siervo, y doblándose para lavar los pies de Sus discípulos. Cuando llegó a Pedro, el apóstol impetuoso protestó que era inapropiado que el Maestro lavara los pies de un discípulo. Dijo: *“No me lavarás los pies jamás”.*

El Señor Jesús contestó: *“Si no te lavare, no tendrás parte conmigo”* (v. 8). Siendo éste el caso, Pedro pidió un baño completo, no un lavamiento parcial.

El Señor Jesús dijo: *“El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio...”*

Las palabras del Salvador en el versículo 8 a veces son tomadas para apoyar la doctrina de seguridad condicional. Para entenderlas correctamente debemos verlas en su contexto.

Hay una diferencia entre bañarse y lavarse los pies. Lo primero es el baño de regeneración mencionado en Tito 3:5, *“No por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo”.* En una palabra, el baño es salvación. Toma lugar sólo una vez.

Pero luego está el acto de lavar los pies. Si el baño toma lugar sólo una vez, el lavamiento de los pies es algo que se hace repetidamente. En la vida cristiana pecamos diariamente y contraemos inmundicia. Necesitamos limpieza constante por la aplicación de la Palabra de Dios a nuestras vidas. Esto habla del mantenimiento de la comunión. La relación es una cadena inquebrantable, pero la comunión es un hilo frágil que fácilmente se rompe. El

pecado rompe la comunión, y necesitamos el ministerio de la Palabra para limpiar nuestro caminar.

En el tiempo de Pablo, la gente iba a los baños públicos para una limpieza a fondo. Pero en el acto de simplemente ir a casa con sus sandalias, sus pies se ensuciarían otra vez. Esto ilustra el baño y el lavamiento de los pies. El baño es salvación; el lavamiento de los pies es santificación.

Puesto que el baño de regeneración toma lugar sólo una vez, Pedro no lo necesitaba de nuevo. Ya era salvo. Esto refuta la idea de salvarse una persona, luego perder su salvación por causa del pecado, y después, salvarse de nuevo.

En el acto de regeneración, una relación es establecida. Dios es el Padre y el creyente es Su hijo. Esta relación es indisoluble. Tal como en la relación natural, es para siempre. El pecado no rompe la relación. Si un creyente peca, Dios todavía es su Padre (1 Jn. 2:1b).

Cuando el Señor dijo a Pedro: *“Si no te lavare, no tendrás parte conmigo”*, hablaba de comunión, no de relación. Sin la limpieza constante de la Palabra, Pedro no podía andar en comunión con su Maestro.

La limpieza por la Palabra no contradice la limpieza por la sangre de Jesucristo, el Hijo de Dios. Cuando aplicamos la Palabra, ella nos conduce a confesar el pecado y apartarnos de él: *“y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado”* (1 Jn. 1:7). Así que los dos no son contradictorios sino complementarios.

¿SALVACIÓN O DISCIPULADO?

El no distinguir entre los versículos que tratan la salvación y los que tratan el discipulado ha causado confusión en cuanto a la seguridad del creyente.

Cuando Dios promete vida eterna a los pecadores en base a la fe, podemos estar seguros que se trata de la salvación del alma. Pero cuando el Señor habla a verdaderos discípulos, y los anima a vivir vidas de devoción, buenas obras y sacrificio, se trata del discipulado.

No hay grados de salvación. Uno es salvo o no lo es. Ningún creyente es más apto para el cielo que otro. El que tiene a Jesucristo como su Señor y Salvador es lo más apto para el cielo que Dios puede hacerle. No se salva por sus méritos sino por los del Salvador. “En Cristo” es aceptado, completo y apto para el cielo.

Ya hemos citado versículos que claramente tratan la salvación. Mencionaré sólo unos pocos de ellos: Mateo 11:28; Juan 1:12; 3:16; 3:36; 5:24; 6:47; Hechos 16:31; Romanos 10:9.

Pero, aunque no hay grados de salvación ni de aptitud para el cielo, sí que hay grados de discipulado. Por ejemplo, hay niños, jóvenes y padres (1 Jn. 2:12-14). Algunos todavía toman leche mientras que otros toman alimento sólido (He. 5:12-14). Un discípulo es uno que aprende, y obviamente hay algunos creyentes que aprenden más que otros, aparte de habilidad natural, porque se disponen más a aprender.

Cuando uno es salvo, al principio comienza en la escuela de Dios del discipulado. Cuando más estudie y obedezca la Palabra, más rápidamente avanza de un grado a otro. La meta del discipulado es ser más como el Maestro.

Jesucristo habló de los que permanecen en Su Palabra y así son verdaderos discípulos. En un sentido esta expresión: “verdaderos discípulos” puede indicar lo ideal. Nadie es un discípulo perfecto, pero cualquiera puede ser un verdadero discípulo si obedece a las palabras duras (difíciles) del Señor así como a Sus mandamientos sencillos.

Considera algunas de Sus palabras difíciles:

“Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame” (Lc. 9:23).

“Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo” (Lc. 14:26).

Esto significa que un discípulo ideal, uno que es discípulo en el más pleno sentido de la palabra, pone a Cristo antes que las relaciones humanas.

“Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo” (Lc. 14:33).

Ahora bien, debe estar claro que estos versículos no son el evangelio. No son las buenas nuevas para los pecadores perdidos. Obedecerlos requiere vida divina, y la única manera de obtener esa vida divina es nacer de nuevo. Sin esto, estos versículos sólo pueden condenar.

Pero son buena y sana instrucción para creyentes que desean andar en comunión cercana con el Señor Jesucristo. Presentan una forma de vivir que es la debida para todos los cristianos, y todos ellos deben esforzarse por vivir así.

He aquí unos versículos que tratan el tema del discipulado, no la salvación:

“Entonces su señor, enojado, le entregó a los verdugos, hasta que pagase todo lo que le debía. Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas” (Mt. 18:34-35).

Como fue explicado en otro lugar, no dice que el discípulo que no perdonó fuera entregado a Satanás ni al infierno, sino a los que torturan, esto es, a las miserias de estar fuera de comunión con Dios. Nota que el castigo sólo es temporal, no eterno: *“hasta que pagase todo...”* Sería restaurado a la comunión tan pronto como confesara y se apartara de su pecado, habiendo hecho restitución.

“Y cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna” (Mt. 19:29).

Esto significa una mayor capacidad para disfrutar la vida eterna, y recompensas más grandes. La vida en sí se recibe mediante la fe en Cristo.

“El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará” (Jn. 12:25).

De nuevo, no es la posesión de vida eterna que está en juego, sino recompensas más grandes y una mayor capacidad para disfrutar la vida en el cielo.

Así que podemos resumirlo así. Cuando encuentres versículos que invitan a los pecadores a poner su fe en Cristo, sabes que el tema es salvación. Cuando encuentres exhortaciones al amor, la santidad, el sacrificio, la perseverancia u otros valores cristianos, sabes que se trata del discipulado.

¿FRUTO O SALVACIÓN?

“1 Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. 2 Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto. 3 Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado. 4 Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. 5 Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer. 6 El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden” (Jn. 15:1-6).

¡Aquí se trata de la cuestión de llevar fruto, no de la salvación! Esto no es un mensaje evangelístico para los pecadores, sino una exhortación a los santos acerca de la comunión íntima con el Señor. La salvación es un don gratuito, pero una vida de intimidad espiritual con el Señor Jesús es para los que permanecen en Su amor y obedecen Sus mandamientos.

En contraste con Israel, el Señor Jesús es la vid verdadera. Aquella nación sólo produjo uvas silvestres (Is. 5:2, 4). Dios Padre es el labrador. Todos los creyentes son pámpanos en la vid. Obtienen su vida, sustancia y productividad de Él.

La gran cuestión en el versículo 2 es acerca del significado de la frase: “*lo quitará*”. Al arminiano es una prueba de que un verdadero creyente puede ser destinado al infierno. Algunos piensan que el pámpano que no lleva fruto es uno que falsamente profesa ser creyente. Otros dicen que significa ser quitado del servicio mediante enfermedad o muerte (Hch. 5:1-10; 1 Co. 11:30). Las interpretaciones son legión. ¿Puedo añadir una más a la lista?

La palabra traducida “quitará” también podría ser traducida con precisión “levantará”, “alzará” o “apoyará”^{xxxv}. De hecho, así estaría mucho más de acuerdo con la ciencia de viticultura. El cuadro pintado es de un pámpano que está en el suelo con barro e infestado con insectos. El labrador lo levanta y lo apoya quizá con una estaca para que pueda seguir creciendo, para que lleve fruto.

La palabra griega significa “alzar” o “levantar” en los siguientes pasajes, donde sería imposible que significara “quitar”:

Lucas 17:13 “*alzaron la voz*”
 Juan 11:41 “*alzando los ojos*”
 Hechos 4:24 “*alzaron unánimes la voz a Dios*”
 Apocalipsis 10:5 “*levantó su mano al cielo*”

He aquí otros pasajes donde la palabra significa “levantar” o algo parecido, en lugar de “quitar”:

Mateo 9:6 “(dice entonces al paralítico): Levántate, toma tu cama, y vete a tu casa” (ver también Mr. 2:3, 9, 11-12; Lc. 5:24-25; Jn. 5:8-12).

Mateo 11:29 “Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí...”

Mateo 14:20 “Y recogieron lo que sobró de los pedazos” (ver también Mt. 15:37; Mr. 6:43; 8:8, 19-20).

Mateo 16:24 “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame” (ver también Mt. 27:32; Mr. 8:34; 10:21; 15:21).

Mateo 17:27 “...vé al mar, y echa el anzuelo, y el primer pez que saques, tómalo...”

Marcos 16:18 “tomarán en las manos serpientes...”

Juan 8:59 “Tomaron entonces piedras para arrojárselas...”

Aun en versículos donde la palabra es traducida “quitar”, el sentido adicional es evidente por el contexto. (Ver Mt. 14:12; 22:13; 24:39; Mr. 6:29; Lc. 8:12; Jn. 11:39; 19:38). Sólo en una ocasión rara significa quitar para destruir.

La última parte del versículo 2 explica cómo el Labrador Celestial limpia (poda) los pámpanos que llevan fruto. Esto asegura que todos los nutrientes necesarios vayan al fruto y no sean disipados en las hojas y ramas. La obra de limpiar o podar equivale a la disciplina de hijos en Hebreos 12. Significa quitar todo lo que disminuye el crecimiento espiritual, y estimular fruto para Dios en toda manera posible.

Los discípulos ya eran limpios moral y espiritualmente porque el Maestro les había enseñado la Palabra de Dios.

En las palabras: “permaneced en mí, y yo en vosotros”, la primera parte es una exhortación, pero la segunda afirma una verdad. Cada indicativo inevitablemente conduce a un imperativo. El creyente no puede producir el fruto de una vida como Cristo, como un pámpano tampoco puede producir uvas sin la vid. Permanecer equivale a obedecer (Jn. 15:10; 1 Jn. 3:24). También habla de dependencia. El pámpano depende de la vid para vida y nutrición. En la medida que el creyente (pámpano) viva en comunión con Cristo (la Vid), lleva mucho fruto. Nota la progresión:

Mucho fruto
Más fruto
Fruto
No [lleva] fruto

Separados de la Vid verdadera, el pámpano humano no puede hacer *nada*. Esto es verdad no sólo en la cuestión de llevar fruto, sino también en lo referente a la salvación.

El versículo 6 es un favorito de los que sacan de él esta lectura: “Si uno no permanece en mí, Dios le echa fuera y se seca, y Dios los recoge y los echa en los fuegos del infierno, y son quemados”. Pero esto no es lo que el Señor Jesús dijo.

- No dijo que Dios echa fuera al creyente y se seca.
- No dijo que Dios los recoge.
- No dijo que Dios los echa en el infierno.

El pámpano que no permanece en la vid es un creyente que no anda en obediencia al Señor, y como resultado, pierde su testimonio. Es rechazado como pámpano y se seca, no por Dios sino por los hombres. Los incrédulos escarnecen su profesión de ser cristiano. Toman su nombre, reputación y profesión cristiana y los echan al fuego. Nota de nuevo que no dice que Dios los eche al fuego. Son los hombres, la gente del mundo, que tienen nada más que despreció para aquel que habla alto y anda bajo. El testimonio de creyente se quema, y él mismo es como sal que perdió su sabor (Mt. 5:13), o como una iglesia que ya no lleva la luz (Ap. 2:5).

David es una ilustración de esto. Era un creyente verdadero, pero no permaneció en la Vid. Como resultado, cayó en pecado grave, y dio ocasión de blasfemar a los enemigos del Señor (ver 2 S. 12:14). No perdió su salvación, pero sí perdió su buena reputación y sufrió la mano castigadora del Señor.

¿CONTINUACIÓN O PRESERVACIÓN?

Muchos pasajes parecen apoyar seguridad condicional si no reconocemos que cuando los apóstoles animaron a los nuevos creyentes a seguir fuertemente en la vida cristiana, no estaban necesariamente advirtiéndoles de que podrían caer totalmente del cristianismo. Dos ejemplos claros de esto se hallan en el libro de Hechos.

“Y la mano del Señor estaba con ellos, y gran número creyó y se convirtió al Señor. Llegó la noticia de estas cosas a oídos de la iglesia que estaba en Jerusalén; y enviaron a Bernabé que fuese hasta Antioquía. Este, cuando llegó, y vio la gracia de Dios, se regocijó, y exhortó a todos a que con propósito de corazón permaneciesen fieles al Señor” (Hch. 11:21-23).

Este pasaje, y especialmente el versículo 23, es una de muchas exhortaciones empleadas por los arminianos en su lucha para desacreditar la seguridad eterna. Su argumento reza algo así: “Aquí tienes a Pablo y Bernabé animando a los discípulos a permanecer en el Señor. ¿De qué serviría semejante exhortación si no fuera posible que dejaren al Señor y se perdieran?” El argumento es inválido. Cuando animamos a los creyentes jóvenes a ser fieles al Señor, no les estamos advirtiéndoles de que pueden perder la salvación. Estamos animándoles a vivir la vida que realmente tiene valor. Así fue el caso con Pablo y Bernabé. Si los discípulos permanecían fieles al Señor, disfrutarían la vida abundante y hallarían rescate de toneladas de problemas. No es cuestión de salvación, sino de discipulado.

“Confirmando los ánimos de los discípulos, exhortándoles a que permaneciesen en la fe, y diciéndoles: Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios” (Hch. 14:22).

El reino de Dios tiene un tiempo pasado, presente y futuro. El pasado fue cuando Jesucristo estuvo en el mundo; el reino estaba presente en la Persona del Rey (Mt. 12:28; Lc. 17:21). Ahora el reino está en forma de misterio; el Rey está ausente pero los creyentes le reconocen como su debido Rey. En el futuro, el reino será manifestado; Cristo se sentará en Su trono en Jerusalén y reinará por 1.000 años. El reino sobre la tierra dará lugar al reino eterno en el cielo.

La única manera de llegar a ser ciudadano verdadero del reino es nacer de nuevo (Jn. 3:3, 5). Tribulación no es el camino de la salvación, pero es lo que encontramos en el camino al reino futuro. Es algo prometido a todos los creyentes.

En la epístola de Judas, él también anima a sus lectores de modo similar:

“Pero vosotros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna” (Jud. 20-21).

Cuando Judas nos exhorta a conservarnos en el amor de Dios, no está diciendo que podamos mantenernos salvos. Está hablando de comunión, no de relación. Hacemos esto pasando tiempo cada día en la Palabra, orando en el Espíritu Santo, confesando y apartándonos de todo pecado conocido, y viviendo en expectación del retorno de Cristo.

La preocupación de Pablo por la *continuación* de los tesalonicenses, expresada en 1 Tesalonicenses 3, es a veces tomado equivocadamente como una preocupación por su

perseverancia.

“Por lo cual, no pudiendo soportarlo más, acordamos quedarnos solos en Atenas, y enviamos a Timoteo nuestro hermano, servidor de Dios y colaborador nuestro en el evangelio de Cristo, para confirmaros y exhortaros respecto a vuestra fe, a fin de que nadie se inquiete por estas tribulaciones; porque vosotros mismos sabéis que para esto estamos puestos. Porque también estando con vosotros, os predecíamos que íbamos a pasar tribulaciones, como ha acontecido y sabéis. Por lo cual también yo, no pudiendo soportar más, envié para informarme de vuestra fe, no sea que os hubiese tentado el tentador, y que nuestro trabajo resultase en vano. Pero cuando Timoteo volvió de vosotros a nosotros, y nos dio buenas noticias de vuestra fe y amor, y que siempre nos recordáis con cariño, deseando vernos, como también nosotros a vosotros, por ello, hermanos, en medio de toda nuestra necesidad y aflicción fuimos consolados de vosotros por medio de vuestra fe; porque ahora vivimos, si vosotros estáis firmes en el Señor” (1 Ts. 3:1-8).

¿Cómo apoya este pasaje la doctrina de la pérdida de la salvación? Los promotores de esta doctrina emplean el pasaje así: “Pablo expresa su deseo de que los tesalonicenses estén firmes en el Señor y en la fe. Esto implica la posibilidad de que no lo hiciesen, y por lo tanto, la posibilidad de que se perdiesen eternamente”. Pero, ¿qué sucede realmente en este pasaje?

Los tesalonicenses estaban sufriendo intensa persecución porque eran cristianos comprometidos. El apóstol les había conducido al Señor, educado en la fe, y advertido acerca de la tribulación que vendría. No deseaba verles claudicar bajo sus aflicciones. Podrían ceder al desánimo y la desesperación. Así que, envió a Timoteo para fortalecerles y animarles. Timoteo volvió con la buena noticia de que su fe no se había tambaleado y que su amor no disminuyó, especialmente hacia Pablo y sus colaboradores.

No fue en absoluto cuestión de perder su fe en Cristo, sino más bien la posibilidad de que su confianza fuera debilitada y desilusionada por los fuegos de persecución.

El gran capítulo de Pablo acerca de su deseo de crecer en Cristo, Filipenses 3, es también tomado a veces como expresión de preocupación por si cayera de la fe:

“2 Guardaos de los perros, guardaos de los malos obreros, guardaos de los mutiladores del cuerpo. 3 Porque nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne. 4 Aunque yo tengo también de qué confiar en la carne. Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más: 5 circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; 6 en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprochable. 7 Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. 8 Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, 9 y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe; 10 a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, 11 si en alguna manera llegase a la resurrección

de entre los muertos. 12 No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. 13 Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, 14 prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús. 15 Así que, todos los que somos perfectos, esto mismo sintamos; y si otra cosa sentís, esto también os lo revelará Dios. 16 Pero en aquello a que hemos llegado, sigamos una misma regla, sintamos una misma cosa. 17 Hermanos, sed imitadores de mí, y mirad a los que así se conducen según el ejemplo que tenéis en nosotros. 18 Porque por ahí andan muchos, de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo; 19 el fin de los cuales será perdición, cuyo dios es el vientre, y cuya gloria es su vergüenza; que sólo piensan en lo terrenal. 20 Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; 21 el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas. 4:1 Así que, hermanos míos amados y deseados, gozo y corona mía, estad así firmes en el Señor, amados” (Fil. 3:2-4:1).

Aquí tenemos otro pasaje que algunos alegan que prueba la salvación condicional. Veamos ahora si esto es realmente lo que enseña.

En los versículos 5-6, Pablo apunta sus credenciales excelentes en cuanto a linaje, ortodoxia, carácter personal y celo en servicio. Pero ahora que es salvo, él considera cualquier punto de orgullo personal como basura en comparación con el privilegio de conocer a Cristo Jesús su Señor. Desde ahora en adelante, su jactancia es que él está en Cristo, nada de su propia justicia, sino aquella que le fue imputada por fe. El versículo 9 no puede significar que el apóstol luchara para estar en Cristo ni que esperaba obtener justicia. Estas cosas ya eran realidades en su vida. Pero para obtener estas bendiciones incomparables por la fe, no fue ningún gran sacrificio considerarlo todo como basura y sufrir la pérdida de todas las cosas.

Ahora su única ambición constante es conocer a Cristo, el poder de Su resurrección, la comunión de Sus padecimientos, la conformidad a Su muerte, y la resurrección de entre los muertos.

“*A fin de conocerle*”, conocer a Cristo. Ya le conocía, pero le deseaba conocer de manera todavía más profunda. Su oración, como la expresa un himno, era así:

“Ayúdame a servirte más y más,
Ayúdame a alabarte una y otra vez,
A vivir en Tu presencia cada día,
Y nunca alejarme de Ti”.

Autor desconocido

“*Y el poder de su resurrección*”. Deseaba conocer por experiencia algo del gran poder que levantó al Señor Jesús de la tumba. En Efesios 1:19-20 él amontonaba palabras sobre palabras tratando de captar la inmensidad de este poder.

“*Llegando a ser semejante a él en su muerte*”. Esto puede entenderse figurada o literalmente. Si se toma figuradamente, entonces significa que Pablo moriría diariamente en el servicio de Cristo (1 Co. 15:31). O quizá decía: “¿Murió el Señor Jesús cumpliendo la voluntad del Padre? Entonces, esto es lo que yo también deseo”.

A veces hablaba de sí mismo como entre aquellos que irían al cielo sin morir (1 Ts.

4:17, “...nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente...”). Otras veces escribió como si fuera a ir al cielo por el camino de la muerte (2 Ti. 4:6b, “...el tiempo de mi partida está cercano”).

“Si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos”. Es imposible que Pablo no estuviera seguro de que sería resucitado en el Rapto. De esta verdad él estaba absolutamente seguro (1 Ts. 4:17; 1 Co. 15:51). Lo que estaba diciendo era esto: “No me importa qué pruebas, peligros, sufrimientos o persecuciones estén entre ahora y la resurrección, estoy dispuesto a sufrirlos todos”.

La palabra “resurrección” siempre se refiere al cuerpo. Es el cuerpo que muere, y es el cuerpo que será resucitado. Aquí es la resurrección de entre los muertos.^{xxxvi} Se refiere a la venida de Cristo por Sus santos. Sólo los creyentes serán resucitados en ese tiempo.

El sentido de las palabras de Pablo es: “¿Murió Jesús? Entonces, ¡yo deseo morir! ¿Resucitó Jesús de los muertos? Entonces, ¡yo también deseo resucitar así!” Es como si deseara estar tan identificado con su Señor, que no quisiera ir al cielo de forma más cómoda que Él.

En el versículo 11, asegura a los filipenses que no deseaba que pensarán que él hubiera logrado la perfección espiritual. No había llegado, sino que proseguía la meta, la de ver cumplidos los propósitos de Dios en su vida. Como un corredor ligero, daba lo mejor en una vida de servicio, no para salvación sino para la corona de galardón. Anima a todos los creyentes a seguir su ejemplo de alta motivación y disciplina.

El apóstol denuncia a los falsos maestros que enseñan por su comportamiento impío y mundano que son enemigos de la cruz de Cristo (vv. 18-19). En contraste, los verdaderos creyentes son ciudadanos del cielo, quienes esperan la venida del Salvador y además, cuerpos glorificados. Hasta aquel gran suceso, deberían estar firmes en el Señor, no dejando que nada debilitara su confianza (4:1).

A la luz de estos pasajes, que nosotros también de todos modos vayamos adelante para el Señor, más y más. Pero no tenemos que trabajar bajo el peso de la idea de preservarnos o guardar nuestra salvación. ¡Esto es trabajo del Señor!

¿OCASIONAL O HABITUAL?

Hay una diferencia en el Nuevo Testamento entre cometer un acto de pecado y practicar el pecado como forma de vida. El creyente puede pecar, y peca, pero no lo hace habitualmente. Esta distinción sale en 1 Juan 3:4-9 y 5:18, aunque muchas traducciones no llegan a mostrarla porque no emplean el tiempo presente continuo del verbo.

“Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley. Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él. Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido. Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo. El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo. Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios...Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca” (1 Jn. 3:4-9; 5:18).

Antes de examinar estos versículos, tomemos una vista global de lo que enseñan las Escrituras respecto a la relación del creyente con el pecado.

En primer lugar, la voluntad de Dios es que Su pueblo no peque (1 Jn. 2:1). Él no puede excusar ni consentir ninguna cantidad de pecado. Su santidad demanda que Su oposición al pecado no tenga excepción alguna. Dios no puede decir: “Hijitos, pecad lo menos posible”.

Pero la triste verdad es que los creyentes pecan. Cualquiera que diga que no ha pecado se engaña a sí mismo y la verdad no está en él (1 Jn. 1:8). Y si dice que no tiene pecado, está acusando a Dios de mentir, e ignora la Palabra de Dios (1 Jn. 1:10). Los creyentes que profesan una vida perfecta sin pecado (por ejemplo, dicen que desde su conversión o algún otro punto ya no han vuelto a pecar), simplemente no entienden lo que es el pecado, ¡o han vuelto a definir radicalmente esta palabra!

Aunque pecamos, no debemos decir que tenemos que pecar. Esto no es lenguaje bíblico. Tenemos el poder de Dios a favor nuestro para que clamemos a Él. En momentos de tentación podemos clamar al Señor para que nos libre. Él nunca falla (1 Co. 10:13). El problema es que no clamamos.

Como hemos visto, la voluntad inflexible de Dios para nosotros es: “no pequéis”. Pero en gracia, Él ha hecho provisión para el fracaso.

“Y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1 Jn. 2:1b-2).

Nota que dice: “si”, no “cuando”. El pecado debe ser considerado excepcional en lugar de algo esperado o probable. Nota también que si alguno peca, tienen Abogado con el Padre. Aun cuando pecamos, Él todavía es nuestro Padre y todavía somos Sus hijos. Esta es una prueba convincente de que el pecado no rompe la relación con Dios.

Nuestro Abogado es Jesucristo el justo. Su obra es restaurar al santo que hubiere

pecado, para que vuelva a la comunión con el Padre. Él puede hacer esto con justicia, en base al valor de Su sangre vertida en el Calvario. Él es la propiciación por nuestros pecados, esto es, Su sacrificio como Sustituto nuestro satisface completamente todas las justas demandas de Dios contra nuestros pecados. Su obra es *suficiente* por los pecados de todo el mundo, pero solamente *eficaz* para aquellos que le aceptan como su Señor y Salvador.

Es obvio que un hijo de Dios puede cometer cualquier pecado de los cuales los creyentes son advertidos en el Nuevo Testamento. La posibilidad para hacer el mal es asombrosa. Y cada pecado rompe la comunión con Dios.

Pero la buena noticia es que “*sin confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad*” (1 Jn. 1:9). Esto no es el camino de salvación, sino el camino de restauración para el creyente. La persona no salva recibe perdón *judicial* cuando cree en el Señor Jesucristo (Hch. 16:31). El santo recibe perdón *paterno* cuando confiesa su pecado (obviamente con intención de abandonarlo, ver Pr. 28:13). Perdón judicial significa que la paga del pecado fue pagada por Cristo en la cruz (“*perdonandoos todos los pecados*”, Col. 2:13), y que ahora y para siempre está libre de condenación (Ro. 8:1). Perdón paterno significa que la comunión feliz en la familia de Dios es restaurada.

Ahora venimos a la diferencia entre hechos y hábitos. Aunque un verdadero cristiano puede cometer hechos de pecado, no es dominado por el pecado (Ro. 6:14). Su vida no se caracteriza por el pecado. El pecado puede ser ocasional, pero no habitual. La versión de la Biblia, “La Biblia Al Día”, capta la idea de práctica continua.

“ ” (1 Jn. 3:4-9 LBAD)

“ ” (1 Jn. 5:18, LBAD)

Gardiner Spring explica:

“Por lo tanto, los hijos de Dios pecan, a veces a sabiendas y voluntariamente, pero no pecan habitualmente. No es el hábito prevaleciente de su vida el desobedecer los mandamientos de Dios. Al contrario, su propósito es obedecer siempre y su práctica es obedecer habitualmente. Al formar nuestro concepto de los frutos de justicia, entonces, no debemos atribuir demasiada importancia a instancias puntuales y asiladas de conducta. La vida de todo buen hombre tiene manchas de imperfección y pecado, y si pronunciamos que ninguno es bueno a menos que hallemos en él perfección absoluta, todos quedan condenados. Al contrario, a penas hay hombre malo cuya conducta no tenga a veces algo de bondad. No podemos decir más acerca de los hombres buenos, excepto que su obediencia es habitual y su conducta, vista en su entereza, exhibe evidencias claras y decisivas de santificación. Esto es ciertamente verdad acerca de cada cristiano”^{xxxvii}.

Esto, por supuesto, nos conduce a una pregunta: “¿Cuándo llegan los hechos a ser habituales?” La Biblia no contesta la pregunta. Si la contestara, algunos cristianos serían tentados a ir lo más cerca posible al hábito. El silencio de Dios les advierte a quedarse lo más lejos posible.

Alguna alma extra sensible puede preocuparse pensando que debido a la repetición de cierto pecado en su vida, realmente sea un pecador habitual. Aquí tiene una forma de decidir. Digamos que trabaja en una oficina de negocios. Los otros empleados saben que él es diferente. No se ríe de sus chistes verdes, no participa en sus fiestas de copas, y no entra en tratos dudosos en el negocio. Luego, un día se le escapa de la boca una palabra indebida.

Inmediatamente todos se echan encima suyo diciendo: “¡Oh, pensábamos que eras cristiano!” Ellos saben que característicamente él es creyente, pero esto ha sido algo fuera de carácter para él.

El problema real y más grave está con aquellos que hablan como creyentes pero viven como el demonio. Saben todas las respuestas correctas, y han hecho la “oración del pecado”, y probablemente han sido bautizados. Pero su vida no es diferente a la de sus vecinos paganos. Tenemos toda razón para creer que nunca han nacido de nuevo, porque no hay evidencia de vida divina. La profesión de ser cristiano no tiene valor si no resulta en una vida cambiada.

Es posible que un creyente tenga un patinazo, o que se aleje del Señor. Y en tal caso, hasta que se arrepienta, estamos justificados en dudar de su profesión. Pero si es verdadero hijo de Dios, experimentará culpa, vergüenza y la disciplina de Dios. Aprenderá que, aunque tenga la seguridad eterna, no puede pecar con impunidad, porque tarde o temprano Dios le castigará.

A pesar de nuestros mejores esfuerzos para decidir si ciertas personas son falsos hermanos o creyentes fuera de comunión, tenemos que reconocer que existen casos en los cuales sólo Dios sabe. “*Conoce el Señor los que son suyos*” (2 Ti. 2:19). Mientras tanto, todo aquel que invoca el nombre de Cristo, que lo demuestre apartándose de iniquidad.

¿REFORMACIÓN O REGENERACIÓN?

Al estudiar la seguridad del creyente, es necesario distinguir entre la reformación y la regeneración. La *reformación* es enmendarse; la *regeneración* es recibir una vida nueva. Lo primero es un hecho de la voluntad; lo segundo es un acto de Dios. La reformación pone un traje nuevo sobre el hombre; la regeneración pone a un hombre nuevo en el traje. Es la diferencia entre una resolución para el año nuevo y un nuevo nacimiento.

Hay dos ejemplos clásicos de reformación en el Nuevo Testamento. El primero es la historia de un hombre del cual salió un espíritu inmundo (Mt. 12:43-45; Lc. 11:24-26). Cuando el espíritu volvió, halló el hogar desocupado, limpio y ordenado. Así que tomó a siete espíritus peores que él, y tomó posesión de la casa con el resultado de que aquel hombre estaba peor al final.

En cuanto a la interpretación, el pasaje trata primariamente la nación de Israel (“*esta mala generación*”, Mt. 12:45). El cautiverio babilónico libró al pueblo de adorar a las imágenes de talla. En este sentido, la casa había sido limpiada. Pero estaba desocupada; la nación rehusó admitir al Mesías. Como resultado, Israel será culpable de una forma de idolatría todavía peor, esto es, la adoración del anticristo. La reformación no fue suficiente. Sin el Mesías, no hay liberación final del pecado.

La segunda ilustración está en 2 Pedro 2.

“Pues hablando palabras infladas y vanas, seducen con concupiscencias de la carne y disoluciones a los que verdaderamente habían huido de los que viven en error. Les prometen libertad, y son ellos mismos esclavos de corrupción. Porque el que es vencido por alguno es hecho esclavo del que lo venció. Ciertamente, si habiéndose ellos escapado de las contaminaciones del mundo, por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, enredándose otra vez en ellas son vencidos, su postrer estado viene a ser peor que el primero. Porque mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia, que después de haberlo conocido, volverse atrás del santo mandamiento que les fue dado. Pero les ha acontecido lo del verdadero proverbio: El perro vuelve a su vómito, y la puerca lavada a revolcarse en el cieno” (2 P. 2:18-22).

El pasaje habla de gente que ha estado viviendo en pecado pero que decide, que desea limpiarse, o enmendarse. Entonces, van al clérigo de su barrio buscando consejo. Pero en lugar de decirles cómo nacer de nuevo, este falso maestro consiente su pecado, se jacta de que él también lo comete, y les anima a dar plena expresión a sus apetitos naturales.

Sabían qué era lo correcto, pero rechazan este conocimiento con el resultado de que se hundan más profundamente en una vida de vergüenza y degradación. Son como un perro que vuelve a su vómito y una puerca que vuelve a revolcarse en el cieno. Tanto el perro como la puerca eran animales inmundos en el Antiguo Testamento. Su naturaleza es inmunda y su comportamiento también. Así fue con estas personas. Aunque se habían reformado, nunca habían recibido una nueva naturaleza. El perro todavía era canino y la puerca todavía era marrana.

Lo que la gente pecadora necesita es regeneración. Es la obra maravillosa, misteriosa y milagrosa del Espíritu de Dios, que toma lugar cuando un pecador se arrepiente y reconoce a Jesucristo como su Señor y Salvador. Se compara a un baño en Tito 3:5. El instrumento del nuevo nacimiento es la Palabra de Dios (1 P. 1:23).

Es un *nuevo* nacimiento (Jn. 3:3, 5). La persona viene a ser hijo de Dios (Jn. 1:12-13).

Una vez que tome lugar un nacimiento, es para siempre. Nada jamás lo podrá deshacer.^{xxxviii} Yo nací hijo de William y Jessie MacDonald. Podría causarles vergüenza, rechazarles y en algunos lugares ridículos aun “divorciarles”. Pero queda obstinadamente la verdad: soy su hijo. Ellos siempre serán mis padres.

Volviendo a la ilustración del perro y la puerca, estos animales inmundos nunca vinieron a ser ovejas (animales limpios). Cuando uno es regenerado, viene a ser oveja de Cristo. Y debido a esto, nunca perecerá (Jn. 10:28). Es un nacimiento que jamás puede ser deshecho.

Hay una diferencia entre un cristiano nominal y uno verdadero. Cuando alguien nace de nuevo, viene a ser nueva criatura en Cristo Jesús. Experimenta vida nueva, la vida de Cristo en él. No cabe duda. El Señor Jesucristo hace una diferencia cuando entra en alguien. La persona cuya vida es lo que siempre ha sido, no es cristiana. El creyente tiene nuevos amores, nuevos motivos, nuevas ambiciones y un nuevo estilo de vida. Vamos a apuntar algunas de las cosas que caracterizan a uno que es hijo de Dios.

Niega cualquier mérito personal. Si le preguntas si es salvo, probablemente contestará: “Sí, pero sólo por la gracia de Dios”.

Tiene un nuevo amor hacia Dios. Antes de su conversión, era hostil hacia el Señor, o indiferente, o le toleraba, o le temía. Pero ahora instintivamente le llama “Padre” (Gá. 4:6). El cambio está claro.

Tiene una determinación santa a restituir los males del pasado: hurtos, mentiras, infracciones de la ley y otros males (Lc. 19:8).

Tiene una compulsión interna a confesar al Salvador ante sus parientes y amigos (Ro. 10:9). Naturalmente hablando, puede que sea una persona tímida, pero es impulsado a proclamar al Señor Jesucristo. En obediencia a Cristo, le confiesa por medio del bautismo.

La oración le viene a ser parte vital de la vida, como lo es el tubo de aire a un buceador en las profundidades del mar (Gá. 4:6; 1 Jn. 5:14-15; Hch. 9:11). Aun sin ser enseñado, instintivamente reconoce la necesidad de hablar con su Dios y Padre.

Y la Biblia ocupa un lugar en su vida que jamás ocupó antes. Lo que la comida es a su cuerpo, la Biblia es a su alma (Sal. 119:162; 1 P. 2:2). En las Escrituras escucha a su Padre hablándole y desea nada más que obedecerle (1 Jn. 2:3-6, 17; 5:2; Jn. 14:15).

Pronto decide que *tiene que deshacerse de la parafernalia de su vida de antes* (Hch. 19:19). Pueden ser drogas y sustancias adictivas, material pornográfico, música cuestionable, artículos de ocultismo, etc. ¡Fuera con todo ello!

Porque ama al Señor, desea servirle. Es impulsado por las misericordias de Dios, el amor de Cristo, la brevedad del tiempo y el temor de malgastar su vida en cosas triviales.

Tiene un amor nuevo hacia los cristianos (1 Jn. 3:11, 14; 5:1). Antes de conocer al Señor, a lo mejor los miraba por encima del hombro, como raros y fuera de contacto con la realidad. Pero ahora son “su pueblo”: “*los santos que están en la tierra, y para los íntegros es toda mi complacencia*” (Sal. 16:3).

Tiene un nuevo amor hacia el mundo de la humanidad perdida (Ro. 1:14; Hch. 4:20). Cuando comienza a ver a los demás como personas por quienes Cristo murió, empieza a darse cuenta de un inmenso sentido de obligación a ganarlas para el Salvador. Aunque no sean amables, sí, y aunque manifiestan profundo odio, él desea su eterna salvación.

En ningún lugar es más manifiesto el cambio en la vida del nuevo creyente que en su relación con el pecado. Aunque todavía cometa actos de pecado, *ya no es esclavo del pecado*. El pecado no tiene dominio sobre él (Ro. 6:14). No es sin pecado, pero peca menos. Ha sido librado de la práctica del pecado (1 Jn. 5:18).

Todo verdadero creyente tiene un amor innato de santidad y un odio innato de pecado (1 Jn. 3:8-9; Sal. 97:10). Ya no puede pecar y sentirse cómodo. Cuando peque, sentirá una culpa y convicción más profundas que nunca (Ro. 7:14-25). Ahora reconoce que está pecando

contra la gracia. No sólo está quebrantando la ley de Dios; está quebrantando Su corazón. Y así es que tiene prisa para confesar su pecado y apropiarse el perdón del Padre.

Con el paso del tiempo, aparecen otras evidencias de vida nueva. Practica justicia (1 Jn. 2:29; 3:7, 10). Ahora tiene una conciencia tierna que rehúsa jugar sucio, mentir, hurtar o involucrarse en prácticas no éticas. El fruto del Espíritu se manifiesta: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza (Gá. 5:22-23). Se hace adicto de buenas obras para que pueda adornar la doctrina de Dios su Salvador (Ef. 2:10; Stg. 2:14-26; Tit. 2:7-10).

Más y más reconoce que el sistema del mundo está opuesto a Cristo y los valores cristianos (Jn. 15:18). Ya no puede sentirse como en su hogar en las fiestas mundanas o en grupos y situaciones donde el nombre de Cristo no tiene bienvenida. Está *en el mundo* como testigo para Cristo, pero *no es del mundo* en sus lujurias y orgullo (Jn. 17:16). Se encuentra moviéndose a una vida de separación del mundo y a Dios (1 Jn. 2:15-17).

Una de las marcas de la vida nueva que reconoce un nuevo hijo de Dios es que *ya no teme la muerte*. Naturalmente no le gusta la idea de una muerte angustiosa, pero el morir ya no tiene terror para él.

Puede que algún lector piense que esto es un gran peso para poner sobre un nuevo creyente. Pero pensar así está fuera de lugar. Éstas son maneras en que la vida de Cristo se revela en una persona que ha sido convertida genuinamente. Nadie hace estas cosas con su propia fuerza. Esto sí que sería demasiado. Es investido de poder por el Espíritu Santo. Y estas cosas no descenden sobre una persona sin que esté ella involucrada; nuestra cooperación con Dios es necesaria, pero es secundaria. El verdadero poder que lo impulsa todo es Cristo que mora en nosotros.

¿CONDICIÓN O CRITERIO?

Algunas de las cláusulas comenzando con “si” en el Nuevo Testamento son leña para los fuegos de los que enseñan la salvación condicional. Citan estos pasajes como si fueran prueba indisputable de que nuestra salvación final depende de si nosotros permanecemos, estamos firmes, seguimos en la fe o perseveramos.

Se les olvida que estas cláusulas condicionales son criterio o características de personas salvadas, no condiciones para salvación. Describen rasgos de todos los que han nacido de nuevo. Vamos a mirar dos pasajes en particular.

“Además os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis; por el cual asimismo, si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creísteis en vano” (1 Co. 15:1-2).

Los corintios eran verdaderamente salvos si retenían el evangelio que Pablo les había predicado: un evangelio que incluía la resurrección. De otra manera, habían creído en vano.

Pero, ¿por qué dijo esto a los que ya eran cristianos? Porque sabía que había algunos en la asamblea cuya salvación era cuestionable. Algunos incluso llegaron a negar la resurrección de Cristo. Es a ellos que él dice: “Sois salvos porque creísteis el verdadero evangelio, pero si realmente sois salvos, lo demostraréis reteniendo firme la palabra que os he predicado”. Retener firme es el fruto de una vida nueva, no un medio de perseverar en la vida. Sólo hay un verdadero evangelio (vv. 2-4). Creer en cualquier otro camino de salvación es creer en vano. Si se omite la resurrección, como algunos hacían, entonces tu fe es fútil y todavía estás en tus pecados (v. 17).

No puede enfatizarse demasiado que el momento que hagas la salvación final depender en parte de algo de mérito que debes hacer, niegas que la salvación es por gracia. La gracia es un regalo, no una deuda. Es un pacto incondicional que anuncia lo que Dios hará, no lo que debemos hacer.

A menos que Dios haga toda la obra de salvar, nunca podremos estar seguros del cielo, porque por nosotros mismos somos débiles, pecaminosos y no dignos. Aun si Dios nos llevara a la puerta del cielo y nos dijera que tenemos que pasar el umbral de la puerta por nuestra propia fuerza o virtud, nunca llegaríamos.

Si argumentan que el verbo “salvos” en versículo 2 está en el tiempo presente y puede significar “estáis siendo salvos”, esto no cambia la conclusión.

Como ya ha sido mencionado, la salvación tiene tres tiempos: pasado, presente y futuro. *Fuimos salvos* de la paga del pecado. *Estamos siendo salvos* del poder del pecado. *Seremos salvos* de la presencia del pecado. Lo primero es justificación, lo segundo es santificación y lo tercero es glorificación.

Pablo está diciendo a los corintios que si el mensaje que creyeron y todavía creen no incluye la resurrección de Cristo, habían creído en vano. Pero es imposible creer en vano el verdadero evangelio.

Algunos protagonistas de la doctrina de “caer de la gracia” tratan la salvación como condicionada sobre nuestros sufrimientos en esta vida, basándose en Romanos 8:17.

“Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados” (Ro. 8:17).

En Romanos 8 Pablo distingue entre creyentes e incrédulos en base a su relación con el Espíritu Santo. No está contrastando los miembros espirituales y no tan espirituales del cuerpo de Cristo. Esto se ve en la siguiente diagrama.

	INCRÉDULOS	CREYENTES
versículo 5	Los que viven según la carne	Los que viven según el Espíritu
versículo 6	Los que se ocupan de la carne	Los que se ocupan del Espíritu
versículos 8-9	Los que están en la carne	Los que están en el Espíritu
versículos 9-10	Los que no tienen el Espíritu de Cristo	Los que tienen a Cristo en ellos
versículo 13	Los que viven según la carne	Los que por el Espíritu hacen morir las obras de la carne
versículo 14		Los que son guiados por el Espíritu
versículo 15	Los que tienen el espíritu de esclavitud para estar en temor	Los que han recibido el Espíritu de adopción
versículo 17		Los hijos de Dios, herederos de Dios y coherederos con Cristo

Cuando el apóstol dice en el versículo 17: “...*si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados*”, no describe un círculo élite e interior de cristianos especiales, sino a todos los hijos de Dios. Dos cosas son ciertas para todos ellos: sufrimiento y gloria. Todos los que son justificados serán glorificados (Ro. 8:30), pero el padecimiento viene antes de la gloria. En los versículos que siguen nos recuerda que todos sufren: “*toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora... Nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción*”. Todos los hijos de Dios sufren.

Otra cláusula condicional (“si”) empleada por los arminianos es Colosenses 1:23

“Si en verdad permanecéis fundados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del evangelio que habéis oído, el cual se predica en toda la creación que está debajo del cielo; del cual yo Pablo fui hecho ministro”.

Aquí la cuestión gira en torno a las palabras: “*si en verdad permanecéis fundados y firmes en la fe*”. ¿Significan que nuestra salvación final depende de nuestra permanencia fiel, de nuestro no movernos de la esperanza del evangelio? ¿O es el pensamiento aquí que demostramos que nuestra fe es genuina cuando vivimos así?

La segunda explicación es la correcta. Un verdadero hijo de Dios permanece en la fe, no para retener su salvación, sino como fruto de la vida nueva. No es una obra de mérito, sino la manifestación de la vida de Cristo en él. Es cuestión de criterio, no de condición. Así que, el pasaje también es bueno para los cristianos nominales y para los verdaderos. A los primeros les para y les expone, haciéndoles darse cuenta de que necesitan una verdadera obra de gracia en sus vidas. Y estimula a los verdaderos hijos de Dios a proseguir la meta y el galardón. Arthur Pridham lo expresa bien:

“Al estudiar cuidadosamente la Palabra, el lector hallará que es el hábito del Espíritu acompañar Sus declaraciones absolutas de gracia con advertencias que

implican un fracaso ruinoso de parte de aquellos que están nominalmente en la fe...Son advertencias que retiñan e irritan los oídos de los que insinceramente profesan, pero son tomadas voluntariamente como medicina por el alma piadosa...El propósito de toda enseñanza así es animar la fe, y condenar por anticipado a los profesantes descuidados y confiados”.^{xxxix}

O como otro ha dicho, estas expresiones en las Escrituras que comienzan con “si” contemplan a los cristianos profesantes en el mundo, y vienen al alma como pruebas saludables”.

¿RESCATE TEMPORAL O SALVACIÓN ETERNA?

Los que buscan desacreditar la seguridad eterna a veces fallan al no reconocer que la palabra “salvar” y otras palabras relacionadas con ella tienen una variedad de significados.

Salvar describe la obra de Cristo en salvar a la gente de sus pecados. En este caso, Él les libra de eterna condenación. Éste es el aspecto de la salvación con la que estamos más familiarizados, y tendemos a importar este sentido dondequiera que veamos la palabra.

Pero salvación también puede significar ser suelto de prisión (Fil. 1:19 “*liberación*”), ser rescatado de muerte en el agua (Hch. 27:30-31), ser librado de peligro (Mt. 8:25) y de enfermedad (Mt. 9:22). En breve, puede significar liberación de casi cualquier situación adversa en la vida.

Otro significado importante de la palabra salvar es librar de daño espiritual en esta vida. Toma 1 Timoteo 4:16, por ejemplo:

“Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren”.

Debe estar claro desde el principio que esto no puede significar la salvación del alma. Timoteo no podía salvarse de la ira de Dios y seguro que tampoco podía salvar así a otras personas. Pero si tenía cuidado de sí mismo y seguía en la sana doctrina, podía evitar las trampas espirituales y salvar a quienes recibieran su ministerio libre de errores y lapsos morales.

Otro ejemplo de esta forma de emplear la palabra está en Santiago 1:21.

“Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas”.

Santiago escribe a creyentes. No les dice cómo salvarse del infierno, porque ya son salvos así. Pero les exhorta a terminar con la vida que les caracterizaba en sus días de preconversión. Y les anima a obedecer la Palabra de Dios y así salvarse de un montón de problemas.

Es verdad que la Palabra es el instrumento que Dios usa para salvar nuestras almas de condenación eterna, pero esto no es el tema aquí. Santiago está hablando de santificación, no de regeneración. El tema es el tiempo presente de salvación, esto es, liberación del poder del pecado en la vida del creyente. Profunda sujeción a la Palabra de Dios salva al creyente de las consecuencias inevitables de estar fuera de comunión con el Señor.

La expresión “*salvar vuestras almas*” no significa salvar del infierno. En lugar de esto, el pensamiento aquí es salvar la vida de ser desperdiciada y arruinada.

Es también el pensamiento en Santiago 5:19-20.

“Hermanos, si alguno de entre vosotros se ha extraviado de la verdad, y alguno le hace volver, sepa que el que haga volver al pecador del error de su camino, salvará de muerte un alma, y cubrirá multitud de pecados”.

Aquí tenemos el caso de uno que se ha alejado del Señor, una persona que ha divagado de la verdad. Ya no anda en comunión con el Señor. Se ha desviado del camino de su deber. Un hermano cristiano se involucra en el ministerio de restaurarle y consigue

volverle del error de sus caminos.

Dos resultados dramáticos siguen. Primero, el pastor salva de muerte a un alma. Aquí, como frecuentemente en el uso judío, *alma* es sinónimo para persona. Pero, ¿cómo salva de muerte a alguien? No puede significar muerte eterna porque salvación de ella sólo es obtenida por arrepentimiento hacia Dios y fe en el Señor Jesucristo. No menciona aquí el evangelio. Entonces, ¿cómo salva de muerte al creyente que peca? Haciéndole volver del error de su camino. Si Santiago hubiera querido decir eterna salvación, entonces sería salvación por reformatión, la cual es totalmente contraria a la salvación por la gracia.

Esto deja una pregunta. ¿Qué quiere decir “*muerte*”? Es una muerte viviente, una existencia de miseria, culpa e inquietud que acompaña el alejamiento. David la describió con viveza en el Salmo 32.

“Mientras callé, se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día. Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano; se volvió mi verdor en sequedades de verano” (Sal. 32:3-4).

Por supuesto, en este pasaje muerte también podría referirse al juicio de Dios sobre un creyente que sigue en pecado sin confesarlo (1 Co. 11:30). Pero esto es excepcional, mientras que la explicación anterior es inevitable.

Otro significado relacionado con *salvación* trata el tema de liberación de problemas en esta vida. Toma Filipenses 2:12 por ejemplo.

“Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor”.

Hay una secuencia definida en el pensamiento en este capítulo, y para comprender el versículo 12 debemos repasar esta continuidad:

Hubo un problema en la asamblea en Filipos; algunos creyentes no se llevaban bien con otros (vv. 1-2; ver también 4:2).

La forma de tratar este problema es pensar en otros, no en uno mismo: estimar a los demás como mejores que uno mismo (v. 3b); mirar por los intereses de los demás (v. 4b). La palabra clave es “*otros*”.

El Señor Jesús es el ejemplo principal de Uno que vivía para otros; debemos seguir Su ejemplo (v. 5). Él se humilló a sí mismo hasta el punto de morir por ellos en la cruz (vv. 6-8).

Dios le honró con el Nombre que es sobre todo otro nombre, y con la promesa de dominio universal (vv. 9-11).

Es en este punto que Pablo dice: “*Por tanto, amados míos...ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor*” (v.12). En otras palabras: “He diagnosticado vuestro problema. He dado la solución. Ahora, ocupaos en la solución de vuestro problema con un temor reverente de no querer desagradar al Señor”. En este versículo salvación significa liberación temporal del problema de falta de unidad en la iglesia. No tiene nada que ver con la salvación del alma.

Admito que ésta no es la interpretación más común del versículo. Normalmente los creyentes explican su significado así: Cuando Dios te salva, pone vida eterna en ti, pero entonces debes ocuparte en ella, esto es, manifestarla en una vida de santidad práctica. Pero a mí me parece que esto introduce un pensamiento que es ajeno al contexto. El apóstol no ha estado hablando de la salvación eterna del alma.

Pero esto deja una pregunta. “¿Por qué los partidarios de la salvación condicional emplean Filipenses 2:12 para fortalecer su caso?” Uno de los principales entre ellos explica:

“El mandamiento “ocupaos en vuestra salvación” muestra que el hombre tiene una responsabilidad en su salvación”. La iniciativa no está enteramente en el lado de Dios. La presunción parece ser que si el hombre no hace su parte, perderá su salvación.

Esto es un ejemplo de lo que sucede si no distinguimos entre liberación temporal y salvación eterna.

Otro ejemplo está en 1 Timoteo 2:15.

“Pero se salvará engendrando hijos, si permaneciere en fe, amor y santificación, con modestia”.

Debemos mencionar al principio que hay varias interpretaciones distintas de este versículo en círculos cristianos.

Algunos lo ven como una promesa de partos sanos si los padres viven como los creyentes deben. El problema con este punto de vista es que muchas piadosas mujeres cristianas han tenido abortos naturales y niños que han nacido muertos, y también muchas madres, especialmente en el pasado, murieron en el parto.

Algunos lo relacionan con el nacimiento del Señor Jesús quien es nuestro Salvador. Pero puesto que todos los creyentes son salvos por medio de Él, parece demasiado obvio señalar a las madres aquí.

Otros sugieren que una mujer es salvada de la corrupción de la sociedad si es una madre y ama de casa. Hay una medida de verdad en esto.

Para llegar a una interpretación más, de nuevo apelamos al contexto. Pablo está dando instrucciones acerca de las reuniones de creyentes. La oración audible en las reuniones de la asamblea es ministerio de los hombres, esto es, los varones.^{xi} Las mujeres deben vestirse con modestia, aprender en silencio, abstenerse de enseñar a los hombres y evitar ejercer autoridad sobre los hombres. Para demostrar que esto no es un asunto cultural, Pablo vuelve al orden de la creación: Adán primero, luego Eva. Y vuelve al tema del liderazgo del hombre: el hombre como cabeza. Eva violó esto porque no consultó a su marido. Fue engañada y trajo consecuencias incontables de pecado al mundo.

Ahora bien, esto puede crear la impresión de que la mujer es reducida a un estado de ni ser persona. No tiene posición de importancia en la iglesia. No es así, dice el apóstol. Ella tiene el privilegio de levantar hijos piadosos para la continuación de la iglesia. ¿Quién puede decir que esta responsabilidad no es más importante que las de los varones? ¿No es verdad que la mano que mueve la cuna gobierna el mundo?

Así que, el versículo que habla de la mujer salvándose engendrando hijos, claramente puede estar hablando de *la salvación de su posición en la iglesia*. El papel de ser madre le salva de pensar que es subestimada. ¡Ella es de importancia crucial!

Pero hay una condición añadida: *“si permaneciere [las madres]^{xii} en fe, amor y santificación, con modestia”*. Su habilidad de criar hijos piadosos y líderes espirituales para la iglesia depende mucho de si ella sabe vivir correctamente en el hogar y poner un ejemplo piadoso.

Debe estar claro que esta frase condicional no se refiere a la salvación eterna. En lugar de esto, se trata de aclarar cualquier idea de que una mujer no ocupa un lugar importante en la iglesia. Además, la idea de engendrar hijos como modo de salvación del alma es algo extraño y totalmente opuesto a la salvación por la gracia, por medio de la fe, obras aparte.

¿MUERTE LITERAL O FIGURADA?

Si entendemos las diferentes clases de muerte que están en el Nuevo Testamento, nos ayudará a entender versículos que parecen apoyar la salvación condicional.

En primer lugar, está la *muerte física*, la separación del espíritu del cuerpo. Santiago dice: “*el cuerpo sin el espíritu está muerto*”. Aquí la muerte se refiere al cuerpo y no al espíritu. El espíritu es inmortal.

Luego está la *muerte espiritual*. Las personas no salvas están muertas en transgresiones y pecados (Ef. 2:1, 5). Esto no significa que sus espíritus estén muertos. Significa que ellos están muertos con respecto a Dios.

La muerte eterna es también llamada *la segunda muerte* (Ap. 20:14). Es el destino de todos los incrédulos, en el lago de fuego.

Y la muerte puede ser una forma figurada de hablar para describir a uno que se ha alejado del Señor. Significa que un creyente se ha enfriado. Está en una condición espiritual en que no responde, y le falta actividad espiritual.

Éste fue el caso con los santos en Sardis. El Señor les dijo: “*Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto*” (Ap. 3:1). Estaban física y espiritualmente vivos, pero en lo referente a sus obras, estaban muertos. Observa: “*Yo conozco tus obras...estás muerto*”. Y de nuevo en el versículo 2: “*...no he hallado tus obras perfectas delante de Dios*”.

Tenemos un uso similar de la palabra *muerta* en 1 Timoteo 5:3-6.

“Honra a las viudas que en verdad lo son. Pero si alguna viuda tiene hijos, o nietos, aprendan éstos primero a ser piadosos para con su propia familia, y a recompensar a sus padres; porque esto es lo bueno y agradable delante de Dios. Mas la que en verdad es viuda y ha quedado sola, espera en Dios, y es diligente en súplicas y oraciones noche y día. Pero la que se entrega a los placeres, viviendo está muerta”.

Podría ser, por supuesto, que la viuda del versículo 6 sólo fuera una cristiana nominal. Pero no es necesariamente así. Pablo la está contrastando con una viuda que confía en Dios y continúa en súplicas y oraciones día y noche. La viuda del versículo 6 está muerta a este tipo de vida. Vive en los placeres. Quizá es como aquellas en el versículo 11, “*impulsadas por sus deseos, se rebelan contra Cristo, quieren casarse*”. En su obsesión con encontrar marido, se olvida de sus deberes en casa, descuida la Biblia y la oración, va de un lugar a otro y se vuelve entrometida. Mirándola desde afuera, aparentemente está muerta a su primera fe.

¿RECOMPENSA O RUINA?

En Su plan maravilloso de redención, Dios ha hecho las siguientes conexiones:

Fe → Salvación
Obras → Galardón

Las recompensas se ganan, pero no la salvación.

Fallando en la comprensión de esto, los que favorecen la doctrina de salvación condicional han sacado conclusiones falsas. Por ejemplo, citan 1 Corintios 9:24-27, intentando probar que Pablo podía haber venido a ser eliminado^{xlii}, esto es, del cielo.

“¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, pero uno sólo se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis. Todo aquel que lucha, de todo se abstiene; ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible. Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien golpea el aire, sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado” (1 Co. 9:24-27).

Nota las referencias del apóstol a “premio” y “corona” (vv. 24-25). Éstas aclaran que el contexto es servicio y recompensa. Pablo corre con propósito, concentración y disciplina en su vida de servicio para ganar una corona incorruptible. Si no emplea todas sus fuerzas, reconoce que podría ser descalificado como siervo del Señor. Esto no puede significar ser descalificado del cielo porque la aptitud del creyente para el cielo se halla en Cristo y no en uno mismo. Es en Cristo que somos aceptos (Ef. 1:6). En Él estamos completos (Col. 2:10). Pero podemos ser marginados en lo referente al servicio si no observamos los reglamentos del entrenamiento y las normas de la carrera.

Un segundo pasaje que se usa para apoyar la seguridad condicional es Gálatas 6:7-9.

“No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna. No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos”.

Estos versículos claramente tienen que ver con nuestra mayordomía del dinero y otros bienes materiales. Nos anima a ser generosos y hacer cuanto bien podamos. Cuando Pablo dice: “...todo lo que el hombre sembrare, eso también segará”, no está pensando en pecados y castigo eterno (aunque esto también es verdad). En lugar de esto, le preocupa lo que hacemos con nuestro *dinero*.

El que siembra para la carne es el cristiano que usa sus bienes materiales para sí mismo y sus propios intereses y gustos. Piensa en su cuerpo y lo favorece. Al final de su vida, el cuerpo para el cual vivía se volverá al polvo. Esta persona tendrá una cosecha de corrupción.

El que siembra para el Espíritu es el creyente que es un mayordomo fiel, viviendo una vida de sacrificio para que avance el evangelio. Cosecha vida eterna mediante el ministerio

del Espíritu. Pero, ¿significa esto que pueda comprar vida eterna con su dinero? No puede significar esto. La salvación no puede ser comprada, ganada o merecida. Pero el que generosamente apoya la obra del Señor y Sus obreros, recogerá una cosecha de mayor disfrute de la vida eterna, mayores recompensas en el cielo, y una capacidad mayor para disfrutar el cielo.

Siempre hay un intervalo entre sembrar y cosechar, así que debemos ser incansables en hacer bien, estando seguros de que al final tendremos recompensa.

A continuación tenemos otro pasaje tomado erróneamente como refiriéndose a la salvación:

“Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús” (Fil. 3:13-14).

De nuevo el apóstol se compara a un atleta en una carrera. La meta es conformidad a Cristo (vv. 10-11). Todavía no lo ha alcanzado, pero con propósito único (“una cosa hago”) prosigue a la meta, al premio. El “supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús” es el cumplimiento de los propósitos que Dios tenía para él cuando le salvó.

Es un trastorno al pasaje verlo como enseñando que la salvación es un premio por haber corrido fielmente la carrera. La salvación no es un premio a ganar, sino un regalo para aceptar.

Ahora vamos a Colosenses 2:18-19, versículos que supuestamente enseñan que la salvación puede perderse:

“Nadie os prive de vuestro premio, afectando humildad y culto a los ángeles, entremetiéndose en lo que no ha visto, vanamente hinchado por su propia mente carnal, y no asiéndose de la Cabeza, en virtud de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios”.

La palabra “premio” en el versículo 18 debe advertirnos que no se trata de salvación. No es cuestión de perder la salvación, sino de perder su premio. Pablo advierte a los colosenses acerca de novedades espirituales. La preocupación con el legalismo, misticismo o ascetismo quita nuestra atención de Cristo, la Cabeza, quien es fuente de crecimiento espiritual. Los creyentes que se desvían de esta forma no crecen como deben y pierden su premio.

“Vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Pero el que no tiene estas cosas tiene la vista muy corta; es ciego, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados. Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás. Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 P. 1:5-11).

Alegan que los versículos 10 y 11 apoyan la salvación condicional, pero primero vamos a examinar las Escrituras que vienen justo antes de ellos. Los versículos 5-7 son una exhortación al desarrollo del carácter cristiano. Desarrollando estas gracias en nuestras vidas, somos salvados de estar ociosos, sin fruto, ciegos ni olvidadizos de qué hemos sido salvados.

Con esta introducción, Pedro nos anima a hacer firme nuestro llamamiento y elección. En un sentido, ya son firmes porque Dios los afirma. Fuimos escogidos en Cristo antes de la fundación del mundo (Ef. 1:4), y llamados por el evangelio para pertenecerle. Pero por el desarrollo de un carácter espiritual y maduro, demostramos a nosotros mismos y especialmente a otros la realidad de nuestra elección y llamamiento. Se trata de una confirmación visible. Y este crecimiento espiritual nos guardará de tropezar. Aquí no es cuestión de perder la salvación, sino de tropezar espiritualmente, algo de lo cual por supuesto uno puede recuperarse.

Debemos tener cuidado de leer con precisión el versículo 11. No dice: “Porque de esta manera os será otorgada entrada en el reino eterno...” ¡No omitamos las palabras “*amplia y generosa*”! Entramos al reino al nacer de nuevo (Jn. 3:5). Pero la abundancia de nuestra entrada es determinada por la medida en que desarrollamos las gracias cristianas en nuestra vida. Pedro no está hablando del camino de salvación, sino de las recompensas de una vida piadosa. ¡Desea que entremos aquel día en el reino con honores!

Es sorprendente saber que los que creen que se puede perder la salvación emplean 2 Juan 8 para hablar de esto.

“Tened cuidado para que no perdáis lo que hemos logrado, sino que recibamos abundante recompensa”.

Según estas versiones (Versión Autorizada “King James” en inglés, “New King James Version”, y la versión traducida al inglés por Darby), Juan está diciendo: “Vosotros los cristianos, mirad por vosotros mismos, para que nosotros (los apóstoles) no perdamos las cosas por las que habíamos trabajado, sino que recibamos una recompensa completa”.

La Reina Valera coincide con la Nueva Versión Internacional, la cual sigue el texto griego de Nestle-Sociedades Bíblicas Unidas: “*Mirad por vosotros mismos, para que no perdáis el fruto de vuestro trabajo, sino que recibáis galardón completo*”.

En cualquier caso, no es cuestión de perder la salvación. No trabajamos para ella. Es cuestión de ganar una recompensa completa.

A continuación trataremos otros pasajes empleados por los que niegan la seguridad eterna. El primero es Apocalipsis 2:10-11.

“No temas en nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. El que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte”.

En el versículo 10, la corona de vida es prometida a los que sean fieles hasta la muerte. Nuestros amigos de la doctrina de “caerse de la gracia” hacen la corona de vida equivalente a la vida eterna. Dicen que es para los que siguen creyendo hasta el fin de sus vidas. Así es su argumento.

Pero apelamos al *contexto* para el verdadero sentido. La primera parte del versículo habla del sufrimiento terrible que los santos en Esmirna tendrían que soportar. Tendrían prisión, pruebas y tribulación. Algunos aun tendrían que morir por la fe. A ellos se les daría la corona de los mártires: la corona de vida.

En el versículo 11, el Señor promete que los vencedores no serán dañados por la segunda muerte. Los que enseñan la salvación condicional alegan que el que venciere es el que cree y sigue creyendo. El apóstol Juan dice que significa uno que cree que Jesucristo es el Hijo de Dios (1 Jn. 5:5). (Esto se trata más a fondo en el siguiente capítulo.) La muerte segunda es el destino sólo de los incrédulos.

Ahora consideraremos un pasaje más donde se confunden a menudo la salvación y las recompensas:

“Yo conozco tus obras; he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar; porque aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre. He aquí, yo entrego de la sinagoga de Satanás a los que se dicen ser judíos y no lo son, sino que mienten; he aquí, yo haré que vengan y se postren a tus pies, y reconozcan que yo te he amado. Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra. He aquí, yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona. Al que venciere, yo lo haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá de allí; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual desciende del cielo, de mi Dios, y mi nombre nuevo” (Ap. 3:8-12).

La palabra “obras” al principio del versículo 8 señala que Juan está hablando de recompensas. La recompensa para Filadelfia por guardar la Palabra de Cristo y no negar Su nombre sería que sus enemigos se doblarían ante sus pies y reconocerían que son Sus santos queridos. Porque habían guardado Su mandamiento de perseverar, Él les guardará del periodo de la Tribulación. Hasta que Él venga, ellos deben retener firme lo que tenían para que nadie tomara su corona (no su salvación sino su *corona*). El premio para los que vencieren será el ser hechos columnas en el templo de Dios. Y sobre ellos estará escrito el nombre de Dios, y de la ciudad de Dios, la nueva Jerusalén y el nombre nuevo de Cristo.

Todos estos honores son por fidelidad en la vida y el servicio, pero no son medios para obtener salvación. Obras que permanecen serán recompensadas. Las demás serán quemadas, y el siervo sufrirá pérdida, pero él mismo será salvo (1 Co. 3:14-15).

¿VENCEDORES O VENCIDOS?

Uno de los versículos problemáticos en conexión con la cuestión de seguridad eterna es Apocalipsis 3:5.

“El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles”.

Las palabras: “no borraré su nombre del libro de la vida” parecen implicar la posibilidad de borrar a aquellos que no vencieren. Al principio esto hace surgir dos preguntas: “¿Qué es un vencedor?” y “¿Qué es el libro de la vida?”

La definición básica del vencedor se halla en 1 Juan 5:4-5, es uno que vence al mundo.

“Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y ésta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?”

En estos versículos los vencedores son los que han nacido de Dios, los que creen que Jesús es el Hijo de Dios: en otras palabras, creyentes genuinos.

Estos versículos en 1 Juan 5 a veces son empleados para apoyar el punto de vista condicional. No veo aquí nada para sustanciar esto, a menos que apelen al tiempo presente de la palabra “creer” e insistan que significa acción continua. En otras palabras, el que vence al mundo debe creer y seguir creyendo. Y sigue necesariamente que uno es nacido de Dios solamente mientras persista creyendo.^{xliii}

Según esta idea, uno puede nacer de Dios, y luego llegar a deshacer ese nacimiento (idea extraña), y entonces puede renacer espiritualmente otra vez. Aparentemente no hay límite al número de veces que este ciclo puede repetirse. Es como si las Escrituras enseñaran: “Os es necesario nacer de nuevo, y de nuevo, y de nuevo”. La Biblia no contiene nada así.

Lo que los versículos *sí* enseñan es que la fe capacita al creyente nacido de nuevo para que venza al mundo, porque por ella él puede penetrar la superficie atractiva y ver la vanidad, darse cuenta de que es enemistad para con Dios y Su pueblo, y temer sus lisonjas pero no su desaprobación o ira. No espera que el mundo le trate mejor que trataba a su Señor.

Un santo genuino sigue creyendo, no como condición de salvación sino como rasgo de su vida nueva. Tres veces el apóstol Juan se dirige a los hombres jóvenes en la familia de Dios como los que han vencido al maligno (1 Jn. 2:13-14; 4:4a). Pero no lo hicieron en su propia fuerza, sino por el poder de Aquel que mora en ellos (1 Jn. 4:4b).

Volvemos ahora a nuestro texto original en Apocalipsis. Notemos las promesas que se hacen al vencedor, aquí y en otros lugares en el libro: comerá del árbol de vida (2:7). No será dañado por la segunda muerte (2:11). (Puesto que la segunda muerte es el lago de fuego, y sólo los incrédulos serán dañados por la segunda muerte (Ap. 20:14), todo vencedor es un verdadero hijo de Dios.) Comerá del mana escondido (2:17). Se le dará poder sobre las naciones (2:26). Será vestido con vestiduras blancas (3:5a). Será hecho columna en el templo de Dios (3:12). Se sentará con Cristo en Su trono (3:21). Heredará todas las cosas, y Dios será su Padre, y él será Su hijo (21:7).

Tomando todos estos pasajes juntos, no solamente aprendemos que todos los vencedores son creyentes, sino que también todos los creyentes son considerados vencedores.

John MacArthur explica: “El que venciere” y las expresiones paralelas son comunes en los escritos de Juan. El apóstol Juan sencillamente emplea el concepto del vencedor como sinónimo del creyente. Por su definición, todos los cristianos son al final vencedores... Por lo tanto, no existe semejante cosa como un creyente que no sea vencedor en este sentido”.^{xliv}

Ahora consideremos lo del libro de la vida. Los nombres de los colaboradores de Pablo están en el libro de la vida (Fil. 4:3). Los nombres de los que adoran a la bestia del mar no han sido escritos en el libro de la vida del cordero (Ap. 13:8). Los que no están registrados en el libro de la vida son lanzados al lago de fuego (Ap. 20:15). Sólo aquellos cuyos nombres están inscritos en el libro de la vida del Cordero entrarán en la nueva Jerusalén (Ap. 21:27).

Tomando todos estos juntos, es obvio que el libro de la vida es un registro de todos los redimidos. (En algunas versiones de la Biblia, como la Reina Valera, el libro de la vida se menciona en Apocalipsis 22:19, pero otros manuscritos considerados más auténticos tienen “árbol de vida” en este versículo.)

Así que, ahora volvemos al problema básico: el Señor dice en Apocalipsis 3:5 que no borrará los nombres de los vencedores del libro de la vida. ¿Implica esto que los nombres de algunos creyentes podrían ser borrados?

En primer lugar, no debemos construir una doctrina sobre lo que *podría parecer una implicación*. Es mejor tomar afirmaciones directas y llanas.

En segundo lugar, debemos saber que lo inverso de una afirmación no es necesariamente implicado ni verdad. Por ejemplo, yo podría decir: “Si estoy en Jerusalén, entonces, sé que estoy en Israel”. Lo inverso sería: “Si no estoy en Jerusalén, entonces sé que no estoy en Israel”. Esto no es verdad. Podría estar en Haifa o Tel Aviv.

Realmente, la promesa del Señor de que no borraría los nombres de los creyentes es una promesa de su seguridad eterna. Si Él no borra sus nombres, entonces siguen estando en el libro de la vida. En lugar de tomar Sus palabras como una posibilidad siniestra, es mejor tomarlas como una afirmación positiva de lo que Él no hará.

“Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte” (Ap. 12:11).

Esto describe a los santos del periodo de la Tribulación que fueron amenazados con muerte si no se retractaban de su fe en Cristo. Habían vencido al diablo por la sangre del Cordero. La sangre vertida de Cristo contestó toda acusación que Satanás podía traer contra ellos. Y habían vencido por la palabra de su testimonio: no retirarían su confesión de Cristo, aunque significara morir como mártires. *“Y menospreciaron sus vidas hasta la muerte”*. Es difícil ver cómo este versículo apoya la salvación condicional, sin embargo es usado a veces con esa intención.

Apocalipsis 17.14 contiene la palabra “vencer”, pero esta vez se refiere al Señor:

“Pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque él es Señor de señores y Rey de reyes; y los que están con él son llamados y elegidos y fieles”.

Este versículo anticipa a Apocalipsis 19:19-21. En la segunda venida de Cristo, los diez reyes mencionados en los versículos 12 y 13 intentarán evitar que el Cordero tome dominio universal. Acompañado por todo el ejército celestial de los redimidos, Él los vencerá. Las palabras *“llamados y elegidos y fieles”* sólo pueden referirse a los santos. Aquí son santos que han venido del cielo con el Cordero (19:14; 21:2). Así que, no entra aquí ninguna cuestión de perder su salvación si no son fieles.

Consideremos un pasaje más acerca de vencer:

“El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo. Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda” (Ap. 21:7-8).

Sólo hay dos clases: los salvos y los perdidos. El versículo 7 describe a los salvos. Todos los demás (v. 8) están perdidos. No somos salvos porque vencemos. Vencemos porque somos salvos. El que venciere heredará todas las cosas; vida eterna está incluida en estas cosas. Dios llega a ser nuestro Padre y llegamos a ser Sus hijos cuando creemos en Cristo. Pero las palabras: *“Yo seré su Dios, y él será mi hijo”* describen una intimidad más profunda en la relación (ver 2 Co. 6:17-18).

¿CONTEXTO O PRETEXTO?

Una de las reglas básicas de interpretación es que un versículo o pasaje debe estudiarse en su contexto. Es por esto que decimos: “un texto sin un contexto es un pretexto”.

Tomemos lo siguiente como ejemplo:

“Vino el Espíritu de Dios sobre Azarías hijo de Obed, y salió al encuentro de Asa, y le dijo: Oídme, Asa y todo Judá y Benjamín: Jehová estará con vosotros, si vosotros estuviereis con él; y si le buscareis, será hallado de vosotros; mas si le dejareis, él también os dejará” (2 Cr. 15:1-2).

Estos versículos a veces son sacados de contexto para probar que el creyente está seguro eternamente sólo mientras busque al Señor, etc. Pero el pasaje no habla de la salvación del alma. ¡Asa y sus hombres estaban jubilosos sobre su recién victoria *militar*! Azarías les recuerda que la clave de la victoria era su fidelidad al Señor.

Ezequiel 33:7-8 también es tomado fuera de contexto para intentar apoyar la salvación condicional.

“A ti, pues, hijo de hombre, te he puesto por atalaya a la casa de Israel, y oirás la palabra de mi boca, y los amonestarás de mi parte. Cuando yo dijere al impío: Impío, de cierto morirás; si tú no hablases para que se guarde el impío de su camino, el impío morirá por su pecado, pero su sangre yo la demandaré de tu mano”.

Dios designó a Ezequiel como atalaya para advertir al pueblo de lo que pasaría cuando Él trajera la espada sobre la tierra (v. 2), en otras palabras, en tiempo de guerra. Los malos iban a morir (significando muerte física). No obstante, si el profeta advirtiera fielmente al pueblo, él no sería culpable de su muerte.

No hay sugerencia aquí de que un verdadero creyente pueda perderse después de haber creído. Esta idea es bien ajena al pasaje. El tema es la responsabilidad del atalaya para advertir a los malos. Si el malo no se arrepiente, viene a ser víctima de la guerra.

En Juan 15:1-8, el Señor Jesús dio Su mensaje clásico sobre la Vid verdadera y los pámpanos. Como explicamos en otro capítulo, los arminianos emplean los versículos 2 y 6 para apoyar la seguridad condicional. ¡Se les olvida que el tema del pasaje tiene que ver con fruto, no con salvación! Si pusieran esta llave en la puerta, las dificultades desaparecerían.

Pablo habló de la posibilidad de venir a ser “eliminado” o descalificado (1 Co. 9:27). Pero el contexto revela claramente que habla de servicio, no de vida eterna. Si uno no ve esto, entonces la salvación de Pablo parece depender de si él disciplinara a su cuerpo, y esto sería salvación por obras.

Al estudiar el libro de Hebreos, es importante ver que el contexto tiene que ver con apostasía, no con creyentes que se enfrían o se alejan del Señor. Un creyente fuera de comunión puede ser restaurado; esto es imposible para un apóstata.

En otros capítulos damos ejemplos adicionales de la importancia de interpretar un versículo a la luz de su contexto. Todos necesitamos obedecer esta regla cardinal de interpretación bíblica.

¿POSICIÓN O PRÁCTICA?

Algunos de los versículos que se emplean para atacar la seguridad eterna son aclarados cuando recordamos la distinción entre la *posición* del creyente y su *práctica*; entre *relación* y *comuni6n*.

Cuando se convierte un pecador, desde este momento Dios le ve en Cristo. Le acepta, no por lo que 6l es en s6, sino por lo que es en el Amado. Porque el creyente est6 en Cristo, est6 completo, esto es, no necesita nada m6s para hacerle apto para el cielo. Tiene una posici6n perfecta delante de Dios, no por ning6n m6rito suyo, sino solamente por los m6ritos de Cristo. Est6 tan cerca de Dios como Cristo, y tan amado por el Padre como Cristo.

Esta posici6n es alcanzada por la gracia por medio de la fe, aparte de obras de m6rito. Y una vez alcanzada, nunca puede ser perdida. Cristo tendr6a que perder Su posici6n de aceptaci6n delante de Dios antes de que el hijo de Dios pudiera perder la suya.

Pero luego est6 la pr6ctica del cristiano. Esto se refiere a su vida cotidiana. Como su posici6n es lo que 6l es en Cristo, su pr6ctica es lo que 6l es en s6. Es como si el Se6or dijera: "Mira, yo te he salvado por mi gracia. Ahora ve a vivir (con los recursos que te he dado) de manera digna de tu posici6n. Cuanto m6s sea esto verdad en tu vida, m6s recompensa te dar6".

Dios sabe que en esta vida nuestra pr6ctica nunca corresponder6 perfectamente a nuestra posici6n. Nunca igualar6 nuestra relaci6n con 6l hasta que veamos al Salvador y seamos como 6l. Pero es la voluntad de Dios que crezcamos en semejanza a Cristo mientras estemos en este mundo. Esto se conoce como santificaci6n progresiva.

Esto explica las muchas exhortaciones a santidad en el Nuevo Testamento. No son mandamientos con amenaza de pernici6n eterna. Al contrario, son instrucciones en justicia para aquellos que han sido salvados por la gracia. Son maneras pr6cticas de hacer armonizar nuestra pr6ctica con nuestra posici6n.

6ste es el m6todo de Dios para producir santidad. La gracia dice: "Te doy posici6n perfecta como don de gracia. Ahora, en amor al Salvador que muri6 para hacer esto posible, vive de manera digna de esta posici6n".

La ley, en cambio, dice: "Gana y guarda tu posici6n mediante hechos de m6rito (imposible), y si no, est6s perdido".

Veamos ahora c6mo esto aclara algunos de los pasajes dif6ciles.

"11 As6 tambi6n vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jes6s, Se6or nuestro. 12 No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedec6is en sus concupiscencias; 13 ni tampoco present6is vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. 14 Porque el pecado no se ense6orear6 de vosotros; pues no est6is bajo la ley, sino bajo la gracia. 15 6Qu6, pues? 6Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? En ninguna manera. 16 6No sab6is que si os somet6is a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedec6is, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia? 17 Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, hab6is obedecido de coraz6n a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; 18 y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia. 19 Hablo como humano, por vuestra humana debilidad; que as6 como para

iniquidad presentasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad, así ahora para santificación presentad vuestros miembros para servir a la justicia. 20 Porque cuando erais esclavos del pecado, erais libres acerca de la justicia. 21 ¿Pero qué fruto teníais de aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? Porque el fin de ellas es muerte. 22 Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna. 23 Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (Ro. 6:11-23).

En los primeros diez versículos de este capítulo, el apóstol Pablo ha estado hablando de nuestra posición. Hemos muerto al pecado (v. 2). Nuestro viejo hombre fue crucificado con Él (v. 6). Hemos sido librados del pecado como amo (v. 7). Porque hemos muerto con Cristo, también viviremos con Él (v. 8).

El resto del capítulo tiene que ver principalmente con nuestra práctica. Ya que morimos posicionalmente al pecado, debemos considerarnos muertos al pecado, esto es, respondiendo al pecado como respondería un muerto (v. 11). Ya que hemos sido librados del pecado como amo, debemos vivir como los que son esclavos de la justicia (vv. 13, 16).

Parece extraño que el último versículo de este capítulo sea empleado para apoyar la salvación condicional. El razonamiento va así: El capítulo obviamente fue escrito a cristianos. ¿Por qué advertiría Pablo que la paga del pecado es la muerte si ellos no podían perder su salvación y perecer?

¡Esto pierde totalmente la línea de enseñanza del apóstol! Ha estado contrastando lo que sus lectores eran antes de conversión, con lo que son ahora por la gracia. Eran esclavos del pecado; ahora son esclavos de la justicia. Eran esclavos de inmundicia y de injusticia que conducía a todavía más injusticia; ahora deben ser esclavos de la justicia para santidad. Eran esclavos del pecado; ahora son esclavos de Dios. Para completar el contraste, les recuerda que antes de venir a Cristo, estaban ganando la paga del pecado, esto es, muerte. Ahora, como creyentes, disfrutan el don de Dios que es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro. Pablo no está tratando de probar que muerte espiritual podría ser su destino, sino más bien afirmando que la vida eterna es su porción ahora y para siempre.

De hecho, el pasaje realmente describe una de las razones más fuertes por las que nuestra salvación está segura. No podemos perder la salvación porque pecamos. Además, hemos nacido de nuevo y pecar ya no es nuestra inclinación. Spurgeon comenta así:

“Por la influencia de la muerte de Cristo sobre nuestras almas, el Espíritu Santo ahora nos ha hecho realmente “muertos al pecado”; esto quiere decir que ya no amamos los pecados, y que han cesado de tener dominio sobre nosotros. El pecado ya no tiene su hogar en nuestro corazón; si entra allí, es un intruso. Ya no somos sus siervos dispuestos. El pecado nos llama por medio de la tentación, pero no respondemos porque estamos muertos a su voz. El pecado nos promete un gran premio, pero no consentimos porque estamos muertos a sus atracciones. Pecamos, pero el pecar no es nuestra voluntad. Para nosotros sería el cielo si estuviéramos perfectamente santos. Nuestro corazón y vida van en pos de la perfección, pero nuestra alma aborrece el pecado. “Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí”. Nuestro ser verdadero y real aborrece el pecado; y aunque caímos en pecado, es una caída; estamos fuera de nuestro elemento y nos escapamos del mal a toda prisa. La vida nueva en nosotros no tiene tratos con el pecado; está muerta al pecado”.^{xlv}

El versículo 14 debe ser conclusivo: *“Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia”*. Los que no se han convertido están bajo ley. La ley les dice qué hacer, no les da poder para hacerlo, y les maldice cuando fallan. La gracia nos dice qué hacer, nos da el poder para obedecer, y nos recompensa por hacerlo. Si el pecado es señor o amo, entonces la persona no ha nacido de nuevo. Cristo es Señor de todos los que son hijos de Dios.

“Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vida, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí” (Jn. 15:4).

“Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados” (1 Jn. 2:28).

Ya hemos visto que la posición del cristiano ante Dios se resume en las palabras: *“en Cristo”*, *“en él”*, *“en el Amado”*. No tiene mérito propio en cuanto a ser apto para el cielo. Pero en Cristo, es perfectamente apto, y esto es lo que le califica para el hogar del Padre.

Como pámpano en la Vid verdadera, el creyente es responsable de permanecer en Cristo. Esto significa mantenerse en comunión con Él, confesar y apartarse de todo pecado conocido, y obedecer Su Palabra. Sólo así podrá llevar fruto para Dios, tener eficacia en oración, glorificar al Padre, ser discípulo en sentido más puro, y experimentar plenitud de gozo. Pero después de todo esto, tiene que recordar que sin Cristo nada puede hacer.

A veces la palabra “permanecer” y sus varias formas describen a verdaderos creyentes. Es su posición ante Dios. Él les ve como permaneciendo en Cristo. Otras veces describen lo que debe ser su práctica. Deben permanecer en Cristo como el pámpano permanece en la vid.

Entonces, en primer lugar examinemos los versículos que hablan de permanecer como algo que es verdad acerca de todo hijo de Dios.

“El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo” (1 Jn. 2:6).

En este versículo permanecer en Él equivale a ser una persona nacida de nuevo. Todo aquel que profesa ser creyente debe andar como el Salvador anduvo en este mundo. Por supuesto que también es verdad que si un hijo de Dios profesa andar en comunión con el Señor, debe conducirse de acuerdo con lo que dice. Pero la primera interpretación es preferible porque en los versículos 3-5 Juan está contrastando los incrédulos y los creyentes.

“El que ama a su hermano, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo” (1 Jn. 2:10).

Aquí de nuevo el apóstol distingue entre los que no son salvos (*“el que...aborrece a su hermano”*, v. 9) y los que son salvos (*“el que ama a su hermano”*, v. 10). El que no es salvo está en tinieblas. El que es salvo permanece en la luz.

“Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido” (1 Jn. 3:6).

Aquí el que permanece en el Señor es creyente. Es su posición. Lo sabemos porque sólo los que tienen vida divina son libres del dominio del pecado. Esto se hace patente en el

versículo 9, “*Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado*”. Esto es, no es controlado por el pecado, no sigue pecando. Los versículos 6 y 9 hablan de la misma persona.

Dios dice, en efecto, a cada uno de Sus hijos: “Te veo como permaneciendo en Cristo; es tu relación o posición”. Pero entonces añade rápidamente: “Quiero que permanezcas en Cristo; es tu práctica”.

“Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer... Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho... Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor” (Jn. 15:4-5, 7, 10).

Cuando usa la palabra “permanecer” en estos versículos, el tema es la práctica, no la posición. Las exhortaciones tales como la del versículo 4 siempre se refieren a cómo la vida cotidiana del creyente debe armonizar con su posición. El que permanece en la Vid (v. 5) es un creyente que anda obedientemente en comunión con el Señor. El que permanece en Cristo y en quien la Palabra de Cristo permanece (v. 7) es un creyente que vive en comunión íntima con el Señor Jesús.

Obediencia es una marca de hijos verdaderos (v. 10). Era verdad respecto al Salvador como Hombre en este mundo, y debe caracterizar a todos los hijos de Dios.

“Lo que habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros. Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre... Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él. Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados” (1 Jn. 2:24, 27-28).

En los versículos 24 y 28, permanecer claramente es una exhortación. El versículo 27 a veces se traduce como imperativo (como en la Reina Valera: “*permaneced en él*”), y a veces como indicativo: “*permanecéis en él*”. En cualquier caso habla de la práctica, no de la posición. Nuestra posición nunca depende de nuestro comportamiento.

El tema de permanecer se trata en más detalle en las notas sobre Juan 15 en el capítulo 19, titulado: “¿Fruto O Salvación?”.

¿ENGAÑADO O CONDENADO?

¿Puede un verdadero creyente ser engañado? Obviamente, sí. Hay varias advertencias acerca de la decepción que se dirigen al pueblo de Dios. Pero, ¿esto significa que si un santo es engañado, entonces está perdido o condenado? Obviamente, no.

Los creyentes tienden a ser ingenuos. Quizá por el énfasis en la Biblia sobre la fe, se les olvida que la fe demanda la evidencia más segura y la halla en la Palabra de Dios. No debemos creer todo viento de doctrina ni aceptar toda novedad o idea religiosa.

Con la venida de la televisión, la gente está especialmente abierta a la decepción. Gráficos digitalizados pueden crear situaciones casi vivas y aun “milagros”. Es más difícil detectar la línea entre la realidad y la ficción.

El Señor Jesús advirtió a Sus discípulos respecto a la venida de falsos mesías:

“Respondiendo Jesús, les dijo: Mirad que nadie os engañe. Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y a muchos engañarán...muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos; y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará. Mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo...Entonces, si alguno os dijere: Mirad, aquí está el Cristo, o mirad, allí está, no lo creáis. Porque se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos. Ya os lo he dicho antes. Así que, si os dijeren: Mirad, está en el desierto, no salgáis; o mirad, está en los aposentos, no lo creáis” (Mt. 24:4-5, 11-13, 23-26).

El hecho de que estas advertencias son primariamente para los discípulos judíos del Señor Jesús durante el periodo de la Tribulación no afecta la cuestión. La verdad es que en cualquier época somos susceptibles a la decepción. Líderes religiosos que son emisarios de Satanás se disfrazan como ministros de luz. Profesan recibir profecías de Dios y hacen milagros para probar su autenticidad. Creyentes no enseñados son un blanco fácil. Pero un discípulo puede ser engañado sin negar a Cristo, y tampoco perderá la salvación.

“Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo. Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo. Porque si viene alguno predicando a otro Jesús que el que os hemos predicado, o si recibís otro espíritu que el que habéis recibido, u otro evangelio que el que habéis aceptado, bien lo toleráis” (2 Co. 11:2-4).

Los corintios estaban en peligro de ser engañados. Pablo les había conducido a Cristo y deseaba regocijarse con ellos en el Tribunal de Cristo. Pero falsos maestros se habían infiltrado en la asamblea, buscando engañarles como la serpiente engañó a Eva. Había la posibilidad de que perdieran algo de su devoción pura y sencilla a Cristo. Los corintios mostraron una tolerancia amable a estos falsos apóstoles. Empleando ironía, Pablo les amonesta porque daban la bienvenida a los que realmente predicaban otro Jesús, dispensaban un espíritu diferente y proclamaban un evangelio distinto.

No hay nada aquí que sugiera que los corintios perdieran su salvación. Habían sido

engañados, pero no habían renunciado a Cristo.

“Y esto lo digo para que nadie os engañe con palabras persuasivas. Porque aunque estoy ausente en cuerpo, no obstante en espíritu estoy con vosotros, gozándome y mirando vuestro buen orden y la firmeza de vuestra fe en Cristo. Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él; arraigados y sobreedificados en él, y confirmados en la fe, así como habéis sido enseñados, abundando en acciones de gracias. Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo” (Col. 2:4-8).

Cuando esto fue escrito había gente que intentaba integrar el cristianismo con el judaísmo, intelectualismo, ascetismo, legalismo y misticismo. Pablo advierte a los colosenses contra estos errores, como haría hoy en día cualquier siervo del Señor. La diferencia principal es que hoy probablemente incluiría psicología.

Pero una advertencia contra decepción no implica que la víctima podía perderse eternamente. La decepción no equivale necesariamente a la condenación. Piensa en toda la decepción que hay en la cristiandad hoy en día: teología de prosperidad, la mafia de sanidades, falsas profecías y “risa santa”. Quizá entre muchos profesados creyentes que no lo son en realidad, algunos verdaderos creyentes también hayan sido engañados por semejantes enseñanzas, pero esto *no* significaría que han perdido su salvación.

Pablo no advierte a los colosenses contra la pérdida de su fe. Se regocija en la firmeza de su fe y les anima a seguir así. Habían recibido al Señor Jesucristo por la fe (salvación); ahora deberían andar en Él, establecidos en la fe tal como habían sido enseñados (santificación).

La paráfrasis de J. B. Phillips del versículo 8 en su *New Testamento In Modern English* (“Nuevo Testamento en Inglés Moderado”) es de especial ayuda. La traducimos a continuación:

“Tened cuidado que nadie arruine vuestra fe por medio de intelectualismo o tonterías que sueñan elocuentes. Esta clase de cosa, como mucho, está fundada sobre las ideas de los hombres acerca de la naturaleza del mundo, e ignora a Cristo”.

Esto lo dice bien. La fe puede ser arruinada, puede ser adulterada, debilitada o aún sufrir un lapso temporal. Pero la verdadera fe en Cristo no será jamás renunciada.

“mas los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados. Pero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido; y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús” (2 Ti. 3:13-15).

El apóstol Pablo advirtió a Timoteo que en los postreros días los engañadores irían de mal en peor. En contraste con ellos, Timoteo debería continuar y permanecer en la Palabra de Dios: las Sagradas Escrituras que pueden hacerle sabio para salvación por la fe en Cristo Jesús. Esta salvación es una experiencia pasada que Timoteo ya ha tenido. La expresión: *“te pueden hacer sabio para la salvación”* ciertamente no puede significar que su salvación dependiera de si continuaba creyendo o no. Es simplemente una frase adjetiva, como si dijera:

“las Escrituras que pueden hacerte sabio para salvación”, es decir, una descripción de las Escrituras. Es uno de los muchos poderes de la Palabra de Dios.

¿DISCIPLINA O DESTRUCCIÓN?

“1 Porque no quiero, hermanos, que ignoréis que nuestros padres todos estuvieron bajo la nube, y todos pasaron el mar; 2 y todos en Moisés fueron bautizados en la nube y en el mar; 3 y todos comieron el mismo alimento espiritual, 4 y todos bebieron la misma bebida espiritual; porque bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo. 5 Pero de los más de ellos no se agradó Dios; por lo cual quedaron postrados en el desierto. 6 Mas estas cosas sucedieron como ejemplos para nosotros, para que no codiciemos cosas malas, como ellos codiciaron. 7 Ni seáis idólatras, como algunos de ellos, según está escrito: Se sentó el pueblo a comer y a beber, y se levantó a jugar. 8 Ni forniquemos, como algunos de ellos fornicaron, y cayeron en un día veintitrés mil. 9 Ni tentemos al Señor; como también algunos de ellos le tentaron, y perecieron por las serpientes. 10 Ni murmuréis, como algunos de ellos murmuraron, y perecieron por el destructor. 11 Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos. 12 Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga. 13 No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar. 14 Por tanto, amados míos, huid de la idolatría. 15 Como a sensatos os hablo; juzgad vosotros lo que digo. 16 La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? 17 Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan. 18 Mirad a Israel según la carne; los que comen de los sacrificios, ¿no son partícipes del altar? 19 ¿Qué digo, pues? ¿Que el ídolo es algo, o que sea algo lo que se sacrifica a los ídolos? 20 Antes digo que lo que los gentiles sacrifican, a los demonios lo sacrifican, y no a Dios; y no quiero que vosotros os hagáis partícipes con los demonios. 21 No podéis beber la copa del Señor, y la copa de los demonios; no podéis participar de la mesa del Señor, y de la mesa de los demonios” (1 Co. 10:1-21).

¡Este pasaje ha sido un coto de caza para los que intentan desacreditar la seguridad eterna! El argumento parece sencillo. Fue escrito a creyentes y describe cómo el pueblo de Dios pecó gravemente en el desierto. Como resultado, Dios los destruyó. Por lo tanto, los creyentes hoy en día pueden perder su salvación por medio del pecado.

El fallo del argumento es que no distingue entre *la disciplina divina del pueblo de Dios en esta vida, y Su castigo eterno de los malos después de esta vida*. Repasemos el pasaje teniendo en cuenta esto.

Los primeros cuatro versículos cuentan todos los privilegios maravillosos que el pueblo disfrutaba: dirección divina, protección, un líder designado por Dios y suplencia constante de comida y bebida. Pero los privilegios conllevan responsabilidades. Todos los soldados de veinte años arriba que salieron de Egipto murieron en el desierto excepto Josué y Caleb. Pero esto no significa que *todos* los que perecieron en el desierto también perecieran eternamente. Por ejemplo, ciertamente no fueron eternamente perdidos Moisés, Aarón y María. La disciplina de Dios los excluyó de Canaán, pero no les excluyó del cielo.

Los pecados de los israelitas se apuntan en los versículos 6-10: codiciando carne y los

alimentos de Egipto, idolatría, inmoralidad sexual, tentando al Señor y quejándose. El hecho de que esta historia fue escrita como ejemplo para amonestarnos hace surgir la pregunta: “¿puede un verdadero cristiano cometer estos pecados?”

Desgraciadamente, la respuesta es “sí”. Un creyente puede cometer (no practicar) cualquiera de los pecados de los cuales se le advierte en el Nuevo Testamento. Y si tal pecado no es confesado, incurrirá en la disciplina del Señor e impedirá a la persona de estar en el lugar de bendición. Si la vida de alguno es dominada por el pecado, si su estilo de vida es habitual y característicamente pecaminoso, es evidencia que nunca ha venido a ser morada del Espíritu Santo. Nunca ha nacido de nuevo. Un cristiano puede tener problemas con cierto pecado con el cual lucha, pero esto es totalmente distinto a una vida de pecado con el pleno consentimiento de la voluntad.

Nadie debe pensar que ha llegado al pináculo de santidad, ni que sea incapaz de caer en pecado. Nunca estará seguro de no caer en tentación hasta que llegue al hogar celestial. Cada creyente está expuesto a tentación desde fuera y desde dentro. Pero no es una víctima impotente o indefensa. Nuestro Dios fiel limita la intensidad y provee una salida.

El resto del capítulo trata el descuido de ciertos nuevos convertidos en cortar sus lazos con su pasado idólatra. Después de animarles a huir de la idolatría, les da razones fuertes para hacerlo.

Es importante recordar que hay una diferencia entre cómo Dios juzga a un creyente y Su condenación del mundo. Pablo hace resaltar esta diferencia en 1 Corintios 11:31-32.

“Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados; mas siendo juzgados, somos castigados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo” (1 Co. 11:31-32).

Antes de participar en la Cena del Señor, debemos juzgar todo pecado conocido en nuestras vidas, confesándolo y recibiendo el perdón de Dios. Si hiciéramos esto, no seríamos juzgados por el Señor. La naturaleza de este juicio se da en el versículo 30: enfermedad y aun muerte. Esto se describe como el castigo del Señor, una forma de disciplina paterna. Es mejor soportar este castigo que hallarse entre los que sufren condenación eterna. Si no experimentamos Su castigo, no somos Sus hijos sino hijos ilegítimos (“*bastardos*”, He. 12:7-8). El versículo 32 no implica que un creyente pueda ser condenado con el mundo. Al contrario, está diciendo que sólo hay dos posibilidades: castigo ahora, que es la porción de verdaderos creyentes, o condenación con el mundo, que es la porción de los incrédulos.

OTROS PASAJES EMPLEADOS PARA ENSEÑAR LA SALVACIÓN CONDICIONAL

En esta sección, examinaremos varios pasajes más que a veces se emplean para enseñar o apoyar la idea de salvación condicional. La mayoría de estos no son claves para ese argumento, pero aun así nos irá bien examinarlos y ver si tienen algo que decir al respecto.

El primero de éstos es Romanos 11:22.

“Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios; la severidad ciertamente para con los que cayeron, pero la bondad para contigo, si permaneces en esa bondad; pues de otra manera tú también serás cortado”.

Las últimas palabras en este versículo: *“tú también serás cortado”*, tomadas fuera de contexto, parecen ofrecer prueba positiva de que un creyente podría perderse posteriormente. Pero si vamos a ser estudiantes cuidadosos de la Biblia, tenemos que interpretarlo en su contexto. ¿A quién se dirigía, y qué significa el “ser cortado”?

Consideremos cómo fluye el pensamiento del capítulo. El tema es el futuro de Israel. En los primeros nueve versículos, Pablo enseña que Dios ha desgajado a Israel, pero no completamente. El apóstol mismo es prueba de que Dios se ha reservado un remanente de israelitas creyentes.

Los versículos 11 y 12 confirman la caída de Israel, pero insisten en que no es final. La nación será restaurada. Mientras tanto, los gentiles han sido colocados en un lugar de bendición.

Es importante recordar el contexto. Estos versículos no fueron escritos a cristianos individuales ni a la Iglesia. Pablo aclara esto en el versículo 13: *“porque a vosotros hablo, gentiles...”* Al decir esto, distingue entre los gentiles, los judíos y la Iglesia de Dios (1 Co. 10:32).

Ahora emplea la figura del olivo con ramas naturales y luego con ramas silvestres. El tronco del árbol es *la línea divina de privilegio durante los siglos*. Es muy importante ver esto. El tronco no es Israel. Es un lugar de favor en los tratos de Dios con los seres humanos. Israel, las ramas naturales, originalmente tuvo este lugar como el pueblo escogido y terrenal de Dios. Pero debido a la incredulidad, la nación ha sido “desechada” o “desgajada” de su posición de privilegio, y los gentiles (ramas silvestres) han sido injertados. Han llegado a ser lo que llamaríamos Su “nación favorecida”. Cristo halla más fe entre los gentiles que entre el pueblo de Israel (Mt. 8:10; 15:28). En este sentido, los gentiles por la fe están en pie. Porque el pueblo judío no se juzgó digno de vida eterna (Hch. 13:46), Dios envió Su salvación a los gentiles (Hch. 28:28).

Pero los gentiles no deben tomar a la ligera su lugar de privilegio. Si no continúan exhibiendo una actitud relativamente abierta a la Palabra de Dios, serán cortados. Esto no significa que los gentiles salvados perderán su salvación, sino que el pueblo gentil como entidad perderá su lugar de privilegio.

Sabemos de otras Escrituras que esto es exactamente lo que sucederá. Las ramas silvestres del olivo (los gentiles) serán cortados e Israel creyente tomará de nuevo su lugar de privilegio ante Dios.

Miremos ahora un pasaje en el cual surge confusión en otro sentido. Vimos antes en el libro que la palabra *salvar* tiene una gama amplia de significados: no siempre significa la salvación del alma del infierno. La palabra *destruir* también puede tener varios significados, como vemos a continuación:

“Pero si por causa de la comida tu hermano es contristado, ya no andas conforme al amor. No hagas que por la comida tuya se pierda aquel por quien Cristo murió. No sea, pues, vituperado vuestro bien; porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo. Porque el que en esto sirve a Cristo, agrada a Dios, y es aprobado por los hombres. Así que, sigamos lo que contribuye a la paz y a la mutua edificación. No destruyas la obra de Dios por causa de la comida. Todas las cosas a la verdad son limpias; pero es malo que el hombre haga tropezar a otros con lo que come. Bueno es no comer carne, ni beber vino, ni nada en que tu hermano tropiece, o se ofenda, o se debilite. ¿Tienes tú fe? Tenla para contigo delante de Dios. Bienaventurado el que no se condena a sí mismo en lo que aprueba. Pero el que duda sobre lo que come, es condenado, porque no lo hace con fe; y todo lo que no proviene de fe, es pecado” (Ro. 14:15-23).

En primer lugar, la enseñanza general de este pasaje: Pablo trata ciertos *asuntos de indiferencia moral*, tales como comer carne y observar días. Existía la posibilidad de conflicto entre creyentes judíos y creyentes gentiles sobre estos asuntos. Así que, el apóstol afirma que aunque uno puede tener libertad cristiana en estas áreas, no debe usarla si resulta en tropiezo para otra persona. Y si un hermano tiene mala conciencia acerca de comer carne ofrecida a ídolos, pero lo hace, ha pecado, porque lo que no puede hacerse en fe es pecado.

El problema surge en torno a la palabra *perder* y *destruir* en los versículos 15 y 20. *“No hagas que por la comida tuya se pierda aquel por quien Cristo murió”* (v. 15). *“No destruyas la obra de Dios por causa de la comida”* (v. 20). Esto *no* significa causar su perdición eterna. En lugar de esto, significa hacerle tropezar e impedir su progreso espiritual. Significa arruinar la obra que Dios está haciendo en la vida de aquella persona. El hombre con la conciencia débil no pierde su salvación, pero su bienestar espiritual es afectado adversamente.

Ahora consideraremos otro versículo que es empleado a veces por los arminianos para apoyar su posición.

“No que nos enseñoreemos de vuestra fe, sino que colaboramos para vuestro gozo; porque por la fe estáis firmes” (2 Co. 1:24).

Este versículo, especialmente las últimas cinco palabras, se emplea para enseñar que la salvación continua depende de la fe continua. Sólo somos salvos mientras sigamos creyendo.

Pablo está diciendo algo bastante distinto. Al hablar francamente con los corintios, no intentaba controlar sus vidas. Su meta era que tuvieran gozo. En lo referente a la fe de ellos, estaban firmes. No corregía su doctrina sino su comportamiento. Vemos más de esto en el siguiente pasaje.

“Que cuando vuelva, me humille Dios entre vosotros, y quizá tenga que llorar por muchos de los que antes han pecado, y no se han arrepentido de la inmundicia y fornicación y lascivia que han cometido. Esta es la tercera vez que voy a vosotros. Por boca de dos o de tres testigos se decidirá todo asunto. He dicho antes, y ahora digo otra vez como si estuviera presente, y ahora ausente lo escribo a los que antes pecaron, y a todos los demás, que si voy otra vez, no seré indulgente; pues buscáis una prueba de que habla Cristo en mí, el cual no es débil para con vosotros, sino que es poderoso en vosotros.

Porque aunque fue crucificado en debilidad, vive por el poder de Dios. Pues también nosotros somos débiles en él, pero viviremos con él por el poder de Dios para con vosotros. Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que estéis reprobados?” (2 Co. 12:21-13:5).

Es triste decirlo, pero un creyente puede cometer los tres pecados mencionados en el 12:21. El apóstol no dijo que estuvieran condenados al infierno. Pero les advirtió de que cuando viniera a Corinto, no les perdonaría, sino que les disciplinaría en base al testimonio de dos o tres testigos.

Al decir esto, era consciente de que ciertos maestros habían persuadido a algunos de los corintios de que él no era apóstol verdadero. Así que, dijo: “Puesto que buscáis prueba de que Cristo habla en mí... examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe”. (La última parte del versículo 3 y todo el versículo son un paréntesis). Los corintios mismos eran prueba de que él era apóstol. Era él quien les había conducido al Cordero de Dios (1 Co. 9:2), y quien servía espiritualmente como padre a ellos. Así que dijo: “probaos a vosotros mismos. ¿No sabéis vosotros que Jesucristo está en vosotros? De otro modo estaríais descalificados. Pero confío que sabréis que nosotros no estamos descalificados” (vv. 5-6). Si Cristo no estaba en ellos, no pasaban la prueba de ser creyentes. Pero sabían que Cristo estaba en ellos, y esto fue resultado del ministerio de Pablo. Así que, después de todo, él no estaba descalificado como apóstol.

Ahora venimos a la epístola de Pablo a los Gálatas. En ella, él estaba corrigiendo un problema distinto: la herejía de salvación por obras:

“De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído” (Gá. 5:4).

Éste ha sido un texto de prueba favorito para los que creen en la salvación condicional. Lo citan para demostrar que cuando un cristiano peca, cae de la gracia, y por lo tanto ya no es salvo.^{xlvi} Pero, ¿es esto lo que dice el pasaje?

Está claro que el apóstol no está hablando a creyentes. La expresión: “*los que por la ley os justificáis*” prueba que ellos nunca habían sido justificados. Todavía buscaban ser declarados justos por Dios. Y lo buscaban de forma equivocada, por la cual nunca iban a encontrarlo, porque es imposible ser justificados guardando la ley. “*Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él*” (Ro. 3:20).

Los que buscan la justificación por medio de obras de la ley le son extraños a Cristo. Esto no significa que una vez estaban en Cristo pero que luego fueron cortados de Él. Al contrario, significa que se cortaron de cualquier beneficio que pudieran recibir de Cristo. Debían escoger entre el Señor y la ley. Al escoger a uno, esto nos corta del otro. Tiene que ser o el uno o el otro, pero no puede ser ambos. Cristo tiene que ser todo o nada.

Puede que alguno se pregunte porqué Pablo se dirige así a gente no convertida en una carta que ostensiblemente era para creyentes. El apóstol era realista. Sabía que en muchas asambleas, si no en todas, había una “multitud mixta”; verdaderos creyentes y personas que nunca habían nacido de nuevo. Esto especialmente era verdad en las iglesias de Galacia; habían sido subvertidas por falsos maestros que proclamaban un evangelio falso. Así que, no se retenía de incluir a los incrédulos entre sus lectores.

El siguiente versículo nuestro, Efesios 3:17, es empleado por los partidarios de seguridad condicional en casi la misma manera que 2 Corintios 1:24, el cual ya hemos tratado.

“para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones” (Ef. 3:17a).

Esto se toma equivocadamente para decir que Cristo mora en nuestros corazones sólo mientras tengamos fe o sigamos creyendo. Es una idea fallada en dos puntos importantes.

En primer lugar, una vez que Cristo tome residencia^{xlvii} en la vida de un creyente, nunca sale. Él prometió: *“No te desampararé, ni te dejaré”* (He. 13:5b). Y de nuevo: *“...he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”* (Mt. 28:20).

Segundo, la idea de que un cristiano verdadero decida que va a dejar de creer es algo ajeno a las Escrituras. Somos salvos por medio de la fe, y vivimos por fe (Gá. 2:20). El que nos da vida eterna como un don gratuito garantiza guardarnos para que la disfrutemos siempre.

Si nuestra salvación dependiera de nuestra perseverancia fiel, sería de valor negativo. Pero cuando es sólo Dios, es algo absolutamente seguro.

En las cartas de Pablo a Timoteo, varios pasajes surgen donde Pablo instruí a Timoteo acerca de los peligros de la vida mala y la falsa enseñanza. ¿Qué son exactamente estos peligros? Veamos.

“Porque si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un incrédulo” (1 Ti. 5:8).

Cuando hay viudas en una asamblea que necesitan que alguien les cuide, esta responsabilidad cae en primer lugar sobre los miembros de su propia casa u otros parientes. Si alguno rehúsa proveer para una viuda pariente, ha negado la fe, y es peor que un incrédulo.

¿En qué sentido ha negado la fe? Ha actuado de manera que es totalmente opuesta a todo lo que enseña la fe cristiana. No dice que ha desechado su propia fe. Se ha comportado de manera egoísta, sin amor y sin cariño.

¿En qué sentido es peor que un incrédulo? En este sentido particular: los incrédulos generalmente cuidan de los suyos que están destituidos. Les muestran una actitud más humana que este cristiano irresponsable.

El versículo no tiene nada que ver con la salvación del creyente. No hay sugerencia de que pudiera perder la salvación si no provee para su madre que es viuda. No obstante, la reprensión fuerte de Pablo debe despertarle para que corrija su comportamiento.

“Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en destrucción y perdición; porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores. Mas tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas, y sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre. Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna, a la cual asimismo fuiste llamado, habiendo hecho la buena profesión delante de muchos testigos” (1 Ti. 6:9-12).

Al advertir a Timoteo acerca del amor al dinero, Pablo dice que los que quieren enriquecerse caen en codicias que ahogan a los hombres en destrucción y perdición. Estas últimas palabras no significan pérdida de existencia sino pérdida de bienestar. Indican ruina en cuanto al propósito de su creación y vida. Para un creyente, podría significar la pérdida de su familia, dinero, hogar y testimonio. Podrían incluir encarcelamiento por fraude, estafa, robo y otras formas de corrupción.

El amor al dinero expone la falta de fe genuina en algunos, e induce a otros a extraviarse de la fe. Se enfrían y se alejan del Señor, dejando el camino de la santidad para vagar en los campos del pecado. Aunque no niegan lo fundamental de la fe cristiana, viven de manera que no es digna del evangelio. Puede haber algún caso de alguien que tenga fe pero que no ande por fe como debiera. El joven Timoteo no debería hallarse en semejante contradicción, sino que debe adornar la doctrina. Debe echar mano de la vida eterna, “apropiando prácticamente todos los beneficios, privilegios y responsabilidades que vienen con la posesión de ella” (W. E. Vine).

No hay nada en el versículo 12 que sugiera que Timoteo pudiera echar mano de la vida eterna mediante su carácter u obras. Él ya la tenía, pero se le animaba a disfrutarla y aprovecharla al máximo aquí y ahora.

“A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos. Que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, dadivosos, generosos; atesorando para sí buen fundamento para lo por venir, que echen mano de la vida eterna” (1 Ti. 6:17-19).

Aquí los creyentes afluentes son enseñados a echar mano de la vida eterna, no guardando su dinero, sino haciendo bien, siendo ricos en buenas obras, “dispuestos a dar y a compartir”. Esto no es salvación por obras sino las obras como fruto de la salvación.

“Oh Timoteo, guarda lo que se te ha encomendado, evitando las profanas pláticas sobre cosas vanas, y los argumentos de la falsamente llamada ciencia, la cual profesando algunos, se desviaron de la fe” (1 Ti. 6:20-21a).

De nuevo Pablo emplea la figura de desviarse de la fe. Algunos de los creyentes en Éfeso habían tragado “*profanas pláticas sobre cosas vanas, y los argumentos de la falsamente llamada ciencia*”. Ocuparse con profanas pláticas y enseñanzas contradictorias que se disfrazan como conocimiento es un error respecto a la fe. Repito, no es cuestión de salvación eterna, sino de ser desviado de lo central a cuestiones triviales e insidiosas.

“Huye también de las pasiones juveniles, y sigue la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que de corazón limpio invocan al Señor. Pero desecha las cuestiones necias e insensatas, sabiendo que engendran contiendas. Porque el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar; sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad, y escapen del lazo del diablo, en que están cautivos a voluntad de él” (2 Ti. 2:22-26).

Los versículos 25 y 26 supuestamente demuestran que personas salvas pueden perder su salvación si caen en la trampa del diablo. ¿Es esto lo que realmente dice? El pasaje instruye a Timoteo cómo tratar a los que promueven disputas necias e ignorantes en la asamblea. Son peones de Satanás, siendo empleados por él para generar contienda y conflicto. Timoteo debe tratarles con paciencia, humildad y gracia. Es de esperar que se arrepientan de su insensatez y reconozcan la verdad de los asuntos que disputan. Entonces se darán cuenta de que han actuado como agentes del diablo, ayudándole a hacer su obra malvada de crear división entre el pueblo de Dios.

Otra vez, el pasaje no prueba que los salvos puedan perderse, sino enseña que pueden causar conflicto sobre asuntos triviales y así promover la agenda de Satanás.

Santiago escribió su epístola a un auditorio de gente que profesaba ser creyente. Desafortunadamente, muchos de ellos vivían de modo que ponía en tela de juicio su salvación. Por esto, no es sorprendente que su carta contenga palabras agudas de advertencia:

“Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman. Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie; sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte” (Stg. 1:12-15).

En el versículo 12, puede que Santiago esté hablando tanto de pruebas santas como de tentaciones inmundas. En el lenguaje original es la misma palabra. El que resiste la prueba es premiado con la corona de vida, no con vida eterna. Es cuestión de recompensas, no de salvación.

Los versículos 13-15 hablan claramente de las tentaciones inmundas. Éstas no vienen de Dios sino de la naturaleza caída del hombre.

Santiago compara el proceso del pecado a la vida humana: concepción, nacimiento, crecimiento y finalmente, muerte. No implica que cada vez que un cristiano peca, muere. ¿No prometió el Señor Jesús que el que comiere del pan de vida no vería muerte (Jn. 6:50), y el que vive y cree en él no morirá eternamente? (Jn. 11:26).

Santiago sabía muy bien que una persona puede ser creyente y todavía pecar. ¿Por qué, entonces, advirtió que el pecado termina en muerte? Lo hizo para recordar a sus lectores lo grave que es el pecado. En el caso de los verdaderos creyentes, sus pecados resultaron en la muerte de su Sustituto Divino. En el momento en que confiaron en Cristo, murieron en Él. En el caso de los que mueren sin Cristo, sus pecados resultan en la muerte eterna. Así que la muerte siempre es la paga del pecado (Ro. 6:23), o en la muerte del Sustituto o en la muerte del pecador.

Si alguien profesa ser salvo y sin embargo su vida es dominada por el pecado, demuestra que su profesión es falsa. Nunca ha sido un creyente verdadero, y a menos que se arrepienta y crea en Cristo, su perdición está sellada.

“¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios. ¿O pensáis que la Escritura dice en vano: El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente? Pero él da mayor gracia. Por esto dice: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes. Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros. Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros. Pecadores, limpiad las manos; y vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros corazones. Afligíos, y lamentad, y llorad. Vuestra risa se convierta en lloro, y vuestro gozo en tristeza. Humillaos delante del Señor, y él os exaltará” (Stg. 4:4-10).

Naturalmente surge la pregunta: “¿A quién se dirige Santiago en estos versículos: a creyentes o a incrédulos?” La respuesta es que a propósito es ambiguo. Santiago es un discípulo del tipo “muéstrame”. Quiere evidencia que apoye la profesión de fe que uno hace, porque “la fe sin obras está muerta” (Stg. 2:26).

¿Llamaría adúlteros a los verdaderos creyentes? Es posible que sí. A veces es necesario emplear lenguaje fuerte para despertar a la gente. Recuerdo una ocasión cuando el Dr. Donald Grey Barnhouse se dirigió a los creyentes en Chicago acerca de las condiciones en aquella ciudad, y tronó: “¿Y quién tiene la culpa? ¡Vosotros los fundamentalistas impíos!” Estaba empleando hipérbole, o exageración eficaz, para dar un calambrazo a los cristianos y ponerles en marcha.

Así que, Santiago advierte a la gente contra la amistad con el mundo. Es enemistad para con Dios. Y como va el refrán del inglés: “Si te cabe, es tuyo”.

El versículo 5 es difícil. Permíteme dar dos interpretaciones comunes.

1. ¿Pensáis que el Espíritu Santo que mora en vosotros provocaría o consentiría el deseo de tener amistad con el mundo?

2. ¿Pensáis que en vano la Escritura dice que el Espíritu Santo desea celosamente nuestra devoción singular al Señor? (Ningún versículo en la Biblia dice esto en tales palabras, pero es ciertamente el tono de la Escrituras.)

Ninguna de las dos explicaciones es relevante a nuestra consideración de la seguridad eterna. La verdad es que como creyentes todavía nos sentimos atraídos e influenciados por el mundo más de lo que nos gusta admitir. En algún lugar está la línea, la cual, una vez pasada, identifica a una persona como amador del mundo. Nadie sabe dónde está esta línea. Los creyentes deben mantenerse lo más lejos posible de ella.

En las batallas espirituales de la vida, Dios da gracia a los que no son auto-confiados ni arrogantes. Así que, debemos someternos a Dios y decir “¡no!” al diablo. Cuando andemos en comunión con el Señor, podemos estar seguros de Su presencia cercana y especial.

En el versículo 8b, Santiago se dirige a sus lectores como pecadores y de doble ánimo. ¿Pueden estos adjetivos aplicarse en verdad a los hijos de Dios? ¡Sí! Los pecados aquí son de personas cuyas manos necesitan limpieza, y los de doble ánimo son de aquellos cuyos corazones necesitan ser purificados. ¿Pueden los creyentes ser culpables de actos inmundos y motivos impuros? Sí. Entonces, ¡los adjetivos son válidos!

Los últimos dos versículos describen el arrepentimiento y quebrantamiento genuinos. Son el camino a la recuperación espiritual.

Ahora vamos a 1 Pedro, donde él describe la fidelidad del Señor hacia nosotros y nuestra responsabilidad a Él.

“que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero. En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo, a quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso; obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas...Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado” (1 P. 1:5-9, 13).

Es un pasaje fuerte sobre la seguridad eterna del creyente. Nos asegura sin condición alguna que se nos guarda una herencia gloriosa y que también nosotros somos guardados para ella. No obstante, los que creen en la salvación condicional señalan la expresión: “*guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación*”, e insisten que sólo somos guardados mientras sigamos creyendo. ¿Cuál es la respuesta?

La idea de que un creyente verdadero cese de creer es algo puramente hipotético. La Biblia no sabe nada de esto. Es impensable que uno en quien mora Cristo pudiera o quisiera echarle fuera.

Una vez salva una persona, viene a ser la plena responsabilidad del Salvador, quien garantiza que ella nunca perecerá. En tiempos de depresión o de crisis de nervios, un hijo de Dios puede dudar de su salvación, ¡pero qué consuelo es saber que todavía es guardado por la mano poderosa de Jesucristo!

No contribuimos a nuestra salvación con nuestra fe. La fe es meramente la mano vacía que recibe lo que Dios nos da. Somos salvos por medio de la fe y vivimos por fe (Gá. 2:20). No hay nada de mérito en la fe. Todo el mérito está en Cristo, el objeto de nuestra fe. Así que, aceptamos por fe la verdad de que somos guardados por el poder de Dios para salvación en su tiempo futuro, esto es, salvación de la presencia del pecado, cuando llegemos al cielo.

Mientras tanto, encontramos dificultades que prueban nuestra fe para demostrar si es genuina o no. Es nuestra fe, no nosotros, lo que se prueba con fuego. Y cuando es probada genuina, resulta en alabanza, honra y gloria al Señor Jesús primeramente, y también a nosotros.

No le hemos visto todavía, pero la fe le hace real a nosotros y le amamos. También estaremos llenos de gozo glorioso al recibir el fin de nuestra fe: la salvación de nuestras almas.

En el versículo 13, la palabra “esperad” es empleada por los arminianos para crear incertidumbre acerca de nuestra salvación final. Es otro lugar donde las definiciones son cruciales. La esperanza del cristiano es la gracia que le será dada en la manifestación de Jesucristo; en otras palabras, el estado glorificado. La esperanza de esta consumación no tienen duda ni incertidumbre conectada con ella. Se basa sobre la infalible Palabra de Dios, y por eso es tan cierto como si ya hubiera acontecido.

Finalmente, nuestros últimos dos pasajes son ambos advertencias acerca de los que alteran la Palabra de Dios:

“casi en todas sus epístolas, hablando en ellas de estas cosas; entre las cuales hay algunas difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen, como también las otras Escrituras, para su propia perdición. Así que vosotros, oh amados, sabiéndolo de antemano, guardaos, no sea que arrastrados por el error de los inicuos, caigáis de vuestra firmeza” (2 P. 3:16-17).

Pedro describe a los que toman las Escrituras que tratan importantes doctrinas bíblicas y las trastornan para hacer que signifiquen lo que ellos desean. Es una distorsión voluntaria de la Palabra para enseñar error, y resulta en su destrucción.

Se les advierte a los creyentes en contra de cualquiera que maneje así las Escrituras, para que su fundamento firme en la fe no sea sacudido ni sean ellos contaminados por enseñanzas falsas. Aquí no entra el pensamiento de cristianos que pierden su salvación. Es posible tener la fe adulterada sin negar la fe.

“Yo testifico a todo aquel que oye las palabras de la profecía de este libro: Si alguno añadiere a estas cosas, Dios traerá sobre él las plagas que están escritas en este libro. Y si alguno quitare de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida, y de la santa ciudad y de las cosas que están escritas en este libro” (Ap. 22:18-19).

Es cosa seria alterar la Palabra de Dios, o añadiendo maliciosamente a ella o quitando

de ella. La persona que hace esto está diciendo que sabe más que Dios. Es un incrédulo arrogante.

El castigo por añadir a la Escritura es que sus plagas serán traídas sobre el culpable. El castigo por quitar de la Escritura es que Dios quitará su parte del árbol^{xlviii} de la vida, de la santa ciudad y de las bendiciones escritas en la Biblia.

Cualquiera puede tener parte en el árbol de la vida, si se arrepiente de sus pecados y recibe a Cristo como Señor y Salvador. Pero la incredulidad crasa que intenta volver a escribir las Escrituras condena al culpable quitándole acceso a esa bendición. No puede reclamar su parte, porque le ha sido quitada. El versículo 19 no describe un cristiano hipotético que cese de creer, sino un incrédulo indisculpable que rechaza la inspiración y autoridad de la Biblia.

¿CUÁL ES LA RESPUESTA?

Hay una cosa en la que ambos lados están de acuerdo referente a la cuestión de la seguridad eterna. Comparten una preocupación por las muchas personas que profesan ser cristianas pero viven en pecado. Les entristece ver que el Nombre del Señor Jesucristo es deshonrado por vidas que son difamaciones en lugar de Biblias ilustradas. Ven los frutos de los evangélicos que predicaban un “evangelio fácil” que omite cualquier compromiso, los frutos de las profesiones superficiales y huecas de lo que a veces ha sido llamado “gracia barata”.

A los niños y jóvenes se les sujeta a presiones emocionales a “abrir la puerta del corazón a Jesús”, pero más tarde en la vida se involucran en las drogas, el alcohol, la inmoralidad sexual o la avaricia. Pero sus padres cristianos les aseguran que fueron salvos cuando eran más jóvenes. Y algunos de estos mismos padres reaccionan con vehemencia a cualquier sugerencia que ponga en duda la salvación de sus queridos hijos.

Se “salvan” los mafiosos, pero luego vuelven a su vida de antes. La prensa informa sobre la “conversión” de actores y actrices, pero estas estrellas nunca rompen con el mundo de películas violentas e inmorales. Los nombres de “tele evangelistas” aparecen en los titulares, expuestos como mujeriegos y manipuladores de estafas. Se alegran los evangélicos cuando un político dice que ha nacido de nuevo, pero después viene la desilusión cuando sus discursos públicos contienen palabrotas.

Una gran oleada de profesión de fe ha inundado el país. A menudo es popular ser conocido como cristiano. A veces le va bien al hombre de negocios llevar este título. Y va bien en la política porque significa votos. La cristiandad ha venido a ser un reino de confusión religiosa. Los que sentimos celo por la honra de Cristo sentimos vergüenza.

Aunque los que creemos en la seguridad eterna y los que creen en la seguridad condicional estamos de acuerdo al deplorar la forma disoluta de vivir de los que dicen que son creyentes, hay una diferencia en nuestro análisis del problema. Los de la salvación condicional alegan que esas personas fueron salvadas una vez pero que han perdido su salvación. Los otros decimos que esas personas nunca fueron salvadas. No tenían nada más que una profesión falsa y vana.

El propósito de este libro ha sido mostrar que un verdadero creyente está seguro eternamente, y que el punto de vista contrario es erróneo por las siguientes razones:

- *No es bíblico*. No hay nada en la Biblia que, entendido correctamente, sugiera que una verdadera oveja de Cristo pueda jamás perecer. Ningún versículo enseña que una persona justificada podría fallar y llegar a no ser glorificada al final. El testimonio consistente de la Palabra de Dios es que el ser verdaderamente nacido de nuevo significa ser salvo eternamente.

- Redefine la palabra *eterna*, haciéndola significar algo menos que eterno.

- Descubre una comprensión defectuosa del significado de la *gracia*. No reconoce que la salvación es algo totalmente inmerecido, que es un don gratuito de gracia, y que una vez dado, nunca es quitado.

- Insiste que la obra de Cristo en la cruz no es suficiente, sino que el hombre tiene que hacer su parte, perseverando, permaneciendo o venciendo. Esto hace que la salvación final dependa del poder del hombre tanto como del poder de Cristo. Esto hace al ser humano “co-salvador”. Es un fallo fatal. ¡El Señor Jesús es el *único* Salvador, y Él no compartirá este honor con ninguna criatura!

- Intenta *mezclar la gracia y las obras*, lo cual Dios mismo dice que es imposible.

- Parece ignorar la verdad de que el hombre no puede mantenerse salvo como tampoco

podía salvarse en primer lugar.

- Permite que una persona nazca de nuevo *repetidas veces*. Esto es una ficción totalmente ajena a la Biblia.

- Niega que la salvación final toma lugar en un punto en el tiempo, e insiste que es un proceso condicionado sobre el cumplimiento del hombre de ciertos requisitos. Esto está en conflicto con las palabras de Jesucristo en Juan 10:9, “*Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos*”. Sólo tenemos que entrar por la puerta una vez. No es una teología de puerta giratoria.

- Hace imposible que alguien tenga certidumbre final de salvación, y olvida que los apóstoles la tuvieron y también los creyentes a quienes ellos escribieron.

- Permite la jactancia en el cielo. La gente podría jactarse de su fidelidad y perseverancia. Pero la salvación por la gracia por medio de la fe excluye toda jactancia.

La seguridad condicional ha sido pesada en las balanzas y ha sido hallada corta. El testimonio consistente de la Biblia es: *Una vez en Cristo, para siempre en Cristo.*

CUAN FIRME CIMIENTO

¡Cuan firme cimiento se ha dado a la fe,
De Dios en su eterna palabra de amor!
¿Qué más él pudiera en su libro añadir,
Si todo a sus hijos lo ha dicho el Señor?

No temas por nada, contigo yo estoy;
Tu Dios yo soy solo, tu ayuda seré;
Tu fuerza y firmeza en mi diestra estarán,
Y en ella sostén y poder te daré.

No habrán de anegarte las ondas del mar,
Si en aguas profundas te ordeno salir;
Pues siempre contigo en angustias estaré,
Y todas tus penas podré reducir.

Al alma que anhele la paz que hay en mí,
Jamás en sus luchas la habré de dejar;
Si todo el infierno la quiere perder,
¡Yo nunca, no nunca, la puedo olvidar!

K en *Selection of Hymns* por Ripón, 1787

POR LA JUSTICIA DE JESÚS

Por la justicia de mi Dios,
Por sangre que Jesús vertió,
Alcanzo paz, poder, perdón,
Y cuanto bien me prometió.
Que sólo Cristo salva sé;
Segura base es de mi fe.
Segura base es de mi fe.

Así turbada no veré
Mi paz, su incomparable don;
Aunque Él un tiempo oculto esté,
Me dejará su bendición.
En mí no puede haber jamás
Ninguna base real de paz,
Ninguna base real de paz.

En la tormenta es mi sostén,
El pacto que juró y selló;
Su amor es mi supremo bien,
Su amor que mi alma redimió;
La roca eterna que me da
Base única que durará,
Base única que durará.

W. B. Bradbury

	SEGURIDAD ETERNA	SEGURIDAD CONDICIONAL
EL EVANGELIO	Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo (Hch. 16:31).	Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo (Hch. 16:31).
LA SALVACIÓN	Es una obra de Dios, instantánea, completa y eterna en su resultado cuando el pecador se arrepiente y cree.	No es un acto puntual, sino un proceso continuo de creer de parte del cristiano, y de guardarse del pecado.
LA FE	Cuando verdaderamente cree en Cristo, nunca cesa de creer.	El creyente puede decidir que ya no quiere creer más.
EL PECADO	Cualquier pecado rompe la comunión con Dios, pero no rompe la relación. Si el pecado domina la vida de alguien, indica que nunca fue salvo.	El pecado, si es grave y prolongado, puede romper la relación. El creyente que peca pierde su salvación. (No se definen claramente la naturaleza y duración del pecado.)
LA EXPIACIÓN	La muerte de Cristo expió una vez por todas el pecado del creyente: pasado, presente y futuro.	Parece significar que la muerte de Cristo expió los pecados del creyente sólo hasta el momento presente.
LAS OBRAS	Las obras no tienen parte en la obtención de la salvación. Las obras son el fruto de la salvación, no la raíz.	La salvación no es por obras, pero el creyente tiene que mantenerse firme, perseverar, permanecer y obedecer los mandamientos del Señor. Tiene que someterse en la práctica al señorío de Cristo en toda área de su vida.
LA CERTIDUMBRE	La salvación está segura porque es un don, porque Cristo terminó la obra de redención y porque el creyente es acepto en el Amado y completo en Él.	Plena certidumbre no es posible porque una persona nunca sabe si continuará hasta el fin.
MOTIVACIÓN PARA VIVIR EN SANTIDAD	Cuando uno es salvo, no quiere pecar. Dios ha quitado ese "deseo" de su vida y lo ha reemplazado con el deseo de agradar al Señor en todo. Le motiva el amor al Señor que murió por él: una motivación mucho más fuerte que el temor.	Si el creyente fuera eternamente seguro, entonces podría salir y pecar como le diera la gana. Esta doctrina conduce a vidas descuidadas. Los creyentes necesitan ser restringidos por el temor de perder su salvación.

Notas Finales

- i Los calvinistas siguen las enseñanzas de Juan Calvino, nacido francés (1509-1564). Él vino a ser el líder principal de la reforma en Suiza y puso un énfasis fuerte sobre la soberanía de Dios.
- ii La perseverancia de los santos no significa que sean salvados mediante su perseverancia, sino que si son verdaderamente salvos, perseverarán hasta el fin. Cuando alguien dice: “sería presunción si dijera que soy salvo”, esto demuestra que depende entera o parcialmente de sus propias obras. Si primeramente Dios dice que el que tiene al Hijo tiene la vida ahora (1 Jn. 5:12), no es presunción que un creyente también lo diga. Si uno lo niega cuando Dios lo ha declarado, está haciendo a Dios mentiroso.
- iii Los arminianos, en contraste a los calvinistas, siguen las enseñanzas desarrolladas por el teólogo holandés, Jacobus Arminius (1560-1609), que enfatizaba la libre voluntad del hombre como el factor principal en la salvación.
- iv Como en Español, Francés y Latín, el texto original emplea nombres y adjetivos masculinos, femeninos o neutros (en griego). Puesto que las palabras gracia y fe son ambas femeninas en griego, si Pablo hubiera querido referirse a una de ellas, hubiera empleado una forma femenina. Pero empleó una forma neutro, que se refiere a toda la frase anterior: “*por gracia sois salvos por medio de la fe*”.
- v En un sentido, aun la fe es una obra (Jn. 6:28-29), pero no es una obra de mérito. Es sencillamente creer a Alguien que solamente puede decir la verdad.
- vi La elección de Israel no fue para salvación, sino para ocupar un lugar en el cumplimiento de los propósitos de Dios. Muchos de los elegidos en Israel no fueron israelitas verdaderos (Ro. 9:6), esto es, que no gozaron de una relación viva con Dios. Puesto que era posible para los israelitas (como Coré) estar perdidos, ¿pueden los “*escogidos... en Él*” (Ef. 1:4) perderse? No, porque la elección de Israel se basó en el nacimiento físico; la elección del creyente se basa en el nuevo nacimiento. Como tales, tenemos vida eterna y no pereceremos jamás (Jn. 3:16). *ed.*
- vii Como en cualquier relación de amor humano (El amor inmutable de Dios es el tema concluyente de Romanos 8), si un hombre escoge a una mujer para que sea el objeto de su amor, ¿concluimos entonces que ella no tiene voz ni voto en el asunto? Ella también escoge amarle, y el Nuevo Testamento está lleno de semejantes llamados a “venir”, “recibir”, “creer”, “confiar”, etc. *ed.*
- viii Como notamos, la predestinación no tiene que ver tanto con *dónde* estaremos los que recibimos a Cristo (cielo o infierno), sino con *qué* seremos por la gracia de Dios (ver también Jn. 1:11-12). *ed.*
- ix Oprimido por enemigos desde dentro de Ginebra y por las fuerzas anti-reforma alrededor de Suiza, Calvino hizo de Romanos 8:31 lo que llamaríamos hoy en día su “texto clave para la vida”.
- x Es fascinante saber que la misma palabra empleada por Pablo en el griego del siglo I, ha venido a significar en griego moderno: “anillo de compromiso”.
- xi Barker, Harold P., *Secure Forever* (“Seguro Para Siempre”), Neptune, NJ: Loizeaux Brothers, 1974, pág. 78.
- xii Más literalmente sería: “Amén, Amén”. Esto es hebreo y significa “así sea” o “así será”.
- xiii Los que favorecen la seguridad eterna y los que creen en la salvación condicional apelan al texto griego del Nuevo Testamento para establecer su punto. Pero un conocimiento de la gramática griega no soluciona el asunto conclusivamente. De otro modo, hace años que habría sido un caso cerrado. Cuando los estudiosos del griego no están de acuerdo, no debemos sentirnos sin ventaja al usar nuestras versiones en Español.
- xiv En Juan 6:47, es realmente un participio con un complemento directo, literalmente, “el creer” o “el que cree”. Puede tomarse como característica de la persona de la cual se habla, y es más correcto tomarlo así. Por lo tanto, leeríamos: “el creyente en mí”. Describe una persona en lugar de la duración de una acción.
- xv El mandamiento a creer se expresa en pretérito imperativo activo, para enfatizar un hecho decisivo, no algo que se repita o que continúe.
- xvi Es parte de la obra intercesora de Cristo ahora el orar por Sus santos hasta que lleguen al hogar. Esto se ilustra con las palabras que dijo a Pedro antes de que Pedro le negara con juramentos y maldiciones: “*pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte...*” El coraje y el testimonio de Pedro iban a faltar, pero su fe no faltaría porque fue sostenida por Cristo. *ed.*
- xvii El prefijo *apo* significa “de” o “fuera” y el resto de la palabra viene del verbo que significa “estar de pie”. Por lo tanto significa tomar una posición fuera o en contra de la posición de antes.
- xviii Judas tenía remordimiento, pero sólo esto; no fue arrepentimiento piadoso. (Mt. 27:3; 2 Co. 7:10). Era un demonio (Jn. 6:70). Nunca había recibido el baño de la regeneración (Jn. 13:10-11). Fue a su propio lugar (Hch. 1:25). Cuando Jesús le llamó “*hijo de perdición*” (Jn. 17:12), el significado de este versículo es: “*a los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino [se perdió] el hijo de perdición, para que la Escritura se cumpliera*” (Jn. 17:12). Juan 18:9 aclara que “los que me diste” se refiere a los once, los verdaderos creyentes, pero no a Judas.

xix He aquí algunos puntos de vista alternativos de los que creen que el pasaje habla de verdaderos creyentes que *no pueden* perder su salvación:

- Son creyentes que caen en el pecado, y luego desean ser renovados al arrepentimiento, esto es salvados de nuevo. Si hicieran esto, estarían poniendo a Cristo de nuevo en la cruz, declarando vergonzosamente que Su obra no fue suficiente para salvarles una vez para siempre.
- Son cristianos que cometen pecado y son sujetos al juicio de Dios en esta vida, aunque al final son salvos.
- Son cristianos a los cuales se les advierte en contra de la apostasía, y mediante esto, previene que lo cometan. Es una interpretación puramente hipotética.

Otro punto de vista de los que creen que el pasaje habla de verdaderos creyentes que sí pueden perder la salvación.

- Son creyentes que están seguros eternamente a menos que cometan el pecado único de apostasía.
ed.

xx El arrepentimiento y la fe no son obras de mérito por las cuales contribuimos algo a la obra consumada de Cristo.

xxi La palabra *disciplina* incluye todo lo que abarca la educación de un hijo: instrucción, ánimo, corrección, castigo, etc.

xxii ¡Realmente es un negativo *quintuple* en griego!

xxiii Hay tres pecados imperdonables:

- a. Atribuir al diablo los milagros que Jesucristo hizo por el poder del Espíritu Santo, blasfemando así al Espíritu Santo al llamarle el diablo (Mt. 12:24; 31-32).
- b. Profesar abrazar la fe cristiana, y luego abandonarla y negar a Cristo como plenamente Dios y Hombre (He. 6:4-6; 10:29).
- c. Morir sin fe en el Señor Jesucristo (Jn. 3:18b).

xxiv Este versículo ha sido el desespero de los comentaristas porque sienten la necesidad de más información. He aquí algunas de las explicaciones sugeridas acerca de aquel que comete el pecado de muerte:

- a. Es un creyente que pierde su salvación por algún pecado no nombrado.
- b. Es un creyente que sufre la muerte física debido a un pecado no confesado. Puede que muera de una enfermedad incurable, por ejemplo, como resultado de un pecado sexual. La oración es inútil.
- c. Es un creyente que comete homicidio y por lo tanto debe sufrir la pena de muerte porque Dios lo ha decretado (Gn. 9:6).
- d. Es un creyente que comete públicamente algún pecado notorio que le hace no apto para más servicio en este mundo (Hch. 5:1-11) aunque es apto para el cielo por los méritos de Cristo.
- e. Es un apóstata. Ésta es la posición que creemos que mejor cabe en el contexto.

xxv Hemos pasado por alto la parábola del tesoro escondido y la de la perla de gran precio, porque no son relevantes al tema de profesión y posesión.

xxvi Otras versiones, como la BAS, ponen “*banquete* de bodas”. La boda ya tomó lugar en el cielo, cuando sucedió el Rapto. Ahora el novio viene con Su novia, la Iglesia, para celebrar el banquete.

xxvii Su nombre procede de la palabra griega para conocimiento (gnosis). Pensaban que sabían tanto o más que los creyentes ortodoxos.

xxviii El gnosticismo luego desarrolló muchas subdivisiones. Por ejemplo, unos eran licenciosos y otros eran realmente ascetas.

xxix La palabra “*comete*” (“*todo aquel que comete pecado*”) es desafortunada. Es la práctica de pecado que está en vista aquí. Se contrasta con “*hace [práctica] justicia*” (2:29)

xxx En los versículos 6, 8 y 9 se podría sacar la implicación de que un cristiano nunca peca. Esto, por supuesto, se contradice en 1 Juan 1:8-10 y 2:1. Entonces, lo que se trata aquí es el pecado como práctica, como estilo de vida. Se contrasta con la práctica de justicia en 3:7 y 10. Es ilustrado por el comportamiento del diablo, que “ha pecado desde el principio”. Es su comportamiento característico.

xxxi Otra interpretación que acepta la seguridad eterna considera que este versículo se refiere a la nueva naturaleza (“nacido de Dios”) que no puede pecar en ninguna manera.

xxxii Robert Shank, *Life in the Son: A Study of the Doctrine of Perseverance* (“Vida en el Hijo: Un Estudio Sobre la Doctrina de la Perseverancia”), Springfield, Missouri: Westcott Publishers, 1961, pág. 16.

xxxiii Ibid, pág. 219.

xxxiv Ibid, pág. 96.

xxxvLa versión “Logos 21” del Evangelio según Juan, *Living Water*, traduce el verbo “apoyará”.

xxxviPablo emplea una palabra única aquí, no la palabra normal para resurrección, sino una que significa “resucitar fuera”.

xxxvii

Gardiner Spring, *The Distinguishing Traits of Christian Character* (“Los Rasgos Distintivos del Verdadero Cristiano”), Phillipsburg, N.J. Presbyterian and Reformed Publishing Co., 1980, pág. 72.

xxxviiiAlguien podría preguntar: “Bien, ¿pero qué de los hijos del diablo (Jn. 8:44)? ¿Están condenados a quedarse en esa relación? ¿No pueden ser salvos? La respuesta es que nadie viene a ser hijo del diablo por un nacimiento, sino por imitar su comportamiento.

xxxixArthur Pridham. Más documentación no disponible.

xlEn el versículo 8 Pablo específicamente emplea una palabra griega que significa “varones” (*andres*, cf. *poliandry*, “muchos maridos”), no la palabra para seres humanos (*antropoi*, cf. *antropología*).

xliNota del traductor: realmente en el griego es *mei,nwsin*, tercera persona plural: “permanecieren”, cuyo antecedente gramáticamente tendría que ser “*hijos*”, también tercera persona plural]. En este caso estaría hablando de los hijos, de cómo resultan sus vidas después de haber sido criados por sus madres. Quedarse en el hogar y criar hijos piadosos es una gran misión que muchas mujeres “modernas” rechazan a favor de carreras y otras cosas.

xliiEl término es realmente atlético, queriendo decir: “no aprobado” o “descalificado”.

xliiiAquí la forma es realmente un participio, literalmente: “el que cree”. Consulta la nota n° 14, procedente del capítulo 9, para más información.

xlivJohn F. MacArthur, *The Glory of Heaven* (“La Gloria del Cielo”). Wheaton, IL: Crossway Books, 1996, págs. 99-100.

xlvCharles Haddon Spurgeon, *Till He Come* (“Hasta Que Él Venga”), Houston, TX: Christian Focus Publications, 1989, pág. 339.

xlviSu enseñanza es conocida como “la doctrina de caer de la gracia”.

xlviiMerece la pena notar aquí que la palabra morar es una forma más fuerte del verbo en el original. Puede sugerir “asentarse” o “sentirse en hogar”.

xlviiiiMuchos manuscritos tienen “árbol de la vida” aquí en lugar de “libro de la vida”, pero realmente no afecta el tema que estamos tratando.